



La parentalidad interrogada



APM

ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE MADRID



Asociación Psicoanalítica de Madrid

LA PARENTALIDAD INTERROGADA

APM

La parentalidad interrogada
ASOCIACIÓN PSICOANALÍTICA DE MADRID

Comisión de publicaciones APM

Directora

Alicia Monserrat

Secretaria

Luz Abantángelo

Comité Editorial

Pablo Aizpurua – Magdalena Arrazola – Agustín Béjar
Nazaret Grijalba – Ana Ma. Martín Solar – Raquel Ruiz
Custodia Valbuena – Gisela Zapata

© **Asociación Psicoanalítica de Madrid**

No está permitida la reproducción total o parcial de este texto, ni su tratamiento informático, ni la transmisión por ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, registro u otros medios, sin el permiso expreso de los titulares del Copyright.

NOTA PREVIA

A LA EDICIÓN DE LOS VOLÚMENES: “EI PSICOANÁLISIS Y SU VÍNCULO CON LA PEDAGOGÍA” Y “LA PARENTALIDAD INTERROGADA”

Al comienzo de nuestra gestión en Publicaciones y Biblioteca en diciembre de 2019 recibimos de anteriores comisiones los escritos “El PSICOANÁLISIS Y SU VÍNCULO CON LA PEDAGOGÍA” y “LA PARENTALIDAD INTERROGADA”.

Los mismos fueron presentados en el marco de los ciclos de conferencias del CACI realizados durante los años 2011 y 2012.

Más allá del tiempo transcurrido, nos hemos encontrado en estos trabajos con conceptos muy valiosos, enriquecedores y de vigencia para este tiempo complejo atravesado por la pandemia, que contribuyen al pensamiento de nuestra disciplina psicoanalítica.

Los libros constituyen, además un reconocimiento a los autores, a los que están y un homenaje póstumo a los que ya nos han dejado Paula Mas y Francisco Martí Felipe, quienes aportan en estas páginas una reflexión desde una amplia experiencia teórica-clínica psicoanalítica.

Asimismo, queremos hacer una mención a la Comisión y en especial a quién fuera su directora Milagro Martín Rafecas, que propuso reunir las conferencias para su edición y que generosamente nos acercó estos textos para su publicación.

Nuestra Comisión de Publicaciones agradece a la actual Junta Directiva y a su presidenta Mercedes Puchol por la disponibilidad para facilitar la concreción de esta tarea en dispositivo online.

Y por último, esperamos que estos textos convoquen a espacios de pensamiento y reflexión en clave psicoanalítica.

Comisión de Publicaciones y Biblioteca

Mayo 2020

AUTORES CONTRIBUYENTES

Alberto Carrión García de Parada **Psicoanalista**

Miembro Titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), donde ha sido director del Departamento de Niños y Adolescentes. Acreditado por la IPA como Psicoanalista de Niños y Adolescentes. Actualmente preside la Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica (AMPP) y la Federación Española de Psicoterapia Psicoanalítica (FEPP). Delegado europeo por la FEPP en sección de Niños y Adolescentes de la European Federation for Psychoanalytic Psychotherapy.

Email: albertocarrion.gdep@gmail.com

Amparo Escrivá Catalá **Psicoanalista. Psicóloga clínica**

Miembro Titular con función didáctica en la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), en donde ha desempeñado diversos cargos. Acreditada por la IPA como Psicoanalista de Niños y Adolescentes. Ha sido profesora en la universidad Complutense de Madrid y trabajado con niños y adolescentes en Centros de Salud de la Comunidad de Madrid. Autora de numerosos artículos publicados en revistas de psicoanálisis.

Email: escrivaamparo@gmail.com

Francisco Martí Felipo

Psicoanalista. Licenciado en Medicina

Médico psiquiatra en diversos centros de salud mental de Castilla La Mancha y Madrid. Miembro Titular con Función Didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM). Acreditado por la IPA como Psicoanalista de Niños y Adolescentes. Ha sido profesor asociado de Psiquiatría en la universidad de Alcalá de Henares. Stage en el Institut de Puericulture del XIV arrondissement de París. Coautor del libro “Los sueños de Santiago Ramón y Cajal”.

Milagro Martín Rafecas

**Psicoanalista. Psicóloga clínica.
Licenciada en Filosofía**

Miembro Titular con Función Didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM). Acreditada por la IPA como Psicoanalista de Niños y Adolescentes. Ha publicado trabajos en distintos campos como la educación, los procesos de adopción, el desarrollo psíquico y las funciones parentales.

Email: milagromar@cop.es

Alicia Monserrat

Psicoanalista. Doctora en Psicología

Miembro Titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), donde ha sido directora del Departamento de Niños y Adolescentes y actualmente dirige la Comisión de Publicaciones y Biblioteca y coordina el Grupo de Trabajo de Familia y Pareja. Acreditada por la IPA como Psicoanalista de Niños y Adolescentes. Es docente de máster y post grados universitarios de Psicología General Sanitaria. Autora y coautora de numerosos artículos científicos y libros.

Email: amonserrat@cop.es

Luciano Sánchez Fernández

Psicoanalista. Psiquiatra

Miembro Asociado de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM). Especialista en Terapia Familiar y de Pareja. Ha desempeñado su labor como psiquiatra, psicoanalista y terapeuta de familia en diversos hospitales de la Comunidad de Madrid, tales como el Hospital General Universitario Gregorio Marañón, el Hospital Infantil Universitario del Niño Jesús, el Hospital Psiquiátrico Infanto Juvenil y el Hospital Clínico San Carlos.

Email: terapiaparejaluciano@gmail.com

Manuela Utrilla

Psicoanalista. Doctora en medicina. Neuropsiquiatra, Diplomada en psiquiatría infantil y psicoterapia por la Universidad de Ginebra

Miembro Titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), institución que presidió durante años. Acreditada por la IPA como Psicoanalista de Niños y Adolescentes. Miembro del Board de la IPA. Representante de la FEP en América Latina. Autora de numerosos artículos y publicaciones, en revistas nacionales y extranjeras.

Email: dra.mur@hotmail.com

Elina Wechsler

Psicoanalista

Miembro Titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM). Autora de numerosos libros de psicoanálisis entre los que destacan: *Psicoanálisis en la tragedia. De las tragedias neuróticas al drama universal, Arrebatos femeninos, obsesiones masculinas. Clínica psicoanalítica hoy, Herencias, la trasmisión en Psicoanálisis, y La metáfora milenaria. Una lectura Psicoanalítica de la Biblia* en coautoría con Daniel Schoffer. Autora a su vez de cinco libros de poesía.

Email: wechsler@telefonica.net

Índice

PRÓLOGO 13

**La función materna y la función paterna
en el siglo XXI**

Amparo Escrivá 17

**El impacto de la diversidad en el modelo
tradicional familiar**

Alicia Monserrat 39

Hijos sin padres

Milagro Martín Rafecas 65

Familias Monoparentales

Francisco Martí Felipo 91

Las familias emigrantes

Manuela Utrilla Robles 113

**Vigencia de la función simbólica paterna
en las familias actuales**

Elina Wechsler 127

La violencia en el entramado familiar

Luciano Sánchez Fernández 149

**El papel de los padres y sus efectos en el
desarrollo emocional de los hijos**

Alberto Carrión García de Parada 177

PRÓLOGO

Este libro es una puesta de negro sobre blanco de las conferencias que sobre el tema “Parentalidad interrogada” se impartió en 2011 en el curso que cada otoño imparte el Centro de Atención Consulta e Investigación (CACI) de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM).

Es una evidencia que la familia tradicional está en retroceso en España como en el resto del primer mundo. En efecto, el número de familias integradas por padre, madre e hijos descendientes de esa pareja y viviendo en el mismo hogar arroja un descenso impensable tan solo no hace muchos años. Son de sobra conocidos los otros tipos de configuraciones familiares que han hecho su aparición al rebufo de una sociedad donde la libertad y el respeto a la diversidad son las nuevas señas de identidad. La pregunta que de inmediato surge en esta coyuntura es cuál va a ser la incidencia que esas nuevas formas de familia con valores nuevos van a producir en la formación del psiquismo de los futuros humanos que en ellas se desarrollen.

Los psicoanalistas nos situamos en la estela aristotélica de que el ser humano es un animal político: sostenemos que el psiquismo, para desarrollarse, requiere de un ambiente facilitante formado por la realidad psíquica de otros humanos, la cual se constituye en condición necesaria, al tiempo que limitante, de la futura humanización. Concebimos la formación del psiquismo en

términos de identificaciones con las personas que constituyen ese marco inicial necesario y que se van estratificando a lo largo del ciclo vital temprano dando lugar a un mundo interno en el que se articula lo innato con lo ambiental.

Es inevitable que en esta coyuntura de cambios sociales surjan interrogantes acerca de los efectos que nuevas constelaciones familiares puedan tener en la configuración del mundo interno de las nuevas proles. Naturalmente que hoy nadie tiene respuesta a estos interrogantes, pues necesitaremos la perspectiva de siglos para poder comparar los resultados de la civilización de la familia patriarcal con los de las nuevas sociedades por aparecer. Sin embargo, la imposibilidad de una respuesta cierta no es obstáculo, sino acicate, para que ante las preguntas reflexionemos a la luz de nuestros conocimientos.

Los psicoanalistas, aunque nuestro ámbito de trabajo es ese mundo interno que habita en la “realidad psíquica”, no por ello podemos descuidar el mantener un ojo en el “mundo real” ya que este es el lugar donde el psiquismo nace, se desarrolla y vive. Por tanto, nuestro análisis debe diferenciarse del sociológico, sin por ello descuidar los datos que éste nos aporte. La reflexión psicoanalítica actual sobre “ser padre, ser madre hoy” debe referirse no tanto a la familia externa sino a la interna y a su articulación en la sociedad que hoy, como siempre, ha sido cambiante. Los actores sociales tienden a pensar que los tiempos que les ha tocado vivir son los de mayores cambios; todas las generaciones reclaman para sí el apelativo de “generación perdida” como síntoma de que la vida tiene un componente inevitable de duelos por los cambios que siempre tienen lugar. Sin embargo, frente a tanto cambio externo, seguimos pudiendo leer a Homero, Dante, Cervantes o Shakespeare, por lo que parecería legítimo pensar que hay un eterno humano que transita por otros ritmos temporales diferentes

de los sociológicos. Sin embargo, los cambios tecnológicos actuales, que nos hacen pensar en un salto de civilización, nos hacen pertinente la pregunta sobre si la cantidad y la calidad de los cambios va a producir un hombre nuevo.

Last but non least quiero recordar que las respuestas malogran las preguntas por lo que estos artículos más que respuestas pretenden contribuir a estimular la reflexión desde el psicoanálisis, aportando una característica de la Asociación Psicoanalítica de Madrid que es la diversidad de vértices psicoanalíticos que conviven en ella. Esta variedad de enfoques teóricos se refleja en este libro y es una muestra de la complejidad de miradas que el psicoanálisis presenta actualmente. Creo que esta característica de complejidad es fuente de riqueza más que de babelización confusora. Si la realidad es poliédrica, y más la realidad mental, también las teorías deben ser abiertas e insuficientes por defecto.

José M^a López de Maturana

Director CACI de la APM

LA FUNCIÓN MATERNA Y LA FUNCIÓN PATERNA EN EL SIGLO XXI

Amparo Escrivá

Como resultado de los cambios sociales que se están produciendo en estos últimos años, observamos que uno de ellos es el debilitamiento del uso del concepto de familia que se sustituye por el de las funciones parentales, siendo por un lado positivo profundizar en la diferenciación e importancia de estas funciones, pero por otro lado, puede dar lugar a entenderlas como funciones escindidas debilitando el efecto organizador y necesario de la integración de estas dos funciones como fundamento de la organización de la vida psíquica del niño. Actualmente, la palabra familia suele estar acompañada por diferentes adjetivos: clásica, monoparental, padres divorciados, matrimonios gays, familias recompuestas... Como dice P. Denis (2010), éstas últimas vienen a ser nuevas formas de reajustes de familias, algunas veces descompuestas, por lo que parece más objetivo sustituir la noción de familia por la noción de parentalidad o funciones parentales.

En la actualidad existen una serie de condiciones sociales y laborales que –si bien éstas acercan a la igualdad entre las mujeres y los hombres, desapareciendo la familia patriarcal-patrimonial y la familia organizada alrededor de la madre de familia– nos presentan la precariedad de la familia como institución o

unidad significativa del orden social. Sin embargo, hay que señalar que, después de 50 años, las mujeres viven una revolución sexual gracias a los métodos conceptivos permitiéndoles planificar el momento en el que ellas desean ejercer como madres. Han disminuido los embarazos no deseados. Esto ha sido un gran progreso para las mujeres al no estar sometidas a un cuerpo demasiado fértil y por demasiado tiempo. En general, podríamos pensar que cada niño es el fruto de un deseo supuestamente maduro entre una pareja que ha tenido un tiempo para construir este proyecto. En principio, podría ser un buen comienzo para traer un niño al mundo, con el acompañamiento de una escolarización, de unos servicios médicos y de unos servicios sociales. El embarazo en nuestra sociedad está muy seguido por los servicios médicos, permitiendo detectar las malformaciones, saber el sexo del bebé... Es decir, la procreación, en nuestra sociedad, se produce en unas condiciones de eficacia técnica que debería tranquilizar a los padres. Sin embargo, se constatan las ansiedades de los padres ante la parentalidad, expresando que se encuentran un poco desvalidos ante las responsabilidades que suponen sus nuevas funciones, funciones que pueden tambalear su psiquismo, sobre todo, si existe una fragilidad psíquica.

Por un lado, nos encontramos que los futuros padres están mejor preparados para vivir la responsabilidad de ser padres, de poder intercambiar las funciones padre-madre. Por otro, nos interrogamos si pueden soportar los retos que supone la parentalidad, en el sentido que la sociedad y la vida profesional de las mujeres imponen, en cierta manera, maternidades de hijos únicos, maternidades tardías, maternidades de reproducción asistida... Hay que añadir la dificultad y conflicto que las madres profesionales tienen que superar, en muchos casos, en cuanto a poder compaginar las exigencias laborales y ser madres. Estas dificultades pueden tener consecuencias en la relación de pareja cuando la mujer siente que

tiene muchas responsabilidades como madre en los primeros años y puede ver la posición de la figura paterna como privilegiada en cuanto a su ascenso profesional. El padre, a su vez, puede envidiar la relación privilegiada y pasional de la madre con el bebé.

También tenemos que tener en cuenta que en estos momentos estamos asistiendo a nuevos modelos de procreación y de crianza, que nos sitúan en nuevos modos de acceso a la producción psíquica en sujetos que no provienen de un modelo con diferencia sexual masculino/femenino, sino que pueden ser criados en el interior de alianzas de distinto orden: femenino/femenino, masculino/masculino, femenino/espermatozoide donado-masculino, masculino/óvulos-vientre de alquiler, femenino/probeta-masculino, femenino/vientre de alquiler..., todo un conjunto de combinaciones que van a incidir en la problemática de progenitores e hijos.

Con todas estas consideraciones, yo diría que toma más importancia, si cabe, la calidad de las funciones parentales como los pilares en los que se va a construir y desarrollar el psiquismo de los niños y las consecuencias en su futuro.

Estando en el siglo XXI, con todos los avances científicos y técnicos, seguimos constatando que el bebé cuando nace sigue siendo un ser con una inmadurez mayor que otras especies y necesita y depende de los cuidados de los padres o de un adulto para convertirse en humano. Este adulto está provisto de una sexualidad no solo genital, sino inconsciente, siendo una condición antropológica universal en la constitución psíquica, la constatación de la asimetría en la relación adulto-niño, y el hecho que todas las culturas deben ejercer algún tipo de pautas o normas que impida la apropiación del niño por parte del adulto como objeto de goce.

Las consecuencias que tendrán las nuevas formas de procreación y crianza es algo que todavía tenemos que explorar.

El nacimiento de un hijo tendrá una historia singular, resultado del deseo o no deseo de los progenitores, como satisfacción narcisista y como producto de las identificaciones a sus propios padres, todos con sus propias historias.

Con esta pequeña introducción sociocultural me voy a centrar en las funciones parentales que también se han denominado en el pensamiento psicoanalítico funciones de los objetos parentales. El término parentalidad viene a designar el proceso por medio del cual se deviene padre y madre desde el punto de vista psíquico, no solo desde lo biológico, y el psicoanálisis ha jugado y juega un papel central en el estudio de este proceso.

La unidad madre-bebé, la inseparabilidad de los psiquismos y de los cuerpos en los primeros tiempos de vida, así como el trabajo psicoanalítico con los pacientes han sido y siguen siendo el punto de partida de un gran número de reflexiones, teorías e hipótesis en la historia del pensamiento psicoanalítico, que conciernen a la construcción del aparato psíquico y los fundamentos del psiquismo.

Uno de los elementos que siguen uniendo, en la actualidad, a todas las escuelas psicoanalíticas consiste en considerar las funciones parentales como imprescindibles y fundadoras del psiquismo del niño, así como posibles perturbadoras en este proceso. Ahora bien, como sucede con otros temas pilares del pensamiento psicoanalítico, existen distintos enfoques al teorizar estas funciones. Pienso que, en cierta manera, algunos de estos enfoques se complementan.

La función materna es un concepto amplio que reúne los cuidados físicos y psíquicos que recibe el bebé. Es una capacidad que pueden desarrollar hombres y mujeres. Durante un tiempo se ha hablado de instinto, pero la biología no es suficiente para dar cuenta de la calidad psíquica de esta primera relación que es el fundamento de la vida psíquica.

Si bien S. Freud no dedicó un trabajo a la función materna de forma específica, a lo largo de su obra encontramos importantes reflexiones que permitieron perfilar los caminos para que posteriores analistas los desarrollaran. Se ha comentado que para S. Freud fue difícil pensar la figura materna y su papel en el comienzo de la vida. Estando rodeado de madre, hermanas, cuñada, mujer y seis hijos, tuvo ocasiones de observar la importancia de la función materna, pero parece que no profundizó en la complejidad de la relación madre-bebé (C. Anzieu-Premmereur, 2011). Fue después del fallecimiento de su madre cuando S. Freud escribe el texto sobre la sexualidad femenina, en el que evoca la relación preedípica con la madre y los sentimientos inevitables del niño y de la niña respecto a la figura materna.

Sin embargo, son de capital importancia las apreciaciones que hizo S. Freud (1895/1950) en el *Proyecto de psicología* al considerar que el otro humano facilita una serie de experiencias decisivas para la constitución del psiquismo del sujeto. En el estado de desamparo del lactante (*hilflosigkeit*) la acción específica del otro adulto conduce a la experiencia de satisfacción alucinatoria del bebé: *“El organismo humano es al comienzo incapaz de llevar a cabo la acción específica. Ésta sobreviene mediante auxilio ajeno: por la descarga sobre el camino de la alteración interior, un individuo experimentado advierte el estado del niño. Esta vía de descarga cobra así la función secundaria, importante en extremo, del entendimiento, y el inicial desvalimiento del ser humano es la*

fuerza primordial de todos los motivos morales. Si el individuo auxiliador ha operado el trabajo de la acción específica en el mundo exterior en lugar del individuo desvalido, éste es capaz de consumir sin más en el interior de su cuerpo la opresión requerida para cancelar el estímulo endógeno. El todo constituye, entonces una vivencia de satisfacción, que tiene las más hondas consecuencias para el desarrollo de las funciones del individuo” (p. 362-3).

Este enfoque de S. Freud permitió que otros psicoanalistas podamos decir que ahí estamos en el corazón de la función materna (también de una de las funciones del analista), y de las capacidades potenciales o no de ajuste mutuo, de contención de los lloros, tensión y excitación del bebé por el otro-objeto materno. Si este objeto materno no ejerce su función paraexcitante, conduce a una desorganización de las diferentes funciones del bebé. La experiencia del bebé que se alimenta del pecho de la madre es una vivencia, a la vez, emblemática de una fusión primaria y de una falta originaria. Es el punto de partida de experiencias perceptivo-sensoriales, de lo mismo y de lo diferente, que irán marcando las primeras inscripciones diferenciadoras del objeto materno, y junto a la experiencia de la falta, debido al objeto perdido de la satisfacción alucinatoria, irán formando las premisas de separaciones futuras. Estas primeras experiencias, favorecidas por la madre, en tanto que ella funciona como ella misma y como formando parte también de un sistema triangular, van a configurar una apertura posible a un tercero-objeto paterno, un otro distinto al otro-objeto materno.

Estos diferentes movimientos de fusión y de separación llevan al pasaje del vínculo y de la relación con el otro. Las premisas de la actividad de la simbolización se inscribirían en este primer tiempo según algunos autores. Así pues, S. Freud consideró necesaria esta “*acción específica del adulto*” que conduce a la expe-

riencia de satisfacción del bebé y sin hablar de forma concreta de la función materna en los inicios de la vida, dio lugar a que en otros textos suyos, esta experiencia de satisfacción lo asociara a la madre que respondiendo a las necesidades puede también seducir, excitar, al mismo tiempo que calma y contiene. Esto explica que las pulsiones sexuales se apuntalen sobre las pulsiones autoconservativas, que la actividad fantasmática acompañe estas pulsiones, y que el yo se desarrolle y se autonomice por interiorización de las funciones de los objetos parentales.

Si bien en *El Proyecto*, S. Freud tuvo en cuenta al otro humano como necesario en la aportación de la ayuda exterior, en *Duelo y Melancolía* (1915) consideró la importancia del objeto por los efectos de su pérdida y esta pérdida testimonia el carácter fundamental de organizador del psiquismo con el advenimiento de la representación. En unos textos abordó el lugar de la figura materna como figura idealizada y apasionada, como en *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci* (1910): *“El amor de la madre por el lactante a quien ella nutre y cuida es algo que llega mucho más hondo que su posterior afección por el niño crecido. Posee la naturaleza de una relación amorosa plenamente satisfactoria que no solo cumple todos los deseos anímicos sino todas las necesidades corporales y si representa una de las formas de la dicha asequible al ser humano, ello se debe no en último término, a la posibilidad de satisfacer sin reproche también, mociones de deseo hace mucho reprimidas y que hemos de llamar perversas”* (p. 109). En *“Tres ensayos de teoría sexual”* (1905) en el apartado *“Objeto sexual del periodo de lactancia”* dice S. Freud: *“El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona –por regla general la madre– dirige sobre el niño sentimientos que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma*

como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho. La madre se horrorizaría, probablemente, si se esclareciese que con todas sus muestras de ternura despierta la pulsión sexual de su hijo y prepara su posterior intensidad. Juzga su proceder como un amor ‘pu-ro’, asexual, y aún evita con cuidado aportar a los genitales del niño más excitaciones que las indispensables para el cuidado del cuerpo” (p. 203). En “Esquema del psicoanálisis” (1938/1940) añade que la madre “en el cuidado del cuerpo ella deviene la primera seductora del niño” (p. 188) Vemos que S. Freud considera el carácter excitante de las figuras parentales, aunque había descartado estos planteamientos al renunciar a la teoría de la seducción traumática (carta a W. Fliess 21-9-1897) como causa de las psiconeurosis. En la obra de S. Freud, la función materna de la madre es más bien receptora de la investidura libidinal del niño. El conflicto inherente a los sentimientos seductores o agresivos por parte de los padres no los aborda cuando en algún momento los menciona. Las figuras paternas quedan, en algunos textos, idealizadas.

Como conclusión podemos decir que S. Freud dejó un poco de lado la importancia de la relación con la madre o de lo pregenital preedípico en la construcción del sujeto psíquico, dando más peso a la función paterna, como veremos más adelante.

Un autor posterior, S. Ferenczi (1932) retomó la teoría de la seducción para describir cómo la sexualidad adulta “*el lenguaje de la pasión*” hacía efracción en el mundo del niño. En esos mismos años, A. Freud y M. Klein abordaban el papel de los padres en la economía psíquica del niño de forma contradictoria, polémica que fue objeto de muchas discusiones y publicaciones. A. Freud (1927) consideraba que el niño no era capaz de desplegar una neurosis de transferencia en los tratamientos debido a que no diferencia bien la imagen real de los padres de las figuras parentales

interiorizadas. Por el contrario, M. Klein (1926) enriqueció el conocimiento de los procesos arcaicos del psiquismo humano enfatizando que el objeto-madre se halla omnipresente desde el inicio de la vida del bebé como objeto interno. Los otros componentes de la constelación familiar, el padre, los hermanos y hermanas, aparecen en las fantasías como objetos rivales que contiene el cuerpo de la madre. Dio un rol privilegiado al padre o al objeto parcial paterno (el pene) en el proceso de reparación por el cual el niño puede restaurar una buena relación con el objeto materno, a pesar de los ataques destructores que le inflige.

Ahora bien, fue D. Winnicott (1956) el primer psicoanalista que insistió en la importancia del entorno del bebé al considerar la inmadurez del bebé y en su dependencia de los cuidados maternos, tanto en su supervivencia física como en su desarrollo psíquico, partiendo de planteamientos de S. Freud que antes hemos mencionado.

D. Winnicott consideró que, si el quehacer materno no es suficientemente bueno y la madre no es capaz de acoger las proyecciones buenas, o bien se produce un caos, siendo el comienzo de una psicosis, o puede suceder que se genere una situación atormentadora en la cual el bebé sabe que hay un pecho externo, pero no puede articularlo con esa cualidad suya disponible para ser proyectada en un pecho bueno. En tal caso el pecho se vuelve perseguidor y tiene que ser rechazado o destruido. En ese sentido, D. Winnicott teniendo en cuenta el papel de la herencia y de un potencial innato en el niño, así como la capacidad del bebé para vivir la depresión y la desilusión, parte de un principio: que un bebé solo no existe, porque nunca se ha visto un bebé sin cuidados por parte de la madre. Él incide sobre el entorno facilitador y sobre una enfermedad normal de la madre, “la preocupación maternal primaria” estado que se desarrolla gradualmente para al-

canzar un alto grado de sensibilidad durante el embarazo y el final de éste. Este estado puede ser comparado a un estado de repliegue o a un estado de disociación, o a una huida, o más aún a una perturbación más profunda, como un estado esquizoide, en el cual uno de los aspectos de la personalidad está en un primer plano, que le permite, de manera empática, adaptarse e identificarse a las primeras necesidades del bebé, no solo físicas sino emocionales, dosificando sus intervenciones sin invadir y retirarse progresivamente para dejar que el yo del niño crezca. “Madre suficientemente buena” dirá D. Winnicott. La locura maternal se abrirá al espacio transicional, siendo una función materna la capacidad de facilitar este espacio. El fallo de esta función puede provocar un repliegue en el psiquismo del niño, como respuesta a la invasión del entorno. Este autor describió la evolución en dos tiempos de las madres de los niños psicóticos: después de haber fallado en “la preocupación maternal primaria”, las madres se inquietan y se convierten en “madres enfermeras” que no dejan al niño ninguna autonomía. D. Winnicott consideró que la relación madre-niño no era simétrica, opinión que comparto, estando en desacuerdo con la formulación “relación simbiótica”, conceptuada por M. Mahler en esos años.

D. Winnicott destacó también la importancia de la respuesta del objeto a la destructividad, de tal manera que ésta se convierta en un movimiento estructurante, es decir, que junto a la ilusión se convierta en un motor de la actividad representativa. Las respuestas del objeto, integrando las pulsiones eróticas y destructivas, darían cuenta también de las funciones parentales que facilitan la organización psíquica del niño. D. Winnicott (1947) planteó la hipótesis que la madre odia al niño antes que el niño odie a la madre y antes que él pueda saber que la madre le odia, hipótesis valiosas para el trabajo clínico y para entender el análisis de la contratransferencia. La madre puede odiar al niño porque no es el

niño que ella imaginó, porque se siente su esclava, porque ella le tiene que amar, tiene que querer sus cacas, sus lloros. El bebé le frustra y le gratifica, sacrifica muchas cosas por él...

Basándose en S. Freud y M. Klein, W. Bion (1963) profundizó en la cualidad de la madre que pueda tolerar los temores que le proyecta el niño y reaccione terapéuticamente haciendo que estos temores sean tolerables para la psiquis del niño. Frente al bombardeo que sufre el niño por los elementos sensoriales brutos, que él llama “elementos beta” no asimilables por el pensamiento, será a través de la “capacidad de rêverie” de la madre que estos elementos se pueden transformar en “elementos alfa” asimilables por el pensamiento. Esta “capacidad de rêverie” como función materna contiene también el amor por el padre, abriendo el lugar para la función paterna como contenedora de las vivencias y operando como productora de pensamientos.

Una autora que ha trabajado mucho e investigado sobre el funcionamiento de las psicosis y la función materna fue P. Aulagnier (1975), siendo el punto de partida de sus reflexiones el encuentro original entre la boca del bebé y el pecho de la madre. Consideró que lo que caracteriza al ser viviente es su situación de encuentro continuo en el medio físico-psíquico que le rodea. La psique de la madre funciona como una prótesis comparable a la del pecho, como una extensión del cuerpo del bebé, tratándose de un objeto cuya unión con la boca es una necesidad vital, dispensando, a la vez, este objeto un placer erógeno, que es imprescindible para el funcionamiento psíquico. Este encuentro, puede ser para la madre una experiencia también de placer, o de sufrimiento, o de una aparente neutralidad sensorial. Esta madre, sujeto psíquico en el que en principio ya se ha operado la represión e implantado la instancia llamada yo, transmite al niño, bajo una forma predigerida y premodelada por su propia psique, las prohi-

biciones mediante las cuales le indica los límites de lo posible y de lo lícito, una función materna que lleva integrada la función paterna. P. Aulagnier propuso que la relación madre-bebé se funda sobre una “violencia primaria”, violencia que ejercería el psiquismo de la madre sobre el funcionamiento psíquico del bebé. En la relación primaria con el niño, la madre impone sus elecciones, sus pensamientos y sus significaciones. Esta “violencia primaria” la entiende como una acción necesaria, de esta violencia el bebé no puede escapar, tendría ciertos efectos estructurantes sobre él, pero puede llegar a ser, en algunas ocasiones, fuente de una cierta alienación y, en estos casos, considera “la violencia secundaria”, que se abre camino sobre su predecesora, de la que representa un exceso perjudicial y no necesario para el funcionamiento del Yo.

En esa línea de pensamiento, es decir, tomando en consideración la relación asimétrica del adulto y el bebé, S. Bleichmar (1993) se basa en la teoría de la seducción originaria de J. Laplanche (1987) que recupera y desarrolla el planteamiento de la teoría de la seducción traumática, teoría que S. Freud renunció en la carta a W. Fliess del 21-9-1897, pero nunca abandonó. J. Laplanche y S. Bleichmar consideran que la persona encargada de los cuidados autoconservativos del niño propone significantes no-verbales tanto como verbales, incluso comportamentales, impregnados de significaciones sexuales inconscientes, de ahí el carácter paradójico de la función materna: la madre genera excitaciones en un bebé –que no tiene un yo constituido– al ofrecerle el pecho, el alimento y los cuidados autoconservativos y , a la vez, esta madre puede ser capaz de ligar y articular estas excitaciones. J. André (2009), basándose en J. Laplanche y S. Bleichmar, añade “lo sexual enigmático de la madre” a “la preocupación maternal primaria” para tener en cuenta la función materna.

Otros autores, como A. Green (1972) de la escuela francesa, añadieron que en una pareja madre-bebé, siempre está la existencia de un padre, en alguna parte, real o en la mente de la madre, incluso si éste está ausente, es odiado o desterrado por ella. Está claro que la relación triangular se da en el inicio de la vida del ser humano.

Para S. Freud, la civilización se construye sobre el orden que representa la función paterna. En *Tótem y Tabú* (1912-13) considera que las prohibiciones del incesto y del parricidio se originan en la culpa por la muerte y devoración del padre primordial, y constituyen el origen de toda la cultura humana, como el arte, la religión, la moral, el derecho... Las leyes sustentan el hecho de que los individuos deben renunciar a ciertos deseos sexuales y sacrificar parte de sus pulsiones en aras de regular los vínculos recíprocos entre los hombres. De esta manera, S. Freud aborda el Complejo de Edipo como complejo nuclear de las neurosis: el deseo sexual por el progenitor de sexo contrario y el odio al progenitor del mismo sexo que con su presencia impide la realización del deseo. Frente a la amenaza de castración por parte del padre, el niño renuncia a la madre como objeto libidinal por la amenaza de la pérdida del genital. Se produce una regresión narcisista de la libido, y aunque la madre sigue siendo el objeto de deseo, el sujeto está en condición de poder investir un objeto fuera del grupo familiar. Los efectos de esta función paterna producen en el niño una ambivalencia de sentimientos, desplegándose una serie de identificaciones con las dos figuras materna y paterna que irán configurando la estructuración psíquica del sujeto.

Ahora bien, es importante resaltar la referencia del objeto materno al padre, o a su deseo por él, lo que facilita al niño salir de la relación fusional con la madre. Esta separación por un tercero instaura un proceso de metaforización y funda el carácter organi-

zador de la doble diferencia de sexos y de generaciones (J. L. López Peñalver, 2002). Este objeto tercero, como antes he mencionado, representa la función paterna que la realiza, o no, el padre. El padre es el testigo y soporte del espejo en el cual se miran, se sitúan o se convierten en algo pensable la madre, el niño y sus relaciones, en tanto éstas le incluyen o le excluyen (B. Brusset, 2002). El padre mira, habla, actúa. Es embajador de la realidad, garante, mediador, protector, factor de conflicto, obstáculo, fijador de límites y de prohibiciones, y también seductor y perturbador.

La madre real puede ser paterna y el padre real puede ser materno (la madre identificada de modo predominantemente con su propio padre, el padre con su propia madre) Lo sensible, la sensorialidad, el goce pleno se consideran asociadas al ámbito materno; el advenimiento del sujeto como diferenciado, el lenguaje, lo mítico, lo social, la religión, se relacionan a la función paterna.

La función del padre, como eje que completa la función continente de la madre, aparece cuando la madre da un lugar al padre. Solo cuando la madre sitúa al padre en tanto hombre deseado y amado por ella, y éste ocupa ese lugar, el niño se siente obligado a renunciar a sus deseos incestuosos, accediendo al mundo de la simbolización y de las identificaciones.

J. Lacan (1956-57) diferenció en el seno de la función paterna el padre simbólico, el padre imaginario y el padre real como registros diferentes bajo los cuales se presenta la compleja función de la paternidad. El padre real y el padre imaginario se oponen al padre simbólico que es el que remite a la ley en relación con la prohibición del incesto. El padre simbólico es el que instauro la castración simbólica, que opera como corte que limita y ordena el deseo del sujeto. El padre imaginario es, en sus versiones terrorí-

ficas o bondadosas, el que priva al niño de la madre. El padre real no es el que prohíbe, sino el que, con su presencia, permite al niño tener acceso a su propio deseo sexual. Esta presencia tiene que ver con la presencia del padre real en el mundo imaginario, simbólico y real de la madre. (R. Chemama, p. 311).

El fallo en la función paterna se considera como una prohibición insuficiente que deja atrapado al niño en una relación narcisista con la madre siendo la representación del deseo de completud de la madre, provocando problemas en el niño para constituirse como sujeto psíquico diferenciado, dando lugar a diversas patologías.

En la actualidad, comparto la opinión de los psicoanalistas que consideran que la función materna es la facilitadora de fundación del psiquismo en el doble carácter, excitante y ligador o integrador de estas excitaciones y esta función materna no la puedo concebir sin la función paterna, función paterna de la madre, que con su propia organización edípica, dará acceso al niño a la relación con el padre. Pienso que esta función materna no solo es patrimonio de la madre, sino que ambas funciones pueden estar presentes en los dos. En general hay un padre que puede estar presente o ausente en la realidad y en el funcionamiento psíquico de la madre, tanto en el nivel consciente como en el inconsciente. Este padre, también con su estructura edípica y portador de ese doble carácter: excitante y ligador, tiene la función de tercero-ley, permitiendo que el niño se pueda constituir, en toda esa complejidad, como un sujeto psíquico diferenciado tanto en la relación con el otro-madre, como en la diferenciación de sexos y generaciones. Estos procesos se irán configurando en los distintos tiempos de la organización edípica.

El trabajo analítico como organización de trabajo entre dos, se aproxima al funcionamiento del analista en su función materna y paterna, sobre todo en los casos difíciles, en los casos de adolescentes y de niños en los que existen fallos en la estructuración del psiquismo. El trabajo del analista requiere de una cierta creatividad para permitir construir un encuadre en el que el analista pueda representar de forma metafórica la función materna y paterna sin ser la madre y sin ser el padre, permitiendo una movilidad psíquica que se juega en la relación transferencia-contratransferencia. El encuadre viene a simbolizar la articulación de las dos funciones: materna y paterna. Por un lado, extensión del cuerpo materno, un continente a modo de lo que D. Anzieu llamó el “Yo-piel”, y por otro lado, límite y contención, sin caer en el riesgo de transformar el análisis en una técnica desexualizada, o pedagógica.

El trabajo analítico supone recorrer una serie de movimientos regresivos importantes y necesarios que bien digeridos pueden situar la maternidad, paternidad en un lugar más confortable. Tanto en el proceso de la maternidad-paternidad como en el proceso transferencial del análisis se remueven vivencias arcaicas de nuestra historia, las heridas narcisistas antiguas, los traumatismos, los duelos, aparecen una serie de vulnerabilidades, se reactivan las relaciones primarias con los padres, se despliega la problemática identificatoria y se recorre otra vez un trayecto en el que sería deseable establecer una distancia con la madre permitiendo la ruptura simbólica por el padre.

En el trabajo con niños me identifico con los psicoanalistas que piensan que es importante poder trabajar con los padres estas funciones para que ellos puedan interrogarse sobre la conflictiva parental.

El trabajo analítico con pacientes de estados límite en los que nos encontramos con defectos de integración, de simbolización y de organización edípica, nos confronta con las particularidades de la historia infantil del paciente que nos remite a la realidad psíquica de los padres y a su psicopatología, es decir, a los avatares del complejo de Edipo en cada uno de ellos. De ahí, que en la actualidad, aún con crisis económica, existiendo socialmente cierta tendencia al exceso y a la satisfacción pulsional directa, con poca tolerancia a la frustración y a la aceptación de límites que borran la diferencia de sexos y generaciones, pienso que las funciones parentales son, evidentemente mucho más importantes para tenerlas en cuenta y fortalecerlas desde todos los ámbitos.

¿Qué podríamos decir, a modo de conclusión, sobre “ser madre”, “ser padre”, “la parentalidad”, en el siglo XXI?

Hemos hablado de la “preocupación maternal primaria”, “la seducción generalizada”, “la violencia primaria”, “la capacidad de rêverie”, “la función simbólica del padre”, para intentar dar cuenta y poner en palabras lo que pasa en el psiquismo de un bebé todavía no estructurado y entre los psiquismos estructurados de los padres-adultos con contenidos inconscientes. Las figuras parentales implican una doble articulación, por un lado, capacidad de amor hacia el hijo para ofrecerle un modelo en el cual éste se pueda identificar y por otro un carácter rivalizante, dando normas remitiendo al doble juego con el que se plantean las circulaciones deseantes en el interior del complejo de Edipo. En esta dinámica tan compleja se abre la posibilidad de la estructuración del niño y de las identificaciones que abren el camino a la asunción del sexo y la diferencia de generaciones.

Con los cambios que se están dando en las nuevas condiciones sociales, considero que ellos no invalidan los descubrimientos

psicoanalíticos. Como dice S. Bleichmar, “tenemos a nuestro favor el ejercicio de una práctica que no solo abre un campo fecundo en sus posibilidades respecto a generar transformaciones productivas en los tiempos de constitución del psiquismo y en el alivio del malestar psíquico, sino que promueve un espacio privilegiado para la exploración del mismo”.

BIBLIOGRAFÍA

ANDRÉ, J. (2009): *L'événement et la temporalité. L'après-coup dans la cure. Revue Française de Psychanalyse*. T. LXXIII, p. 1285-1352.

ANZIEU-PREMMEREUR, C. (2011): *Fondements maternels de la vie psychique. Revue Française de Psychanalyse*. T. LXXV, p. 1449-1497.

AULAGNIER, P. (1975): *La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1993.

BLEICHMAR, S. (1993): *La fundación del inconsciente. Destinos de pulsión, destinos del sujeto*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu.

BION, W. R. (1963): *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires, Ed. Paidós, 1987.

BRUSSET, B. (2002): *El padre en los estados límites. Revista de Psicoanálisis de la A.P.M.*, n.º 38, p. 19-36.

CHEMAMA, R. (1998): *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu.

DENIS, P. (2010): *Entre familia y parentalidad: algunas consecuencias de las discontinuidades relacionales. Cuadernos de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y del Adolescente*. n.º 49, p. 79-90.

FERENCZI, S. (1932): *Confusión de lengua entre los adultos y el niño. Obras Completas*. T. IV, Madrid, Ed. Espasa-Calpe, 1984.

FREUD, A (1927): *Psicoanálisis del niño*. Buenos Aires, Ed. Hormé, 1964.

FREUD, S (1886-1950): *Obras Completas*. Buenos Aires. Amorrortu Editores. 1976.

— (1905) *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires, A. E. vol. VII.

— (1910) *Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci*. Buenos Aires, A. E., vol. XI.

— (1913 [1912-1913]). *Tótem y tabú. - Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos*. Buenos Aires, A. E., vol. XIII.

— (1915). *Duelo y Melancolía*. Buenos Aires, A. E., vol. XIV.

— (1940 [1938]). *Esquema del psicoanálisis*. Buenos Aires, A. E., vol. XXIII.

— (1950 [1895]). *Proyecto de Psicología*. Buenos Aires, A. E., vol. I.

— (1950 [1892-99]). *Fragmentos de la correspondencia con W. Fliess*. Carta del 21-9-1897. Buenos Aires, A. E., vol. I.

GREEN, A. (1972): *De locuras privadas*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1990.

KLEIN, M. (1926): *Principios psicológicos del análisis infantil*. En *Obras Completas*. Buenos Aires, Ed. Paidós, 1989, T. I. p. 137-147.

LAPLANCHE, J. (1987): *Nuevos fundamentos para el psicoanálisis. La seducción originaria*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1989.

LÓPEZ PEÑALVER, J. L. (2002): *Introducción al concepto: función materna, función paterna*. - *Revista de psicoanálisis de la A.P.M.*, N.º 38, p. 9-13.

WINNICOTT, D. (1947): *La haine dans le contre-transfert*. En *De la pédiatrie à la psychanalyse*. Paris, Ed. Payot, 1969.

— (1956) *La préoccupation maternelle primaire*. En *De la pédiatrie à la psychanalyse*. Paris, Ed. Payot, 1969.

EL IMPACTO DE LA DIVERSIDAD EN EL MODELO TRADICIONAL FAMILIAR

Alicia Monserrat

Es mi intención compartir algunas reflexiones elaboradas a partir de consultas y tratamientos familiares en los que abundan realidades distintas de lo que consideramos el formato tradicional de la familia, en referencia a la familia tradicional de matrimonios casados en primeras nupcias con dos o tres hijos. Las transformaciones parentales, que han superado ese modelo, implican reconocer el impacto “Como la bala lanzada al blanco”, (J. Corominas, 1983), sobre las nuevas maneras de pensar y vivir la alteridad en los márgenes de los lazos de parentesco, filiación y consanguinidad. Me propongo también mantener un enfoque a distancia de estos temas múltiples, en base a una línea conceptual que procure no reducir lo que se conoce a lo conocido, para no caer en la utopía o en la nostalgia.

Desde el campo de la clínica, las consultas que demandan ayuda parten especialmente de desvinculaciones matrimoniales, de situaciones de disgregación, de adopción, tanto de parejas como de personas solas, y de parejas que han optado por la reproducción asistida. Cada caso es muy particular y novedoso, donde se plantea un desconcierto generalizado sobre cómo relacionarse unos y otros y donde visualizamos un esquema constitutivo de nuevas formas de crianza.

Para empezar, sin duda alguna estaremos de acuerdo en que hoy, cuando hablamos de nuevas formas de familia, no podemos dejar de lado la incidencia que están teniendo determinados cambios socioeconómicos, científicos y culturales en la dinámica familiar. También en todo lo relativo a la crianza de los hijos con las modificaciones legales consiguientes. Se ha pasado de una familia nuclear fusional tradicional a una familia pospatriarcal ligada a valores posmodernos, inmersos en la pretendida sociedad del bienestar y del consumo.

Anteriormente las normativas legales no contemplaban en su definición de familia a los que vivían solos y a las parejas no casadas, pero se ha hecho necesario elaborar nuevos conceptos, como el de “formas de convivencia” o “formas de vida familiar”. Los vínculos familiares se organizan alrededor de un mayor compromiso emocional, la elección de pareja se ha convertido en una opción vital, y son la sexualidad y el amor los recursos contemporáneos aptos para cimentar y dar sentido a las alianzas conyugales; y por eso hace su aparición la familia ensamblada, surgida del fenómeno en aumento de separaciones y divorcios, de nuevos matrimonios con hijos de anteriores y actuales parejas, de personas solas con hijos, etcétera. No olvidemos que también se encuentran nuevas formas parentales de procreación, fertilización asistida, alquiler de vientres, etc., no sin consecuencias éticas. Asimismo, nos encontramos que los países centrales buscan niños para adoptar en países considerados poco favorecidos.

En esta reflexión, la familia cumple funciones de sostén, de placenta extrauterina y de socialización. Es transmisora de pautas sociales, donde se juega la dramática de la constitución del sujeto deseante. Lo que distingue a la familia nuclear de otro tipo de familias es, más que el número de integrantes, un aspecto subjetivo o intersubjetivo, y que se caracteriza por un sentido especial de

solidaridad, que separa la unidad doméstica de la comunidad que la rodea. La domesticidad surgió sobre la base de la creencia en la necesidad de un ambiente protegido para la crianza. Alrededor de un nacimiento habrá un vínculo que liga al niño y un entorno propicio para anidar al incipiente ser humano.

Este espacio es condición invariable para el sujeto, pero en la actualidad supone la organización de lugares móviles; nunca la familia fue “natural” pero cada vez lo parece menos, cada vez se hará más necesario un nexo para construir el discernimiento de las relaciones entre lo genético, lo biológico y “lo natural” y por el otro lado lo social, lo simbólico, “lo cultural”, atravesados por representaciones de parentalidades y filiaciones imposibles de negar con los avances de la comunidad científica (J. Derrida, 2004), como vamos viendo en nuestras consultas.

Al armar el puzle de la heterogeneidad en estas organizaciones familiares aceptamos el desafío que los actuales adelantos y problemáticas plantean, así como también reconocemos la necesidad de nuevas formulaciones, entendiendo al ser humano, en el entrecruzamiento de su historia singular con la historia social, que lo trasciende.

Resaltaría lo que dicen autores como A. Bauleo (1997), J. Moreno (2006) y T. Olmos (2009) en el sentido de que el creciente aumento del rol de la mujer en la sociedad no ha llevado necesariamente a enriquecer la función materna. El reparto más equitativo de la crianza y de la educación de los hijos entre hombres y mujeres produce padres más responsables, pero muchísimo más estresados, dubitativos e inseguros. Más bien todo este conjunto de cambios ha alterado el modo de concebir las funciones parentales, destacándose la caída de la autoridad del padre. Y, como sabemos, en los roles parentales de hoy, se redimensiona el papel

del padre en la denominación de un padre “sospechoso”, que implica dudas en la función del padre como eje fálico estructurante que completa la función continente de la madre.

La familia, que ya se despojara históricamente de múltiples funciones asumidas por otras instituciones, hoy va cediendo parte de su prevalencia, se diluye con la intervención de lo público cada vez más presente. Esto se hace particularmente notable en las grandes ciudades, con el auge de las escuelas infantiles, la pertenencia del niño a múltiples grupos extrafamiliares, los extensos horarios escolares y la incidencia insoslayable de los medios y el mundo digital.

También cabe remarcar que es notable la pregunta –ocurre en los debates tanto sociales como científicos– que surge sobre los cambios que se están produciendo, que se dirige hacia el tiempo, sobre todo al futuro, mucho más que en los efectos en el presente. Por Ejemplo: *¿Y mañana qué? Familias desordenadas*, como se titula el libro, de É. Roudinesco (2004).

Por ejemplo, frente a la solicitud de adopción de un menor por parte de parejas del mismo sexo, la duda que se plantea a los profesionales de la salud mental se dirige a interrogarse qué irá a suceder con la identidad sexual del niño en el futuro, dada la homosexualidad de esos padres, y se hace depender la autorización de la adopción de la respuesta de los profesionales de la salud respecto de ese tema.

¿Un psicoanalista puede supuestamente responder a esta demanda, con una especie de certeza para predecir sobre la futura vida de estas personas? ¿O sea, sus teorías permitirían revelar el futuro?

La inquietud de los nuevos retos familiares y una probable respuesta implican ahondar en toda una biblioteca de hipótesis teóricas, valores de época, creencias, discursos jurídicos, psicoanalíticos, modos de vivir, es decir lo interdisciplinar. En las circunstancias actuales, se nos brinda la posibilidad de mirar lo pasado y darle un sentido donde se pueda romper con la compulsión de repetición. Subrayar la problemática, situándola en el contexto en el que “hemos aprendido a tratar los efectos del pasado y se nos hace difícil pensar los efectos del futuro” (en este presente como “no” futuro). A. Bauleo (1997). Sin embargo, se nos plantean varias dudas e incertidumbres.

De todo lo anteriormente expuesto se desprende que existe una relación entre la forma de familiarización y la organización social en su conjunto. Lo que nosotros, psicoanalistas, enfrentamos es o son los aspectos subjetivos del núcleo familiar, los anclajes, lazos, vínculos en una función simbólica y la multiplicidad de sus recomposiciones posibles.

Ejes teóricos psicoanalíticos

Rescatamos de los escritos llamados sociales, que para S. Freud (1913, 1921, 1927, 1930) el parentesco, como sabemos, es una consecuencia de la prohibición del incesto, ya que es necesario registrar los vínculos de filiación y consanguíneos para identificar las uniones permitidas y diferenciarlas de las prohibidas. Estas relaciones específicamente humanas se convierten en soporte de obligaciones o derechos, y determinan la identidad social de los individuos.

La lectura que S. Ferenczi (1933-1988) había hecho del texto *Psicología de las masas y análisis del yo*, de S. Freud, subraya la idea. Recordemos, como lo proponen varios especialistas, que fue S. Ferenczi, quien adelantó el concepto de “psique del grupo”, después retomada por varios autores sin nombrarlo (A. Bauleo, 2005).

Señalo las líneas generales que tiene en cuenta el Psicoanálisis contextualizado con una perspectiva de la grupalidad que incluye una metodología que alcanza la doble perspectiva, las representaciones de los que viven la situación y la de observador participante, englobada en la contratransferencia, (G. Devereux, 1950, 1970). La noción de vínculo puede acercarnos a una comprensión de los fenómenos que intentamos abarcar. La construcción psíquica surge así como producto de una trama vincular; su estructura puede ser pensada como grupal, su dinámica es una “dramática”; el encuentro con lo diferente (tanto con “el” otro como con “lo” otro) es una condición en el grupo. Este espacio de encuentro y desencuentro de sujetos vinculados alrededor de alguna tarea en común será el escenario privilegiado para el despliegue de estas mutaciones organizativas familiares y la posible inserción de un proceso transformador, no a salvo de su carácter “problematizador” (P. Riviérè, 1966, 1988). De ahí quisiera rescatar, otro concepto freudiano de lo ominoso (1919), que dará pie a pensar las líneas del extrañamiento propuesto por varios autores, y que implican aspectos actuales de la parentalidad.

P. Aulagnier (1966, 1977), al hablar de contrato narcisista, trata de la filiación con una perspectiva enriquecida del propio S. Freud cuando se refiere al desvalimiento del cachorro humano al nacer. Con esta idea ella sostiene que todo sujeto viene al mundo de la sociedad y de la sucesión generacional, con la misión de garantizar la continuidad del grupo al cual pertenece y resguardar

la del grupo parental. En contrapartida, el grupo familiar debe investir libidinalmente al nuevo individuo.

Psiquismos constituidos –adultos– ponen en juego sexualidad, saber y poder para la construcción de la subjetividad. Ofrecen amparo y amor, pero también su propio mundo representacional, su posibilidad responsable no solo de contener sino de prohibir, de frustrar, controlar y postergar los impulsos. Podemos destacar que los otros significativos marcan su impronta no solo en función simbólica sino como sujetos, *de lenguaje y de carne*. El ser humano, hasta aquí, no puede sobrevivir sin cuidados materiales y amorosos (autoconservación, sexualidad), y esto cualifica de modo peculiar su vida toda. Aun en plena era digital se podría decir que no hay familias virtuales en el momento de la crianza, un niño no podría ser criado por máquinas, del mismo modo que los míticos Rómulo y Remo no podrían haberse humanizado entre la loba; el otro en la crianza es presencia, palabra enraizada en la corporalidad. Y en este punto se puede mencionar el film “*ET*”, cuando entre sollozos y con una languidez extrema el extraterrestre, humanizado, dice “Mi casa”, señalando el espacio estelar. Estos clásicos del género vinculan la emocionalidad de sujeto humano, con las necesidades y deseos más originarios. Las máquinas se cubren de piel y abren los brazos donde acunar la esencialidad de lo humano proyectado en el espacio sideral.

Las nuevas tecnologías médicas en la familia y la parentalidad

Una de las premisas a tener en cuenta con estos nuevos fenómenos, como hemos visto, es la disociación entre fecundación y sexualidad, así como entre filiación genética y filiación legal. Ade-

más, hay casos en los que se produce artificialmente la interrupción de la concepción, de la continuidad de la vida, o de la muerte. La ciencia actual permite operar sobre potencialidades humanas, que pueden no llegar a ser seres, pero sí programas genéticos, embriones congelados utilizados con fines de procreación o terapéuticos. Son escenarios que hasta pueden rozar lo siniestro, en las demandas de hijo con predominio narcisista. Pareciera que el enunciado deseo de hijo es tomado como un deseo que debe ser satisfecho.

Es decir, que mediante estas opciones de la tecnología médica se hacen posibles formas de paternidad y maternidad que hasta ahora parecían inimaginables. ¿Qué lugar le van a dar al discurso parental y al discurso del campo social, cuando ambos operan como matrices de referencias identificatorias que participan en la construcción de la identidad de un nuevo sujeto? ¿Qué sucede cuando estas situaciones son habladas o cuando permanecen en secreto? ¿Se inauguran así parentescos naturales y parentescos artificiales?

La infertilidad implica aspectos inconscientes y de funcionamiento mental, que deberán ser tenidos en cuenta a la hora de escuchar todas las demandas, ya que el deseo manifiesto y consciente de un hijo o de un no-hijo, poco dice en sí mismo de los determinantes inconscientes que lo sostienen.

La escucha de la demanda de hijo es esperable que pueda darse en el discurso particular de cada uno de los progenitores. Se pasará de la demanda al deseo solo a través de la posibilidad de historiar y saber acerca de lo inconsciente. Al decir de P. Aulagnier (1977): “El sujeto hará un itinerario que correrá parejo al conocimiento que él pueda adquirir sobre el enigma de las formas y del rostro que para él cobra el deseo”.

Recordemos el tabú del incesto como intermediario entre naturaleza y cultura, regla que implica la entrada del sujeto en el simbolismo y ordena las diferencias entre los sexos y las generaciones, entre las relaciones del deseo y las prohibiciones en los intercambios culturales. Cualquiera de los cambios en los modelos vinculares, puede transcurrir sin quebrar, sin transgredir dicha regla.

El dejar de lado todos estos aspectos internos no puede sino acabar siendo fuente de problemas y de conflictos, sobre todo cuando se propone y se emprende un programa de procreación asistida o un proceso de adopción.

Intentaré ceñirme al planteamiento de algunas consideraciones desde las cuales posicionarse al respecto. Sin lugar a duda creo que es desde el corazón mismo de la clínica psicoanalítica desde donde se pueden encarar estos retos que impone la realidad actual.

El día a día de nuestro quehacer: el caso Sofía

Aportaré una viñeta clínica para ejemplificar las transformaciones actuales de nuestra sociedad. Esta viñeta habla *sobre las construcciones mentales de una niña* y plantea un relato de los modelos maternos y paternos. Nos da cuenta también acerca de las teorías de la *sexualidad infantil*. Hablaré de Sofía.

Los padres de Sofía, de casi 5 años, traen a la niña porque ha sufrido ataques de fobias que se sucedieron tras una separación de varios días de su padre. Dicen que nació de fertilización in vitro, una parentalidad separada de la sexualidad, después de numerosas tentativas infructuosas. El padre, sin ser preguntado,

confirma que la culpa es suya. El embarazo transcurrió en tensión, y además él tuvo que ausentarse en diversas ocasiones.

En la tercera entrevista con la niña los ataques habían desaparecido y llegaron las vacaciones de verano; volví a verla en octubre, con los ataques en pleno apogeo. Sofía demandó visitar "la casa de la señora con juguetes" y es así como comienza el análisis. Pensé que Sofía ya había trasladado en la transferencia analítica la situación conflictiva con el padre ante la ausencia-separación.

La niña construye una historia, jugando con pequeños animales: los padres son los que hacen los niños y los sacan tirando de su cabeza. Me dice: el papá hace al niño y el niño hace a la mamá. Me quedo pensando en este relato.

Días después, en una entrevista con la pareja, el padre comenta que su hija fue concebida por donación de esperma y que están pensando en hacer un nuevo intento, porque consideran que deben darle un hermano a su hija. ¿Deben?, les pregunto, y ellos me comentan eludiendo mi pregunta, que le han explicado a la niña que hay un médico que piensa con la cabeza cómo se "fabrica" un bebé.

En una sesión, Sofía dibuja un globo muy inflado que tiene un sombrero muy particular, dice que es la cabeza, luego una tirita que tapa, según sus palabras un hueco, después, con un embudo que ha hecho de papel, introduce unos pequeños objetos. Le pregunto a qué está jugando y responde "al doctor... de los niños, luego van a salir niños".

Pienso que los padres han inducido este material de la explicación de las teorías del nacimiento de los niños, con una representación en la figura del médico. La idea que me aparece es que

el padre de Sofía se siente mal por no ser suyo el espermatozoide; al mismo tiempo, esta escena me recuerda al personaje del lobo feroz-padre cuando lo destripan, pues se ha creado una fantasía infantil de la escena primaria.

¿Y el sombrero?, le pregunto, y me responde, que el señor ayuda a los padres a buscar a los niños. El padre y la madre de esta escena primaria hacen conexión en la mente de Sofía, con un tercero vinculante. En ella aparece no uno, sino un dúo de padres, un médico y el propio padre que están ahí para “hacer una madre”. A la madre hay que hacerla, como dice S. Freud.

Sigue mi diálogo con Sofía. La niña dice: “Contigo juego a esto y lo dibujo”. Yo le respondo que ella tiene dudas sobre cómo se hacen los niños y cómo nacen, y agrego: “¿Te parece que podemos entender qué es lo que te está pasando con el interés de que mamá y papá se preparan para tener un hijo, un hermanito o hermanita? Y me dice ‘Pues sí’. ¿Pero cuando sea mayor me pasará lo mismo, qué para ser mamá me abrirán, me entrarán los doctores y papá por la tripita, o mejor, seré una doctora como tú y los señores?”.

Sofía, esta pequeña émula del Juanito freudiano, me ha enseñado mucho sobre algo que se intenta pensar desde S. Freud. Ella intenta encontrar aquí y ahora un sentido a su existencia, y esto es expresado en una historia en la que elabora respuestas al origen de su vida. Estas respuestas se organizan en estas nuevas modalidades.

No obstante, las fantasías primordiales de la escena primaria en Sofía, hay que destacar la importancia del ingreso de la escena primaria en la teoría de la sexualidad. Marcar que ésta ya no se limita a la sexualidad del niño, sino que debe comprender los dos

sentidos del término, la irrupción de la sexualidad adulta en la infantil. Con esto me refiero a los enigmas de la sexualidad de los padres, percibida, adivinada, fantaseada en proporciones diversas por los niños. Es lo que se considera una creación subjetiva del psiquismo. La elaboración de la escena primaria constituiría el presupuesto necesario para la diferenciación entre lo masculino y lo femenino. La fantasía de la escena primaria aporta la imagen de las figuras parentales fusionadas en una completud bisexual.

En el mundo psíquico de la infancia donde coexisten el odio y el amor en una corriente de investidura libidinal incesante sobre los objetos parentales, estos intercambios fantasmáticos contribuyen a erigir una imagen seductora, aunque angustiosa, de la escena primaria. Esto genera, a la vez, deseos y miedos arcaicos: el deseo incestuoso que tiene el niño de poseer a sus progenitores y obtener el poder mágico que les atribuye, con todos los fantasmas que esto implica, junto al miedo de la destrucción que engendra la fantasía de esa escena como violenta. Los fantasmas bisexuales engendrados por la escena originaria aparecen en una forma pregenital y arcaica (F. Guinnard, 2003).

En el caso de los padres de Sofía, como he dicho, el embarazo se logra a partir de material genético ajeno a la pareja, lo que invita a reflexionar acerca de lo siniestro o lo idealizado que puede resultar, y también sobre el tercero que queda excluido en la pareja. Me pregunto además si los protagonistas tienen una comprensión real de aquello que están realizando movidos por la necesidad de dar vida, la pasión de hijo (J. Kristeva, 1997) o por el deber de tener hijos, en este caso un hermano para Sofía, según manifestaron sus padres.

En el libro *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones* (1985), H. Faimberg propone un concepto, “el telescopaje”, y lo

plantea como un “tipo especial de identificación inconsciente *alienante* que condensa tres generaciones y que se revela en la transferencia”. Esto no está en relación con lo dolorosas que hayan sido las vivencias habidas. La autora afirma: “En la trasmisión alienante *los padres pierden la función de garantes*. El hijo queda sujeto a lo que los padres dicen o callan. Depende, para su propia supervivencia psíquica, de esta versión narcisista fundadora que es mantenida en silencio por los padres, perdiendo así el libre acceso a la interpretación de su propio psiquismo”.

Todos los avances abren posibilidades, se ven confrontados con nuevos enigmas a resolver, pero estas mejoras tendrían que estar a favor de la libertad de opción más que para ser usadas para negar o no asumir las propias faltas porque alimentar fantasías de autogestación parto-genéticas, de omnipotencia proyectada en el médico, o fantasías de eternidad mediante embriones congelados revertirán negativamente en la siguiente generación.

El anudamiento del encuentro: La adopción

La adopción se mueve entre un abandono y un encuentro. Abandono de unos progenitores y encuentro de unos padres con un niño. Progenitores biológicos, familias biológicas, niños y padres adoptivos.

La adopción se ha constituido en nuestra cultura como una posibilidad de filiación alternativa, que, sin embargo, por su particularidad, pone en evidencia tanto a la pareja de la alianza como al vínculo de filiación. Subrayamos que este vínculo que se construye requiere un trabajo, en la medida en que reconocemos una diferencia irreductible entre hijo deseado e hijo real. Se propone

una operación de deconstrucción-construcción. Deconstrucción de idealidades sobre la adopción, sobre todo la del mito del "amor filial perfecto", y construcción de la búsqueda del reconocimiento de las diferencias, de la alteridad, que cualifican la posibilidad del encuentro con el otro. De este modo se inaugura y se instituye un sistema vinculante entre los miembros de la familia que adopta, en el cual el niño se acopla a un ritmo generacional entre los adoptantes y sus padres (los abuelos del niño adoptivo).

Podemos preguntarnos si existe una diferencia entre ser madre-padre: adoptivos o biológicos o, en otros términos, si es diferente ser madre-padre adoptivo, cuando no se es padre o madre genético.

La esterilidad y la infertilidad se encuentran como causa principal de la adopción, pero también hoy nos enfrentamos a otras demandas cuyas motivaciones son diferentes.

Así vemos cómo se acercan a la vía de la adopción no solo parejas sino también hombres o mujeres solos de diferentes estados civiles; parejas que ya han sido padres que también desean adoptar hijos; parejas que no desean procrear; parejas a las que el cambio de sexo corporal y civil —con la consiguiente esterilidad— solo les deja abierta esta vía o la de la procreación asistida; parejas de homosexuales que reclaman el reconocimiento civil de su estatus y de poder constituir una familia a través de la adopción.

El deseo de ser padres y de querer un hijo representa para todos una especie de transgresión. De ahí que la esterilidad o la infertilidad se viva tan fácilmente como un castigo. La esterilidad hiere a nivel narcisista (A. Green, 1997) (mutilación, desvalorización) y a nivel objetal y libidinal (no tengo hijo a quien querer).

Por ello, vemos que la adopción desafía tanto la prohibición como el castigo, con lo que internamente los padres adoptivos cometen una doble transgresión, que los puede llevar a buscar en la adopción la negación de dicha herida ante los demás y ante ellos mismos. Aunque, una vez elaborada y superada dicha herida pueden hacer una reparación y efectuar las identificaciones positivas, respecto de sus propios padres, con ese hijo que pasa así a ser objeto de deseo y no de necesidad, aunque, precisamente, por no poder procrearlo. Proceso difícil en el que la elaboración y la tramitación interna de su fracaso en su deseo de procrear les permitirá concederse a sí mismos el lugar de padres de un hijo imaginario que les hará pasar, además, por la prueba de tener que solicitarlo.

A este respecto, creo que es importante señalar algunos aspectos que, en relación con la eclosión de las adopciones internacionales, no dejan de plantearnos cuestionamientos en torno a ciertos cambios como el del pasaje de esa tendencia anterior a guardar el secreto sobre el origen de sus hijos adoptivos, a la divulgación e incluso exhibición de su estado de adoptantes. Esto conlleva el peligro de magnificar e idealizar, precisamente, unas diferencias raciales, culturales del hijo, pero también de su propia diferencia, respecto de los demás padres, como formación reactiva frente a poder asumir lo que, en dichas diferencias, puede recordar e inquietar, en cuanto a la falta de consanguineidad. Es precisamente esto lo que permite y da acceso a poder comprender que el parentesco se traba en las interacciones e identificaciones para poder abrir ese espacio que dé lugar al intercambio verdadero, donde los vínculos familiares recíprocos se establezcan, sentando las bases de los sentimientos de filiación. Vínculos cuya solidez y autenticidad se pondrán a prueba después, en la adolescencia. (D. Winnicott, 1977).

Será naturalmente la capacidad personal de elaboración interna y su estructura personal y de pareja las que, junto con las motivaciones que sostienen su deseo de convertirse en padres adoptivos, les permitirán abrir ese proceso de convertirse en padres auténticos de hijos procreados por una pareja fecunda, cuyos rasgos diferenciadores, en el caso de la adopción internacional, perdurarán en ellos.

Incluso, aquí, podríamos llegar a pensar, que en el hecho de adoptar un niño diferente puede enmascarse la esperanza de no tener que hacer ninguna revelación, al atribuir al propio niño la capacidad de sacar las deducciones que le llevarán a concluir que es un hijo adoptivo.

Familias ensambladas

¿Un padre, una madre o dos?, ¿Hombres o mujeres?, ¿Otros hermanos? Pluriparentalidad, uniparentalidad, o monoparentalidad; se hace difícil la aritmética de los elementos de estos conjuntos. *¿Y si la cosa funciona?*, como diría Woody Allen. Sin embargo, podríamos considerar un nuevo término que las describa como familias ensambladas, alianzas producidas por el deseo, donde las funciones se ejercen independientemente de la identidad sexual de quien las integra. En el caso de las familias monoparentales éstas se ensamblan con las redes familiares o las afectivas. Y actualmente son cada vez más los progenitores varones que reclaman la tenencia compartida en caso de divorcio. Otra cuestión es la aceptación del rol productivo de las mujeres y a la par ciertas paradojas como la resistencia de muchas de ellas a perder el reino del hogar. La mujer ha conseguido determinados logros e igualdad de oportunidades; también su mundo relacional se ha

ampliado fuera de la pareja, con el aumento en general de sus niveles de ansiedad al tratar de compaginar diferentes funciones de madre, esposa y amante.

Esta revisión incluye un movimiento paradójico: desmontar modelos de papeles tradicionales de hombre y mujer, para acceder a un lugar diferente sin el temor a masculinizarse o feminizarse y evitar la tentación omnipotente de sustituir al otro, con la ilusión de poder cubrir completamente ambos lugares.

¿Monoparentalidad?

El planteamiento de la monoparentalidad surge de la observación y reflexión de la experiencia con mujeres que encaran la maternidad sin pareja, las llamadas familias monoparentales. El sector abordado como objeto no son las familias que se convierten en uniparentales por separaciones, ausencia o muerte de uno de los padres, sino las que por deseo y elección se inician de este modo no solo desde la adopción. En este sentido, abordaré los casos de familias uniparentales y adoptivas.

Los modelos uniparentales adoptivos más frecuentes hasta hoy nos plantean características peculiares; por lo general son mujeres de mediana edad que se aproximan a concretar el deseo de criar un hijo, con cantidad de interrogantes, y diversos sentimientos de incomodidad y pudor que parecerían surgir de una situación no adecuada, no aceptada o como impropia desde lo subjetivo y lo social. Esta situación podría condensarse en esta formulación: ¿es pertinente, tiene derecho una mujer sola a adoptar un niño y no otorgarle un padre? Cuando una mujer desea un hijo sin un hombre, desde una perspectiva profesional solemos

preguntarnos: ¿Cuál es la necesidad del otro? ¿Es omnipotencia y por tanto un fuerte componente de narcisismo que desconoce la incompletud? ¿En qué lugar se coloca al niño? ¿En el lugar de un objeto erótico ante la soledad, que supuestamente se encuentra? ¿Producirá esto sufrimiento y patología en el niño?

No estamos frente a una familia con dos más uno igual a tres, y de ese modo asegurada la función paterna ni en un arriesgado uno más uno que dé como resultado la familia especular o sumatorias de padres y madres e hijos que se multiplican creando subgrupos del primer matrimonio, segundo o tercero.

En la perspectiva de las familias monoparentales asumidas por mujeres, éstas tienen que hacerse cargo de la realización de un mandato social preciso para el papel de la mujer que comprende la maternidad como proyecto valorado y sublime, ser madre como la realización femenina principal y contener, cuidar, sostener afectivamente a otro ser humano. Esta realización queda condicionada porque no corresponde a lo indicado para lo femenino, ya que desarrollar habilidades reconocidas como propias del rol masculino (salida al mundo laboral productivo, ganar dinero, sostener económicamente, ser autosuficiente, ordenar y funcionar impartiendo normas) no era considerado típico de la mujer. En la realización de ese mandato tampoco se contempla como propia de la mujer la promoción de la ruptura de la tentación a la simbiosis entre sí misma y el niño.

Creo que deberíamos plantearnos desde qué indicadores pensar la constitución de estas maternidades, cuáles son los prejuicios, ideologías y valoraciones que se ponen en juego, para propiciar o desestimar este proyecto de familia monoparental.

Vínculos homoparentales conforman familias

Una problemática específica de nuestros ordenamientos familiares la constituye la homosexualidad y la bisexualidad. La homosexualidad a lo largo de la historia en Occidente constituye la primera forma de ejercicio de la sexualidad humana disociada de la reproducción.

Hay parejas homosexuales que tratan de reproducir puntualmente las relaciones de las parejas heterosexuales tradicionales, por ejemplo, respecto de la división sexual del trabajo, mientras otras plantean innovaciones, en el sentido de una mayor simetría en sus relaciones de poder, y de los vínculos afectivos o económicos.

A menudo fracasan en su proyecto de pareja, cuando se encuentran reproduciendo exactamente las relaciones de poder que habían criticado anteriormente en parejas heterosexuales. En otros casos se trata de vínculos homosexuales que se han formalizado no solo sobre ejes afectivos y de atracción erótica, sino basados en un proyecto de transformación en el sentido político.

Las sexualidades permitidas y prohibidas dentro de la familia responden a la construcción de la subjetividad dentro de la red vincular familiar, de acuerdo con los vínculos de identificación temprana, y también con las políticas sexuales de cada momento histórico social, que afectan a la producción de significados otorgados a las diversas modalidades sexuales. Los conflictos así generados habrán de encontrar sus modos de resolución, simultáneamente, dentro de esos contextos familiares, histórico, sociales, etc. En nuestra sociedad está permitida la adopción por homosexuales. Los que no lo permiten son los países de origen de los niños. Con lo cual no está saldada la cuestión.

La otra cara de la moneda, “familias” con desestructuración social

Desde lo social emergen fenómenos como la desocupación, las migraciones y el desarraigo con su pérdida de referencias vitales, los brotes trágicos de violencia tanto colectiva como individual, la quiebra de horizontes de futuro para la familia que vive escenarios de exclusión social, situaciones todas ellas que reclaman dejar de lado la individualización del sufrimiento y el desentendimiento del “otro” para convertirlo en responsabilidad colectiva y lazo social. En lo individual aparecen dificultades de discriminación, problemas identitarios, carencias de elaboración psíquica que dificultan poder pensar un futuro o reconocer el significado del paso del tiempo y que niegan, en última instancia, el “hacer experiencia”.

En la clínica de lo “psi” se observa en este “ir y venir” de lo social/intersubjetivo a lo individual/intrapsíquico un incremento de la visibilidad de las situaciones de violencia familiar exacerbada y además emergen con una gran intensidad las cuestiones de inmigración y desarraigo... Son situaciones, todas ellas, de “sufrimiento” social y psíquico que demandan la apertura de nuevos espacios para conseguir mejorar su comprensión e integración.

A manera de conclusión

He intentado expresar la posibilidad de producir y preguntarse sobre el anudamiento del deseo del proyecto y la fantasía parental, con el conjunto de los lugares de la estructura familiar, la que a su vez está anudada al sistema de parentesco de un determinado medio social. (A. Monserrat, 2001).

Las dinámicas de la crianza se vuelcan hacia algo, que creo que es necesario contextualizar, y es lo que se visualiza en la modalidad vincular de la horizontalidad, que no es lo mismo que proximidad o cercanía. En realidad, actualmente lo que prima en las familias es lo fusional. En estas organizaciones debe haber un modo vincular que articule los procesos de las experiencias con la diferenciación donde se pueda regular la omnipotencia y se organice la realidad de una manera creativa, es decir de una manera no patológica.

Sin embargo, si pudiésemos rastrear las historias de estas familias, es probable que hallásemos gran cantidad de situaciones ligadas al origen no procesadas, o duelos no elaborados o situaciones de diversa índole a las que no se les ha dado espacio para la resignificación, porque simplemente se archivaron como hechos del pasado sin dar lugar a su tramitación simbólica. Esta posibilidad está siempre mediatizada por otro que es el que ofrece las garantías simbólicas, para que el mundo en general y la propia historia singular tenga algún sentido.

Calificar un modelo familiar en detrimento de otro, o plantearnos que da “lo mismo”, sería no discriminador, tendiendo a negar las diferencias. Estos modelos exigen la posibilidad de pensar la inclusión de abordajes y estrategias de otros modos de organización vincular, para recibir orientación que contemple lo nuevo de esos objetos, que requieren nuevos sujetos de esa identidad familiar.

El caso clínico presentado muestra la complejidad de la aplicación de la teoría a la práctica, ya que en la demanda de los padres el síntoma sigue siendo la dificultad para escuchar y comprender la historia. En todo caso es un llamamiento para decodificar los avatares de la constitución subjetiva y la articulación con

las nuevas modalidades de la crianza que van a marcar el recorrido de la clínica.

Los psicoanalistas nos encontramos abocados a develar las apuestas inconscientes de estas consultas y a interrogar el punto del imaginario social donde se nutren las fantasías relativas a la filiación con las creencias que intervienen en la concepción de los valores de la relación amorosa de los seres humanos.

BIBLIOGRAFÍA

AULAGNIER, P. (1977): *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

BAULEO, A. (1997): *Psicoanálisis y Grupalidad. Clínica de los nuevos objetos*. Buenos Aires, Ed. Paidós.

BLEICHMAR, S. (1993): *La fundación de lo inconsciente*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

COROMINAS, J. (1983): *Diccionario etimológico*, Madrid, Editorial Gredos.

DEVEREUX, G. (1970): *De la ansiedad al método*, México, Editorial Siglo XXI.

DERRIDA, J. (1989): *La desconstrucción en la frontera de la filosofía*, Barcelona, Ed. Paidós.

DERRIDA, J., y ROUDINESCO, E. (2005): *Y mañana qué*. Buenos Aires, Editorial Fondo de Cultura Económica.

FAIMBERG, H. (1985): *La transmisión psíquica entre las generaciones*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

FERENCZI, S. (1984): *Psicoanálisis*, Madrid, Editorial Espasa-Calpe, Tomos III y IV.

FREUD, S. (1912): *Tótem y tabú*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, Vol. 13.

— (1919) *Lo ominoso*, Buenos Aires, Amorrortu E., Vol. 17.

— (1920) *Psicología de las masas y análisis del yo*, Buenos Aires, Amorrortu E., Vol. 18.

— (1927) *El porvenir de una ilusión*, Buenos Aires, Amorrortu E., Vol. 21.

— (1930) *El malestar de la cultura*, Buenos Aires, Amorrortu E., Vol. 21.

GUIGNARD, F. (2003): *En el núcleo vivo de lo infantil. Reflexiones sobre la situación analítica*, Madrid, Editorial Biblioteca Nueva.

GREEN, A. (1983): *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*, Buenos Aires, Amorrortu Editores.

KRISTEVA, J. (1995): *Las nuevas enfermedades del alma*, Madrid, Ed. Cátedra.

LÓPEZ PEÑALVER, J. L. (1993): *Vacío, dolor mental y creatividad. El vacío mental*, Anuario Ibérico de psicoanálisis, III, 63-90.

MONSERRAT, A. (2005): *Reflexiones sobre las familias*, en *Psicoanálisis Operativo*, Buenos Aires, Ed. Atuel.

MORENO, J. (2003): *Ser humano, la inconsistencia, los vínculos, la crianza*, Buenos Aires, Ed. Libros del zorzal.

OLMOS, T. y otros. (2000): *Trabajo de pensamiento. Desde la perspectiva psicoanalítica*, Revista APM n.º 33.

— (2004) *Algunas reflexiones sobre “La teoría y la práctica psicoanalíticas”*, Revista APM n.º 42-04.

PICHON RIVIÉRÈ, E. (1988): *La Psiquiatría, una nueva problemática del Psicoanálisis a la Psicología*, Buenos Aires, Nueva Visión. Volumen II.

WINNICOTT, D. R. (1971): *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*, Buenos Aires, Ed. Hormé.

— (1971) *Realidad y juego*, Barcelona, Ed. Gedisa, 1979.

HIJOS SIN PADRES

Milagro Martín Rafecas

¿Qué es ser padres?

¿Dónde están, qué hacen?

Tener o no tener padres

Antes de abordar el tema de los hijos que no tienen padres o que sufren carencias en relación con ellos, querría pensar en el significado de ser padres, en el ejercicio de su función parental. Así podremos darnos cuenta de la importancia que supone para los hijos tener padres y la repercusión en todos los sentidos de la falta de ellos. También para los padres, el sentirse “que lo están haciendo bien”, que están presentes en la vida de sus hijos, que se va formando una relación auténtica, produce una sensación de familia como un lugar de crecimiento, eso sí, evitando idealizaciones que al final se convierten en un engaño. Iremos viendo distintas situaciones en esta interrelación de padres e hijos ayudados por el pensamiento psicoanalítico.

Hasta hace unos años el origen biológico de toda persona que viene al mundo era la unión de un hombre y una mujer, que por el hecho de haberle engendrado, eran sus padres. En el mo-

mento actual, hay otras formas de dar vida a una persona, como es utilizando las diversas técnicas de inseminación artificial, de las que se benefician no solo algunas parejas heterosexuales con problemas de infertilidad, sino las monoparentales y las formadas por personas del mismo sexo. Diríamos que hay hijos, cuyo origen biológico y social, da lugar a distintas situaciones, familias que tienen una estructura distinta o se van rompiendo y volviéndose a formar, dando lugar a situaciones diferentes, por ejemplo, las nuevas reagrupaciones familiares debidas a separaciones, las monoparentales o las homoparentales. De todas ellas, querría destacar la importancia de no quedarnos solo con una visión externa y concreta de la situación que presentan, sino pasar a verlo desde la realidad psíquica del sujeto y el grupo familiar, teniendo en cuenta los efectos de los cambios sociales y culturales que llevan consigo una serie de variaciones que van a influir en la formación de las subjetividades.

El origen del ser humano siempre ha tenido un marcado interés para cada sujeto, expresado por S. Freud a través de “las teorías sexuales infantiles” (1908), en el momento actual da lugar a una mayor complejidad por la diversidad de situaciones que se dan en su engendramiento. La elaboración del comienzo de la vida y la situación familiar de una persona va a llevar consigo una elaboración mediante las “fantasías primordiales” entre las que se encuentra la “novela familiar” (S. Freud 1908/9). Todo esto será determinante en la formación de su aparato psíquico.

Desde otro vértice nos encontramos con hijos que tienen a sus padres pero que no ejercen como tales, estos no serían padres en el sentido del ejercicio de aquellas funciones necesarias para su desarrollo físico, emocional y social, en el camino hacia la etapa adulta. Desde el pensamiento psicoanalítico, decimos que son padres aquellos que ejercen la función materna y paterna,

ambas son la base sobre la que se va a estructurar el psiquismo del niño, adquiriendo los pilares básicos del Complejo de Edipo, como son la diferencia de sexos y la diferencia de generaciones.

Se dan ambientes en que los padres son perjudiciales para los hijos, como ocurre en el caso en que un miembro de la pareja padezca una enfermedad mental grave, alguna adicción o conducta social que repercuta en el medio familiar. Los efectos dañinos de dicha repercusión pueden verse compensados por la influencia de otro/s de los componentes y en especial si este es uno de los padres cuyo efecto positivo puede equilibrar al grupo. Cuando dicha situación pasa de lo privado a lo público, son las Instituciones las que se encargan del caso. El organismo correspondiente puede llegar a separar al hijo del/o de los padres y le llevan a un Centro, donde se hacen cargo de él otras personas, allí les visitan los padres a los que se atiende, proporcionándoles los instrumentos necesarios para que ejerzan las funciones parentales. Si todo va bien volverían a vivir con la familia. Desde el lado de los hijos, pensamos en cómo se sienten cuando tienen a sus padres en malas condiciones (bebida, droga) niños que, lo ven, lo saben, pero no pueden hacer nada, lo que les produce no solo un daño físico sino un daño psíquico, en algunos casos irreparable, ya que supone una violencia para su psiquismo. Abogamos por los tratamientos familiares en los que se tome conciencia de los porqués de su situación y cómo han podido llegar a ello. De esta forma la pérdida temporal de los hijos, junto con el trabajo terapéutico, reactivaría en los padres la conciencia sobre lo que está pasando y el deseo por ser padres de una forma mejor.

En otros casos, los padres biológicos no les pueden atender, por abandono, cesión o muerte y los hijos pasan a través de la Institución a tener padres sustitutos, mediante la adopción o el acogimiento. Soluciones mucho mejores que la permanencia en

un Centro, pero que no siempre tienen garantizado el éxito. Estos padres sustitutos pueden ser una nueva familia o pareja que desea tener un hijo y en otros casos es la familia extensa, quien se ocupa de ellos, generalmente abuelos o tíos. En la experiencia hemos notado que cuando son los abuelos los que ejercen la función de padres, surgen muchas dificultades por los conflictos que se dieron en el pasado y actualmente con sus propios hijos, como cuando se quieren reparar fallos con los hijos a través de los nietos o se toman a éstos como si fueran los propios hijos. Podría ser beneficioso si transforman la relación con el hijo y le ayudan a ser padre, no considerando ni al hijo ni al nieto como una posesión propia y llevando al grupo familiar a que mantengan una diferenciación entre las tres generaciones. Cuando son los tíos los acogedores, situación que se da en menor medida que los abuelos, la herida narcisista producida suele ser menos dañina, quizás porque tíos y padres mantienen una menor conflictividad afectiva y ambos están en una misma línea generacional.

Todos estos acontecimientos externos y situaciones traumáticas producen una repercusión psíquica que tiene distintas manifestaciones de angustia suscitadas por: las fantasías originarias, la castración, la trasgresión y el Complejo de Edipo. Ante esto nos preguntamos:

¿Qué es ser padres?

¿Qué suponen para el hijo? y

¿Qué ocasiona la falta de ellos?

Los padres suponen para el hijo la existencia de un lugar de protección y crecimiento armónico, de intercambio con ellos. Es una forma de abrirles las puertas al conocimiento y vivencia de un mundo nuevo. La infancia está siempre presente en todo adulto, tanto en lo que le proporcionó, como en lo que le faltó en relación

con ciertas carencias, conflictos o traumas. Por eso pensamos que la familia es la unidad biológica y afectiva que va a ocupar un lugar preferente en la estructuración psíquica del sujeto.

Pensamos que la mayoría de los padres han ejercido su función como diría D. Winnicott haciendo referencia a la madre “suficientemente buena”, es decir, una madre que no es perfecta y esto les ha llegado a sus hijos. Pero hay algunos hijos que han sentido la ausencia de sus padres, aunque estos estuviesen presentes, que son aquellos padres cuya presencia o ejercicio de la función no ha sido suficiente. Nos preguntamos ¿cuáles son aquellos hijos que se han sentido sin padres y por qué? O padres que han tomado conciencia del déficit en relación con sus hijos y no lo pudieron o quisieron arreglar.

Siguiendo la evolución afectiva, libidinal, el sujeto que va desarrollándose y organizando su psiquismo, a través de los vínculos que establece con los “otros”, de la relación con el objeto. Esta forma de vincularse, puede ser una relación narcisista u objetal, así mismo podemos pensar a los padres desde dos agrupaciones familiares, narcisistas y edípicas. Empleo el término narcisismo en el sentido que le dio S. Freud de “amor de sí mismo”, investimento libidinal de su propia personalidad o de la representación de sí mismo (self), diferente de la relación de objeto que es “el amor al otro separado de sí mismo, diferenciado del self “. De lo que deducimos dos formas de vinculación (narcisista y objetal), ambas coexisten, pero si la narcisista es extrema, da lugar a una patología del desarrollo. Entre estas dos formas de relación están las familias anaclíticas (predominio del apoyo entre los miembros) en las que los miembros van desde la fusión extrema (simbiosis) a la separación vivida como pérdida, por la necesidad que tienen de la unión entre ellos.

Las familias narcisistas tienen un funcionamiento regido por la interpenetración, el asedio y la aniquilación. Las depresivas-anaclíticas se mueven entre la pérdida y el daño recíproco y las edípicas establecen vínculos entre los miembros en búsqueda de la mitología de sus orígenes con las consiguientes relaciones de amor y odio entre los mismos. De estos tres tipos de familias podríamos deducir que solo aquellos que han llegado a la estructura edípica podrían ejercer, con pleno derecho, el ser padres. Ni los narcisistas ni los depresivos llevarían a cabo las funciones parentales ya que el ejercicio de la función parental tiene su base en la transmisión psíquica, no se puede transmitir lo que no se tiene. Afortunadamente los casos extremos no son lo más frecuente y preferimos pensarlo desde el quantum de narcisismo, de lo anaclítico o de lo edípico que encontramos en la estructura de una familia.

Más allá de la familia actual: la transmisión psíquica entre generaciones

Como ya sabemos, el espacio psíquico individual se va formando en el espacio psíquico de los padres de quienes recibe los primeros cuidados, pero desde un concepto de familia entendido en un sentido más amplio hay que tener en cuenta la transmisión psíquica entre las generaciones. S. Freud en *“Moisés y la religión monoteísta”* (1937) al hablar de la herencia arcaica del ser humano, considera que no solo abarca las predisposiciones, sino también contenidos, huellas mnémicas de lo vivenciado por generaciones anteriores. Esto ha sido recogido por numerosos autores posteriores como A. Eiguer, H. Faimberg, S. Tisseron, M. Torok y otros.

La herencia psíquica, de la que no nos podemos sustraer, encierra en sí misma, una violencia porque en cierta forma despoja al sujeto de su propia subjetividad, por lo que cada persona está ligada al destino del otro u otros adultos, incluso antes de nacer. Partimos de la idea que el aparato psíquico se conforma desde lo intrasubjetivo y lo intersubjetivo, por lo que damos importancia, no solo al aporte de la familia nuclear, a la estructuración psíquica de un sujeto, sino a la herencia que recibe por el hecho de nacer en ese grupo familiar extenso con unas características propias, creciendo dentro de unas relaciones intersubjetivas determinadas, lo que constituye su legado psíquico. En muchos casos dicho legado, supone una violencia para el sujeto, en el sentido de intrusión de elementos secretos, traumas y duelos familiares anteriores, presentes en la formación de su psiquismo. Tiene una especial repercusión todo aquello que no ha llegado a tener una representación en su psiquismo. La transmisión psíquica se basa en las identificaciones, las relaciones de objeto y la formación de sus objetos internos, pilares que dan lugar a nuestro psiquismo. Hay autores que consideran la herencia como algo alienante para la persona, como una intrusión que viene desde sus orígenes y condiciona a la persona. Pero no podemos olvidarnos que, también se transmiten elementos enriquecedores. Cuando el sujeto se hace consciente de algunos aspectos negativos o egodistónicos de la transmisión psíquica, puede intentar separarse o transformarla y no seguir repitiendo aquello que le daña.

¿El narcisismo de los padres les impide ejercer su función?

Cuatro conceptos para entender la transmisión psíquica: proyección, identificación, narcisismo y relación de objeto. La proyec-

ción de los padres sobre el hijo, más exactamente la identificación proyectiva, es una representación del self del padre, proyectada sobre el hijo e investida con libido narcisista de uno mismo o de un objeto suyo. Con frecuencia vemos, padres que proyectan sobre sus hijos la imagen infantil de ellos mismos a la que no pueden renunciar. Padres famosos, cuyos hijos fracasan en mayor o menor medida, debido a la visión que tienen de ellos, junto con la imposibilidad de alcanzarles e incluso no pueden identificarse con los aspectos positivos de ellos.

Siguiendo el pensamiento de J. Manzano (1995) los cuatro elementos de estos escenarios narcisistas son: la proyección de los padres sobre el hijo, la identificación complementaria del padre, el fin específico que es la satisfacción de naturaleza narcisista, defensiva y cuya dinámica relacional actuada es el resultado de proyecciones e identificaciones.

Lo que vemos con más frecuencia en las consultas, cuando el padre ensombrece al hijo, suele ser la proyección por parte del padre de una imagen infantil de sí mismo vivida como abandono o carencia. Desde la normalidad, el acceso a la parentalidad permite al adulto reeditar en la relación con su hijo, todo un conjunto de aspectos relacionales de su propia infancia con los objetos significativos de su pasado. Otras modalidades de la proyección están en relación con un objeto parental dañado, idealizado o negativo.

Cuando uno es padre, reedita en la relación con su hijo, un conjunto de aspectos de su propia infancia, de la relación que tuvo con sus objetos significativos e intenta corregir a través del hijo sus propias experiencias negativas.

La identificación es un proceso psicológico por el que un sujeto asimila un aspecto, propiedad o atributo de otra persona y se

transforma sobre el modelo de éste, en el lenguaje popular decimos que una persona se parece a o se identifica con otra. Las identificaciones constitutivas del ser son inconscientes, solo en algunos momentos podemos tomar conciencia de ellas, de ahí que repitamos conductas sin saber por qué. Padres que se identifican con “la imagen del padre ideal que les hubiera gustado tener” y sienten que no tuvieron o en los que predominan los sentimientos de abandono, de pérdida y duelos; la identificación complementaria sería con la imago idealizada del objeto perdido. En el primer caso de quien habría querido ser y en el segundo sería la búsqueda, a veces desesperada de la falta de alguien que no llegó a tener y le resulta imprescindible. Cuando se logra tomar conciencia de la influencia de dichas imagos parentales que ejercen un efecto negativo o idealizado sobre el sujeto, resulta necesario trabajar sobre ello en la situación de tratamiento.

Corregir su pasado mediante la identificación complementaria del padre, es una respuesta a la proyección sobre el hijo. Así el hijo pierde su aspecto de abandonado para el padre y éste le llega a ver como el niño idealmente mimado que le habría gustado ser al padre. La identificación ocupa un lugar privilegiado en la formación del psiquismo de los hijos y abre la vía al estudio de la transmisión generacional y la filiación.

Como consecuencia de las identificaciones y de los vínculos que se establecen con las otras personas se van formando los objetos internos, diríamos que son aquellos personajes que forman parte de nuestro espacio psíquico. Identificaciones, relaciones de objeto y objetos internos es el legado psíquico que transmiten los padres o adultos cercanos al niño, de ahí la importancia que tienen para su evolución.

Pensamos cómo poder interrumpir la transmisión de los síntomas, patología y todo lo que implica de daño para el sujeto y que a su vez va a ser legado para las siguientes generaciones que van a sufrir la violencia que supone dicha herencia de la que es muy difícil escapar por el hecho de ser inconsciente y no accesible al lenguaje. Pero por otra parte consideramos que el hecho de que esta transmisión pueda ser percibida, hace posible que sea transformada bien dentro del medio sociofamiliar o mediante algún tipo de terapia. Los tratamientos familiares e individuales ayudan a traer al pensamiento consciente y poder expresar todo aquello que se transmite de una a otra generación y perjudica al sujeto, haciendo posible su elaboración e interrupción de dicha transmisión.

Leyendo una entrevista de Rafa Nadal, me impresionó esta frase *“Cuando juego levanto una muralla a mi alrededor con el cemento de la familia”*. En esos momentos, se hacía a sí mismo comentarios sobre sus familiares. Los que estaban presentes viéndole jugar, donde estaban sentados, aunque no los mirase, también pensaba en otros familiares que le verían jugar desde casa. Todo esto suponía un soporte emocional para él, aportado tanto por las personas presentes como por las ausentes pero que hacía presente a través de su pensamiento. Habla de una muralla, continente de las ansiedades del sujeto y protectora ante el medio.

Padres e hijos actuales

Tenemos en cuenta la influencia de la cultura en padres e hijos, influencia del medio en que viven, lo que constituye el núcleo de sus raíces y del mundo globalizado como aporte al patrimonio constitutivo del sujeto. S. Freud (1908) dice que nuestra cultura se edifica sobre la sofocación de las pulsiones y continúa “Además

del apremio de la vida, fueron sin duda los sentimientos familiares derivados del erotismo los que movieron al individuo a esa renuncia” La importancia del medio social y cultural junto con la estructura familiar, en un mundo tan cambiante como el actual, tienen su repercusión en el desarrollo y salud mental del sujeto.

Como sabemos, no se aprende ni se enseña a ser padres, esto viene de la organización psíquica adquirida por los mismos, unido al medio que les rodea, a la cultura, a la forma en que ellos resolvieron sus carencias y conflictos con los que ejercieron las funciones parentales. Todo ello va a ir formando una cadena generacional que algunos repetirán y otros podrán llegar a transformar.

Padres e hijos sufren la influencia del medio en el que viven. Por ejemplo, un aspecto sería todo lo relacionado con la cibercultura, internet, redes sociales, lo virtual y su influencia, otro el ocio en niños y adolescentes y los cambios respecto a la generación anterior. El desarrollo psíquico de los hijos experimenta una serie de cambios que en muchos casos desorienta a los padres preguntándose qué es lo mejor para ellos, qué deben permitirles o no.

Otro aspecto es el exceso de estimulación ambiental, que estaría relacionado con el tener más, ver más, hacer más que otros y vivir más deprisa. A su vez oímos hablar mucho de la falta de límites en los hijos. Ambos, exceso y límite están conectados. El mecanismo que en muchos casos no se ha formado es el de la represión saludable, resultado de la aceptación del masoquismo erótico producido por la frustración y caída de la omnipotencia, llevando al hijo a sentir que él no es todo, ni puede tenerlo todo. Creencia que en muchos casos puede venirle al hijo desde la idea transmitida por los padres que le conciben como una posesión narcisista de ellos.

En muchas ocasiones después de sentirse y vivir como pareja, tener casa, coche, etc., deciden, a veces en una edad tardía, tener un hijo. Entendemos este concepto de apoderamiento como una pulsión necesaria y tanática a la vez, necesaria para que el hijo sienta la pertenencia a sus padres y se afiance su filiación y tanática (mortífera) cuando se prolonga y no se logra la individuación necesaria, en el sentido de privación de vida psíquica propia para el sujeto que la padece.

El deseo de ser padre se ve entorpecido por el temor al compromiso que lleva consigo la paternidad y la renuncia a su libertad. El hijo permanece en la mente del padre, aunque sea a través de la culpa. En muchas mujeres, vemos que el deseo de maternidad es un deseo natural, claro y aceptado con alegría, pero no siempre es así, cada vez más, nos encontramos con mujeres que enfrentan el ser madres de forma tardía, tienen serios temores a lo incierto del embarazo, parto y de cómo será ese hijo, junto con el rechazo que les produce pensar en todas las renunciaciones que lleva consigo el ser madre, tanto en lo laboral como en lo personal y lo incierto por desconocido de los beneficios y placeres que reporta la maternidad.

Un síntoma más de la sociedad actual es la importancia de ser joven, como etapa central en la vida, incluso el niño desde pequeño se ve llevado a vivir deprisa, a experimentarlo todo para llegar a la adolescencia y juventud. Así mismo el adulto debe aparecer siempre joven y actualizado en la sociedad en que vive, de lo contrario parecería que está desconectado o acabado.

Otro síntoma del que se habla es de la “crisis de autoridad” y la “pérdida de valores”, afirmaciones que no me parecen tan claras, pero lo que, si es cierto, es que cualquier autoridad no vale, en ambos aspectos se ha dado una transformación generacional

brusca. Hay cambios en relación con la caída de la función paterna como centro de la familia que repercute en los hijos, en el diálogo entre ellos. La formación de la autoridad y los valores de los hijos dependerá de las cuestiones que sean fundamentales en la vida de los padres. Respecto al ejercicio de la autoridad voy a poner el ejemplo de dos tipos de padres distintos:

Padres permisivos en exceso, a veces, podríamos hablar de anárquicos y en cierta manera abandonicos. Regidos por el pensamiento de que al niño no se le puede frustrar, con lo cual los niños viven en un mundo en que todo vale, al no ponerles un límite, no hay una renuncia a la omnipotencia propia de la etapa infantil, junto con un desborde propio de la sexualidad no ligada y regidos por el principio de no castración.

Padres estrictos, severos, regidos por las “normas de educación” sin llegar a pensar en el sustrato de las mismas o motivados por temores fóbicos a cómo será en la adolescencia, miedo a perder el control sobre los hijos. Los padres ponen la norma y el hijo la tiene que cumplir sin mediar ningún tipo de reflexión o pensamiento, la amenaza y el castigo son los argumentos propuestos por ellos.

Es frecuente encontrarnos con películas que reflejan situaciones familiares que nos ayudan a pensar en distintas situaciones. “*El árbol de la vida*” de Malick, con Sean Penn y Brad Pitt, trata sobre los recuerdos y vivencias de un hombre que a la edad madura piensa en cómo fue su infancia. Nos presenta a un padre narcisista y exigente que ante todo busca la disciplina para sus hijos, como defensa ante un mundo que él siente agresivo. El daño que este padre les ocasiona engendra tal odio en ellos, que no puede ser compensado por el amor y la sensibilidad de una madre que también se ve afectada por la brutalidad de su marido. Un

hombre que quiere ser buen padre, pero no puede. Para entenderlo, quizás, nos tendríamos que remontar a su historia familiar ya que lo transgeneracional tiene una gran importancia en la historia familiar y personal de cada uno.

El reparto de las funciones parentales en la sociedad actual, el compromiso entre ellos para hacerlas compatibles con el trabajo y el ocio no es una tarea fácil y especialmente cuando se busca la vinculación entre los miembros de la pareja y la familia, pero conservando su individualidad. El sistema de comunicación que establecen entre padres e hijos, en muchos casos, va a estar marcado por los vínculos que establecen entre sí la pareja. Sin olvidarnos de la influencia de las redes sociales como forma de comunicación más habitual ya entre muchas personas.

Desde lo expuesto sobre los padres y su vinculación con los hijos, podemos deducir quienes son aquellos que podríamos considerar que no han tenido padres desde el punto de vista psíquico y las posibles fallas que esta falta les ha producido.

Cuando las funciones parentales no se han cumplido suficientemente bien. Algunas de sus consecuencias

Tanto en un sentido positivo como negativo, es clara la repercusión psíquica que sufre el hijo y las consecuencias de la forma en que se llevaron a cabo las funciones parentales, o si hubo una ausencia importante de las mismas. Hay sujetos que la suerte les ha favorecido o sus condiciones especiales lo han hecho posible y pueden defenderse mejor que otros, como es el caso de aquellas personas que encuentran “objetos sustitutos”, cuya significación interna aminora el déficit ocasionado por los padres biológicos. Así

mismo según sea el tipo de defensas utilizadas, así será la manera de estar y vivir en el mundo, de tal forma que podemos darnos cuenta de cómo utilizó el medio que se le proporcionó, (D. Winnicott).

El psiquismo del niño se fue estructurando por los cuidados llevados a cabo por una madre o sustituto con capacidad de “rêverie” y contención (W. Bion), ayudándole a transformar los elementos sensoriales en pensamientos y haciendo posible la “experiencia de satisfacción” (S. Freud). En este primer tiempo de vinculación madre-bebé es necesario que esté incluido el padre, no solo como objeto en la mente de la madre sino como figura que le aporta una relación distinta y diferenciada de la madre. La figura paterna ayuda al niño a separarse de la madre, abandonando la relación dual y ayudándole a vivir una situación triangular, edípica precoz.

Si el sujeto ha podido resolver esta primera y compleja fase, de forma relativamente satisfactoria, tendrá la posibilidad de situarse mejor para resolver la conflictiva edípica que marca un hito importante en la evolución de la persona.

Toda la patología se deriva de cómo vivió el niño estas etapas, pero no querría hacer una descripción de los distintos cuadros, aunque sí llamar la atención sobre algunas manifestaciones que se presentan con más frecuencia en la actualidad en niños y adolescentes, e incluso de cómo sus consecuencias pueden aparecer en la etapa adulta. Para ello tomaré como referencia el modo cómo se llevaron a cabo las funciones parentales y su engranaje en el Complejo de Edipo.

La sociedad en que vivimos da mucha importancia a la relación madre-bebé, al vínculo establecido a través del pecho ma-

terno y se tiene en cuenta al padre para compartir las funciones maternas. Esto que supone un gran avance, por sí solo no sería suficiente, ya que puede llegar a convertirse en mera rutina de algo externo. Lo que si vemos necesario es que esta situación dual/triangular ocupe un lugar en la mente de ambos padres. Llamo relación dual/triangular a esta forma de vincularse cada uno de los padres con el niño y de ellos como pareja ante el niño, al tiempo que tienen en cuenta la existencia del tercero. La consecuencia de la internalización de estas relaciones da lugar a la diferencia de género y de generaciones.

Otro aspecto de estas etapas iniciales en la vida de un niño es el despertar de los sentidos, algo que hoy en día se entiende bien y el comercio dedicado a juguetes para estas etapas, se encarga de suscitar su interés mediante distintos objetos y juegos. Pero no nos podemos olvidar, de que todo estímulo externo para que tenga su eficacia tiene que venir acompañado por la presencia de una persona que con sus palabras e ilusión transmita al niño la experiencia que supone el juego. El adulto puede ser un buen transmisor de la cultura si hace uso de su capacidad de hablar y relacionarse con el niño o el adolescente. Si por el contrario el niño permanece solo rodeado de juguetes o mirando las imágenes que le proporciona una pantalla o jugando y compitiendo consigo mismo a través de los distintos objetos electrónicos, puede llegar a ser un adulto aislado y comunicándose mejor con los objetos-cosas que con las personas. Cuando el mundo de la realidad virtual ocupa la mayor parte del tiempo de un niño o adolescente ocasiona una carencia y puede haber una distorsión en relación con las experiencias del mundo real.

Ya S. Freud (1908) en el "*Creador literario*" y más tarde al describir el juego de su nieto (juego del carrito - 1920) nos dio las pautas y el significado y utilidad del juego en el niño al tiempo que

era mirado, observado por él. A lo que completó D. Winnicott (1971) con su gran descubrimiento del “objeto transicional” dando sentido a un objeto que está dentro y fuera del niño a la vez; lo que nos hace entender el lugar que ocupa el ocio, el juego y el mundo cultural desde los primeros momentos de la vida, como un espacio intermedio entre el objeto externo e interno del que el sujeto puede disfrutar.

Vamos a hacernos una pregunta ¿Cómo serán en el futuro los niños que juegan en solitario, solo acompañados por objetos-cosa utilizados como fuente de estímulo, de competición y con frecuencia de adicción? Posiblemente serán futuros adolescentes y adultos cuya elección de ocio y cultura, los lleve a la obtención del “principio de placer” rápido y proporcionado por objetos-cosas externos que no les produzcan frustración ya que ellos los manejan como quieren. Uno de los peores derivados pueden ser las adicciones al tabaco, bebida y de forma más grave las drogas que cubren estas expectativas de placer fácil e inmediato, cuyas consecuencias son físicas y psíquicas, produciéndoles un doble daño, la falsedad de la situación que viven y el obstáculo para su desarrollo. Esto nos lleva a personas que están más en el tener que en el ser, como quizás lo que ellos han recibido, posesiones que al no tener un significado interno no pasan al ser, no pasan a formar parte de la realidad psíquica de la persona.

Cuando los bebés y niños se quedan en estas “falsas uniones” resulta mucho más difícil acceder al proceso de separación e individuación progresiva para acceder a la constitución de su subjetividad. Para que un niño pueda alcanzar con éxito este proceso son necesarios varios elementos: el deseo por el hijo pero no solo sentido como una posesión y prolongación de los padres, sino con la idea de la creación de un nuevo ser, junto con el interés por mostrar al hijo el camino que le lleve, desde el conocimiento y

vivencias de su cuerpo hacia el mundo que le rodea, aportándole su lugar de inserción en la cadena generacional, lo que supone una transmisión de gran valor.

Si esto no ocurre, puede dar lugar a futuros adultos que viven simbiotizados con objetos (rasgos autistas, esquizoides) o con personas (dependientes, sometidos a la voluntad de un otro).

Las dificultades en la resolución del Complejo de Edipo dan lugar a distintos rasgos neuróticos. La situación edípica se ve entorpecida, cuando la primera etapa de la vida de un niño no fue adecuada a las necesidades de ese momento y solo puede resolverse de forma parcial. La función paterna ejercida ya desde edad temprana da consistencia al padre que la ejerce y al hijo que la recibe. Cuando se lleva a cabo el ejercicio de la autoridad por ambos padres, que implica ponerle límites al placer y a la omnipotencia que demanda el hijo, lo que le llevará a la aceptación de las frustraciones e inserción en la realidad. Función materna y paterna que desempeñan tanto el padre como la madre y que repercutirá en la capacidad de amar y odiar a ambos en la situación edípica. Repercusión en el hijo a través de las identificaciones y formación del superyó con características benignas.

Querría nombrar otras formas de estar en el mundo o de defenderse ante las dificultades que supone el vivir. Como son las que se expresan a través del cuerpo, las relacionadas con la psicósomática, que dan cuenta del sufrimiento del niño o del adolescente, me refiero a dermatitis, alergias, problemas respiratorios o digestivos y los desórdenes alimentarios, ya sean por exceso o por defecto, ya presentes en la primera infancia y que en muchos casos hacen eclosión en la adolescencia. De forma general diríamos que además del tratamiento médico correspondiente, podríamos pensar que otros factores emocionales le están afectan-

do. Nos haríamos estas preguntas: ¿Por qué el niño o el adolescente no pueden mentalizar lo que le ocurre? ¿Cómo y con qué o quién se vincula el sujeto que lo padece? ¿Le faltan palabras o pensamientos que le ayuden a ligar sus emociones? La consecuencia es que el receptor pasa a ser el cuerpo enfermo.

En cuanto a los síntomas de hiperactividad y trastornos de atención, tan de moda en estos años, lo primero sería preguntarnos por lo que le ocurre al sujeto y no quedarnos con el síntoma, viendo en cada caso a qué responde, cual es el déficit o el conflicto psíquico que presenta la persona. Estos síntomas junto con los trastornos de conducta son formas de expresión de una violencia contra el mismo sujeto y contra el medio, provocando en muchos casos el rechazo del adulto. Son situaciones en que la violencia interna no ha podido ser transformada en agresividad útil para la vida (D. Winnicott) y quizás el sujeto es la única forma que sabe o puede vincularse con otra persona, ya que ocasiona tal daño o molestia que uno no se puede sustraer a estos hechos o palabras y reacciona la mayoría de las veces de forma inadecuada.

Si pasamos al lado opuesto de estos últimos síntomas que hemos descrito, allí estarían los niños o adolescentes silenciosos, adaptados e hipermaduros. En muchos de estos casos la agresividad está inhibida, así como otros elementos de su vida emocional, dando preferencia a lo intelectual, racional, con una excesiva responsabilidad de sus actos, que con frecuencia encubren un “falso self” (D. Winnicott) cuyo “self verdadero” ha quedado encapsulado, no desarrollado.

Estos niños hipermaduros están fuera de la norma y presentan un desarrollo disarmónico entre las tres instancias de la personalidad con un predominio del Yo y del Superyó ante el Ello, lo libidinal. S. Freud (1913) lo relaciona con una predisposición a la

neurosis obsesiva, dice así “En la neurosis obsesiva, el desarrollo del Yo anticipa en el tiempo, al de la libido. Las pulsaciones del Yo, debido a esta anticipación, se verán obligadas a elegir los objetos antes de que la función sexual haya alcanzado su configuración definitiva: resultará una fijación en el estado pregenital de tipo sexual”.

Estos pacientes no suelen consultar hasta la etapa adulta, si empiezan a percibir su forma de vivir “como si”, con un “falso self” y remontándose a la infancia descubren estos contrastes en su personalidad. En otras ocasiones son los padres los que al expresar sus dificultades con otro hermano que presenta problemas de conducta o de hiperactividad, lo contraponen a este otro hipermaduro y responsable.

En sus orígenes (P. Bourdier, citado por G. Lucas) estos niños han sido desinvertidos prematuramente por la madre en el periodo en que estaban viviendo sentimientos de omnipotencia e ilusión como sustrato de su “self verdadero”. Lo que solemos ver en la clínica de adultos, es que, en su niñez, se aislaron para sobrevivir sin molestar o se hicieron cargo de un adulto que no podía funcionar de forma adecuada, perdiendo el control. De esta forma se invirtieron los papeles, el niño hizo de adulto y este se comportó como un niño. En su adolescencia arrastran la falta de estas vivencias en la niñez.

En relación con la sexualidad infantil y sus manifestaciones, lo primero sería tomar conciencia de una sexualidad claramente distinta de la propia del adolescente y del adulto. Por eso la mirada del adulto hacia el niño tiene que contar con estas diferencias y los signos que pudieran pensarse de anormalidad, en la mayoría de los casos no son tales, ni serían signos que nos hagan pensar en una patología del futuro adulto. Hablamos de sexualidad siem-

pre en el sentido de psicosexualidad por lo que está presente la complejidad del aparato psíquico en formación, de ahí la diferencia entre el deseo y la necesidad que marca lo que es propio del ser humano. El placer que el niño obtiene con su cuerpo unido a la restricción progresiva del mismo, le conducirá del autoerotismo a la relación objetal y de la vivencia alucinatoria del deseo a su capacidad para fantasear. Como S. Freud expresó en "*Tres ensayos*" (1905) las pulsiones sexuales y especialmente las parciales se apoyan en el autoerotismo y este apoyo en las funciones corporales es algo importante durante toda la vida. La función materna desempeña un papel importante en estos comienzos de la vida sexual en el sentido de la seducción y la contención.

En el siglo pasado la actitud de los adultos ante la sexualidad de los niños era de prohibición o negación de esta. Ahora ya se tienen algunos conocimientos en el sentido de la conveniencia de estas restricciones moralizantes, con lo que se puede correr el riesgo de ir hacia una total permisividad, hacia una idea de "todo vale" por una falta de criterios y en muchos casos falta de comprensión global del hijo. Los primeros tiempos de la sexualidad estarán marcados por el desarrollo de las funciones parentales que conducirán al niño hacia la situación edípica, como lugar de expresión del amor y odio hacia los padres e identificaciones con los mismos.

Sobre las conductas perversas infantiles, solo decir que, en la mayoría de las veces, dependen de la conducta de los adultos (T. Bokanowski) en el caso en que sean inadecuadas ocasionan el consiguiente daño en el niño. Desde mi pensamiento, creo que el adulto que abusa de un niño, el mayor daño que le produce, además del recuerdo y dolor traumático, es la ruptura de la vivencia de la sexualidad fantaseada y la violencia que esto supone.

Todavía en la actualidad hay niños que han sido maltratados y dañados por sus padres en distintas formas produciéndoles no solo daños físicos sino psíquicos. Estos suelen ser más sutiles y difíciles de ver, pero muy dañinos para la formación de su identidad, incluso llegando a tener dificultades para diferenciarse ellos mismos de sus progenitores y no pudiendo discriminar quien y porque ocurrieron determinados hechos. Lo que implica una violencia y abuso para su psiquismo.

He querido dejar para el final la depresión como la manifestación más profunda de la vivencia de un niño que no ha podido internalizar un buen objeto a través de las figuras paternas, aún en el caso en que estas hayan estado presentes. Es fácil entender que un niño esté triste si se ha muerto el padre o la madre, es cierto y tendría que elaborar el duelo e incluso el traumatismo que esto le ha producido. Pero al profano le resulta más difícil entender el sufrimiento del niño ante la pérdida del objeto interno o amenaza de este y la angustia que le provoca, ya que si pierde estas referencias se pierde a sí mismo. Suele ser hacia el final de la latencia cuando se empiezan a detectar los estados depresivos y más claramente en la adolescencia harán eclosión.

Los estados de tristeza o de desinterés por el medio que presentan algunos niños suelen ser negados por el adulto, también es cierto que, con frecuencia, se presentan enmascarados (J. Sandler) a través de distintas manifestaciones como son: trastornos de conducta, somatizaciones, accidentes, tristeza y llanto por pequeñas frustraciones, mecanismos obsesivos y dificultad en la elaboración fantasmática.

Llama la atención que en una etapa de la vida en que predominan las adquisiciones y el crecimiento en todos los sentidos, haya algunos niños para los que sea tan difícil llegar a tener la

representación interna de un objeto bueno, suministrador de la confianza básica, como aportación que las funciones parentales y la situación edípica les aporten. De lo que deducimos su importancia, si esto no lo tuvieron seguirán buscándolo o defendiéndose de la destrucción y angustia que les provoca en una doble manifestación: angustia de pérdida de objeto y angustia de castración.

Querría destacar la importancia de la continuidad de la presencia del objeto para la consistencia interna del mismo y la escasa conciencia que se tiene de lo que significan las separaciones en las etapas primeras del desarrollo. Si son necesarias dichas separaciones, se podría pensar en la preparación que requieren las mismas con lo cual se evitarían numerosos traumas.

J. Bergeret dice que en la génesis del desarrollo normal “el niño lleva detrás un padre recibido de la madre”. De esta forma queda instaurada desde las primeras etapas de la vida del niño la situación triangular que conlleva el ejercicio de las funciones parentales.

BIBLIOGRAFÍA

BION, W., (1962): *Aprendiendo de la experiencia*. Barcelona, Ed. Paidós, 1980.

EIGUER, A., (1989): *El parentesco fantasmático*. Buenos Aires - Ed. Amorrortu.

FAIMBERG, H., (2006): *El telescopaje de generaciones*. Buenos Aires - Ed. Amorrortu.

FREUD, S., (1905): *Tres ensayos de teoría sexual*. T VII, Buenos Aires - Ed. Amorrortu.

— (1908). *El creador literario*. T. IX, Buenos Aires - Ed. Amorrortu.

— (1908/9). *La novela familiar de los neuróticos*. T. IX, Buenos Aires - Ed. Amorrortu.

— (1914). *Introducción al narcisismo*. T. XIV, Buenos Aires - Ed. Amorrortu.

— (1913). *De la historia de una neurosis infantil*. T. XVII, Buenos Aires - Ed. Amorrortu.

— (1920). *Más allá del principio de placer*. T. XVIII, Buenos Aires - Ed. Amorrortu.

— (1939). *Moisés y la religión monoteísta*. T. XXIII, Buenos Aires - Ed. Amorrortu.

LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B., (1983): *Diccionario de psicoanálisis*. Barcelona - Ed. Labor.

LEBOVICI, S. y OTROS, (1995): *Tratado de psiquiatría del niño y del adolescente*. Madrid – Ed. Biblioteca Nueva.

LUCAS, G., MANZANO, J., y OTROS, (1999): *Los escenarios narcisistas de la parentalidad*. Ed. Altxa.

PALACIO, F. (2002): *Los niveles del conflicto depresivo*. Ed. Infancia y desarrollo.

REVISTA DE PSICOTERAPIA PSICOANALÍTICA N.º 9, febrero 2011.

REVISTA CUADERNOS DE PSIQUIATRÍA DEL NIÑO Y DEL ADOLESCENTE. n.º 31/32, 2001.

WINNICOTT, D. (1979): *Realidad y juego*. Barcelona, Ed. Gedisa.

— (1993). *El hogar nuestro punto de partida*. Barcelona, Ed. Paidós.

FAMILIAS MONOPARENTALES

Francisco Martí Felipo

Creo que Max, el protagonista del conocido cuento del recientemente fallecido Maurice Sendak (1963) *Donde viven los monstruos* nos puede servir como introducción al problema de la monoparentalidad.

Mediante bellas imágenes comenzamos viendo las travesuras de este niño. La madre le llama monstruo y él contesta que la va a comer, tras lo que le mandan a la cama sin cenar. En su cuarto crece luego un bosque, y el niño navega mucho tiempo hasta el país de los monstruos. A estos les controla mágicamente y le permiten proclamarse rey. Max promueve entonces una fiesta salvaje, aunque acaba enviando a los monstruos a la cama sin cenar. Se siente solo y desea estar donde alguien le quiera más que a nadie. Decide volver a casa a pesar de los lamentos de los diferentes monstruos, de sus rugidos y crujidos, de sus terribles ojos y garras. Les dice adiós y regresa a su cuarto donde todavía le espera su cena caliente.

El niño ha viajado en su inconsciente para intentar elaborar la herida narcisista que le ha supuesto una negativa en la relación dual. Reina omnipotentemente entre los “monstruos” de su agresión y de su sexualidad. Juega con los objetos internos que recuerdan en parte a sus padres y a otros niños. Sin embargo, la

manía no alcanza a suplantar la necesidad de un objeto continente en el mundo exterior. Es un cuento donde no se alude para nada al padre, a ese tercer objeto o tercera área que, en la anamnesis y en la relación transferencial establecida en las consultas, el niño monoparental parece buscar. ¿Será Max un hijo de madre soltera?

Un hijo de madre soltera

Conozco a Diego, un niño de 5 años, porque resulta inmanejable dado su mal comportamiento y su agresividad en casa. En realidad, en el colegio le cuesta hacer amigos, más bien le pegan en la fila, a pesar de lo bien que aprende las cosas cuando se las enseña su madre en casa. Quiere parecer “un listillo” y duerme con su madre. Desde el primer día he intuido la falta de padre en la casa: resulta que ha desaparecido durante el embarazo de Diego, sin que el niño pregunte nunca por él hasta que acude a mi consulta. En ella juega a tirarse desde lo alto de la silla, a matarme con una pistola, especialmente cuando me ve hablando con su madre. A escondidas, se lleva algún juguete.

Superman es su superhéroe favorito, porque capitanea “la ley de la justicia”. Diego sueña que se le cae un diente, que lo pierde y reencuentra. Lo compara con un jinete armado que se queda él en exclusiva. Además, en otra pesadilla una vieja bruja le mata a él y a su familia. Entiende entonces que yo le diga que tiene él que hacerme lo que a su madre, ya que quiere ser nuestro jefe para no asustarse al verse solo.

Resulta que la madre vive volcada en la atención a su hijo, porque quiere protegerle de una “mala educación”. Diego le ha

dicho que su padre es malo ya que no ha querido estar con él, ni hacer lo que me ve a mí en la consulta. La madre le explica dolidamente que ha sido una decisión del padre. El embarazo resultó malo y ha tenido dificultades para darle el pecho. Escribe un libro donde le cuenta al hijo cuál es su historia, por si a ella le pasa algo. Al nacer Diego, llamó al padre para decirle que ya le podía ver, y lo tiene localizado. Busca luego mi orientación sobre la maestra de su hijo, porque, con sus reprimendas, a ella la hace llorar. Recuerda que algo parecido le ocurrió con el abuelo.

Durante el año de psicoterapia Diego se va quedando silencioso conmigo. Copia las cosas que yo tengo buscando la perfección, y, peligrosamente, actúa como un superhéroe con nuestro material de juego. Resulta absorbente, tal como de él se queja la madre. A pesar de ello, consigue por primera vez defenderse de otros niños e invitar a su casa a algún antiguo rival. Se revela obsesionado con las cosas que “su cerebro” le dice contra la madre.

¿Es necesario tener un padre?

El desarrollo de la personalidad del niño monoparental se efectúa en ausencia de un tercero, que en el 90 % de los casos suele ser el padre. Entre mi experiencia, solo recuerdo el caso de un hombre quien, al enviudar, se volcó en los cuidados de su hijo huérfano. Durante dos años, tras los cuales me consultó sobre la entrada en casa de su nueva pareja.

En la página web de la *Fundación Isadora Duncan* se indica que las madres solteras pueden sufrir problemas de sobreprotección, de omnipotencia o bien de impotencia, así como de perfeccionismo. Como hemos visto que le sucede a Diego, desde los

cinco años los hijos ya quieren saber cómo es su padre y donde está, entendiendo aquello que se les responde. Después se pregunta qué es lo bueno o incorrecto, se compara con otros niños y percibe que le cuesta tener amistades. Puesto que el padre tiende más a despegarse del hijo o hija, nos preguntamos hasta qué punto fue necesario en la vida del niño.

Algunos estudios ponen de manifiesto que los niños de familias donde falta la figura paterna son menos competitivos, les interesa menos el deporte, son más dependientes, más agresivos, tienen problemas de disciplina e incluso, de pequeños, pueden tener problemas de identidad sexual. Las niñas que carecen de padre suelen tener dificultades para relacionarse con personas del otro sexo y pueden llegar a ser mujeres que midan su felicidad en función del éxito que tengan con los hombres (recogido por la citada *Fundación Isadora Duncan*).

Ahora bien, una de las mejores señales de aceptación por los niños de la ausencia del padre se basa en la capacidad de la madre para elaborar la angustia y hacerse cargo de su crianza. En el trascurso de la vida encontramos otras figuras parentales masculinas y femeninas que nos ayudan a insertarnos en la sociedad.

Cuanto hemos dicho no quita para que las madres solteras se sientan excesivamente abrumadas al asumir en solitario las funciones parentales, las tareas en la casa, las responsabilidades educativas y el trabajo con que ganarse la vida. La carencia de una vida propia favorece el aislamiento, la soledad y el abandono. La familia ampliada no siempre ayuda, sino que ha tratado de mandar, como le ocurría a la madre de Diego. Ella entonces corre el riesgo de una baja autoestima, de una mala situación laboral y de sentirse socialmente rechazada.

Desde el psicoanálisis, en monoparentalidades precoces parece determinante la actitud inconsciente de la madre hacia su pareja, así como la vivencia triangular que en la mente del niño se va a poder crear. A pesar de la ausencia de un padre físico o real, observamos siempre la existencia de algún tipo de figura del otro. Max encontró a sus “monstruos” y Diego fantaseaba con superhéroes. En la realidad psíquica resulta poco creíble una relación diádica exclusiva entre el niño y su madre.

Hay muchas situaciones monoparentales

Se me han presentado mujeres que han conseguido la adopción monoparental o han buscado embarazarse con compromisos expresos por parte del inseminador de renuncia a la paternidad. Una madre sola por elección (se pueden ver casos así en la web www.masola.org) estará así orgullosa de una primera hija nacida mediante técnicas de reproducción asistida y con un donante anónimo, seguida de otro hijo obtenido por acogimiento internacional permanente.

En la página de Internet onespace.org.uk se ayuda a mujeres, pobres y multiculturales, a vivir en una familia que responda a sus deseos. Hay que tener en cuenta que, actualmente, hay en Gran Bretaña casi dos millones de padres únicos viviendo con hijos todavía dependientes. Especialmente es el resultado de separaciones y divorcios parentales. En realidad, los niños pueden vivir solamente con un progenitor por muy diversos motivos que hay que tener en cuenta: muerte de uno de los progenitores, el nacimiento de un niño con una madre sin pareja, el rechazo del otro progenitor a asumir su papel, la adopción por una persona sola...

Sin embargo, no tenemos que olvidar que el niño se topa con la familia interna de su madre en el pasado y con una sociedad donde existen esas parejas, a las que, dicho en términos piagetianos, él buscará acomodarse y asimilar.

El psicoanalista norteamericano James Herzog (1982) es conocido por hablar de “hambre de padre” cuando estudia niños de dos años con terrores nocturnos asociados con la pérdida del padre por divorcio y separación. Les falta un modelo para modular los impulsos agresivos, que se vuelven entonces contra el self y colorean de persecución sus pensamientos y sentimientos. El mismo J. Herzog (2009) ha escrito después sobre la “muerte del padre” en este tipo de tratamientos. Se pregunta hasta qué punto la relación terapéutica permite recuperar esa relación perdida, precisamente por lo que el espacio analítico llega a representar.

Hace años me llamó poderosamente la atención un trabajo de Peter Neubauer (1960) sobre la falta de “realidad edípica” en los hijos de padres ausentes o divorciados. Este analista defendía la necesidad que el niño tiene de contar con figuras parentales en el mundo externo para poder elaborar sus conflictos triangulares y con los adultos. Encontraba que los niños descritos en la literatura y de su casuística llenan el vacío de un padre ausente con la figura fantaseada como omnipotente de un padre ideal, o bien con la de aquel que sádicamente todo lo castiga.

Ficción en el juego monoparental

Isabelita es una niña ecuatoriana de cinco años que viene a las “clases” conmigo para que la familia de juguete se pinte con un make-up como el que ella usa secretamente en su casa. “Las pa-

rejas tienen un bebé”, de forma que también ella y yo lo tenemos. Mientras llevo a nuestro hijito a la cuna ella se dedica a preparar una comida a la que, maniacamente, acudirán muchos invitados, formando conmigo una familia de muñecos. Sueña con mariposas y flores, que, al dibujarlas, resultan otro hogar donde el padre está en medio de la madre y ella. Quiere lavarse en el tocador, porque yo soy el padre y ella la madre que cuidamos de nuestro niño.

En realidad, el padre de Isabelita se ha ido de casa dos años antes, con una nueva familia y otra hija, sin volver a ver a mi paciente. Acudía con la abuela india, porque la madre tenía que trabajar para no hundirse en la pobreza.

Podemos pensar que Isabelita me está usando defensivamente, para negar con su idealización lúdica una realidad familiar dolorosa. Otro día inventa la historia de unos príncipes en su castillo que van a ser atacados por los malos que coloca a mi lado, envidiosos de las buenas cosas que los suyos tienen. Cuando construimos el castillo, cuya construcción a solas la desesperaba por su fracaso, y van apareciendo cuatro hijos que disponemos en sus respectivas habitaciones. Merced al juego psicoterápico la madre la va notando menos agresiva y yo le digo que está menos celosa de las parejas adultas que la abandonan, como si la consulta y yo fuéramos el lugar para organizar sus comunicaciones afectivas. Desde ese punto de vista cierto grado de idealización parece necesario en la fantasía de los niños deprivados y con familias rotas.

Emigrantes monoparentales

Creo que no se han destacado suficientemente las situaciones conflictivas de monoparentalidad que muchas veces sufren los niños emigrantes. Han llegado años después que su madre, y

el padre, tras practicar a veces una innominada violencia doméstica y de género, ha desaparecido en su país de origen. Se suman así múltiples hechos traumáticos que quedan sin abordarse psicoterápicamente cuando acuden a nuestras consultas.

En la página de *Single Parent Action Network* 2011, SPAN, se habla de la experiencia de 20 años de trabajo en la ciudad inglesa de Bristol con familias monoparentales y niños de cinco años que viven en la pobreza. Salvando las barreras culturales, socioeconómicas y lingüísticas, se ayuda a las madres a realizar las aspiraciones que ambicionan para ella y sus hijos.

Natividad, de 7 años, es llevada a consulta por su madre guineana para saber si es retrasada mental y sufre déficit de atención, preocupada por las amenazas del profesor de que será diferente para toda la vida. Según Natividad dibuja inseguramente una casa y un árbol, oigo que su madre le habla de las gallinas, de los cerdos y perros que convivían en su poblado natal. En esta psicoterapia elemental hablamos de comidas y de dinero, de diferencias de vestimenta y de generaciones. Son hechos básicos de la vida, compartidos transculturalmente y generando gratitud.

La niña vive en un internado, donde la madre quiere asegurarle la educación que ella no ha tenido. Solo se queja de la monja que la pega; pero quiere seguir allí con sus amistades. Su madre es analfabeta y huyó embarazada de una vida poligámica en que la tenían sumida sus ancestros, sufriendo además malos tratos físicos y psíquicos. Duermen en la misma cama mientras la madre busca un trabajo estable y legal. Por el momento recorre limpiezas domésticas, y acude muy arreglada desde un bar de copas al que va cuando le parece necesario. Natividad establece además fuertes vínculos afectivos conmigo, aunque vive sometida a un estre-

cho control de su madre, quien ya planea otra migración a Alemania para reunirse con una hermana.

Reevaluación del padre en psicoterapia

Se ha sugerido que el niño comienza a darse cuenta de la existencia de la pareja parental desde los 18 meses. Esta triangulación temprana alienta el movimiento desde la relación diádica de uno a uno hasta la representación simbólica de la pareja parental y el self. R. Britton (1989, 1992) distingue un papel indirecto del padre, su capacidad para contener las ansiedades de la madre y responder así a las proyecciones del niño, y un rol directo, como figura de identificación que ayuda o sabotea la relación maternofamiliar.

Javier, de ocho años, ha sido remitido por el pediatra en vista de su encopresis. En realidad, el chico se pone a llorar ya en la primera consulta porque quiere ver a su padre, quien ha formado otra familia cuando él tenía tres años. Me dice que antes no quería estar con su padre y me pregunta si verá luego con mis nietos su film favorito de coches animados, Cars de Disney Pixar. Me da las gracias porque le dejo llevarse el muñeco de plastilina que ha construido, y yo le digo que es que no le han resultado deberes (una defensa anal). Por eso cede el síntoma cuando realiza su deseo de ver al padre, una relación que le parece ideal y sin los disgustos que diariamente tiene con su madre. Quiere conocer el trayecto digestivo, porque no entiende cómo se forma la caca desde lo que come. También me pregunta para qué sirve el pene, y parece confuso respecto de los papeles del padre y de la madre.

Al regresar a mi consulta me busca contento para dibujar a Rayo McQueen, y a su lado el coche malo, y un tercero. No reconoce como suya la pesadilla que me había contado sobre una pierna rota y sanguinolenta, no puede dibujar la gran cantidad de libros que quería colocar en una biblioteca y, según habla de que hoy le llamará el padre, sí que en el sueño de la víspera él era el amigo de Rayo McQueen en las carreras, montado en un coche rojo. Creo que el trato conmigo le confirma que es posible una relación positiva con ese padre que anhela encontrar.

La ambivalencia y la neurosis obsesiva que sufre Javier con ese tema son intensos, y llena de culpa a la madre. Ella es colombiana y se ha quedado con un bar tras el abandono del marido español que motivó su divorcio. No sabe si regresar con sus padres en vista del empeoramiento de la situación en España.

En la psicoterapia con el niño cobran importancia sus pesadillas y su coche McQueen, aquel que puede triunfar sobre sus rivales por cualquier país del mundo al que se desplace. La encopresis fluctúa en relación con la cercanía emocional de la imagen de su padre. Para Javier significa un triunfo cuando consigue hablar por teléfono con su padre, quien hasta entonces no ha querido comunicarse con él.

De la observación de bebés se concluye que es deseable para un padre que, en ocasiones, realice funciones maternas, mediante la identificación con su madre interna y con parte de su bisexualidad constituyente (R. Emanuel, 2002). Y asimismo la madre es capaz de realizar funciones paternas a través de la identificación con el padre interno. En especial las madres solas, en relación monoparental, necesitan ser padres a veces.

Cuando conozco a Juan, de 14 años, he de defenderle ante su hermana mayor que le quiere ingresar por su agresividad. Acordamos una psicoterapia, mediante la que descubrimos que sus enfados son sobre todo con la madre, en tratamiento por una grave depresión psicótica. Juan no me quiere hablar del internado en el que pasó seis años tras divorciarse los padres a sus 3 años, por lo malo que le resultaba, sobre todo hablando de la hija del matrimonio educador que le maltrataba. Quiere acudir a verme porque me ocupo de los incidentes sucesivos y además hablo con su madre. Sueña con un coche que se estrella con una grúa y sale disparado, con unas botas que acaban a sus pies. Juan se pone triste tal como en los años anteriores le ocurría al separarse de su madre, y puedo decirle que lo repite en la actualidad, para tranquilizar a la familia sobre sus urgentes estados de angustia. Juan no sabe nada sobre la desaparición de su padre, hasta que sus identificaciones con un agresor nos permiten abordar el problema.

Sale corriendo de mi consulta porque no soporta que la madre hable de los muebles que rompe en el colegio, si bien después resulta que, de pequeño en el internado, quería tirarse por la ventana porque él quería estar con su madre. Sueña que desaparece el mundo, dibuja un coche tuneado, y la madre, desde su pobreza, piensa en la mutua ansiedad de separación.

Juan quiere que yo le vea más a menudo, y me cuenta que sueña que hace carreras de caballos. Dibuja dos pelotas de ping-pong, como la que trae en el bolsillo después de una pelea en la que un compañero le atacó y le hizo daño hasta casi ahogarle, en medio de una competición deportiva. En el barrio humilde donde viven, unos marroquíes les amenazan de muerte y, de hecho, Juan acude con un brazo enyesado tras una pelea, momento en que volvemos a hablar del padre con el que imaginariamente se identifica.

El adolescente monoparental

En el caso de los púberes monoparentales las madres se sienten ansiosas y culpables ante la regresión “pseudo-edípica” de sus hijos cuando quieren seguir igual con ellas al entrar en la adolescencia. Al faltar el padre, hay muchachos que no quieren ir a clase ni salir de casa. Inconscientemente, los chicos creen que están haciendo lo que sus madres quieren, continúan siendo sus parejas como lo sintieron en la infancia. El alejamiento de la madre está marcado por la ambivalencia compartida: la madre desea que su hijo se mantenga lealmente pegado a ella y crezca como un adolescente “pseudonormal”, mientras que el hijo quiere separarse y pertenecer a la generación juvenil. Se siente impulsado a seguir con un trato especial con su madre, a la vez que se percibe equipado pobremente para arreglárselas con las tareas evolutivas (S. Blundel, 2002).

Catalina es una adolescente de 14 años que quiere irse este verano a vivir a Málaga con su padre divorciado, una experiencia que fracasó tres años antes. La madre la trajo a consulta por su hipomanía, coincidente con la menarquía. A los 5 años fue adoptada en Rusia, sacada de un internado donde la cuidaban “como un animalito”. La niña recuerda estar entre muchos niños, dejada allí por el padre alcohólico tras morir su madre.

Tres meses después Catalina viene sola a verme porque ha fracasado su intento de vida con el padre. Se encontró con él en paro, y con que la regañaba junto con la novia porque no arreglaba la casa. Solo había vivido con Catalina unos meses tras la adopción, pero le repetía por el Messenger que vendría en cuanto pudiera. La muchacha pretende discutir como lo ha venido haciendo con la madre.

La construcción del “padre muerto”

André Green (2009) ha escrito que “el padre muerto” es algo que está presente en el inconsciente de todos nosotros como un pasado vivo. Cuando el padre abandona a la madre y al hijo, no puede ser integrado en el mundo interno y permanece fuera de uno mismo. No es extraño que una interpretación psicoanalítica sea vivida como la introducción del padre en el material, y que el mismo encuadre represente al padre. Un borderline demuestra que la madre ha usurpado funciones paternas, con lo que el niño se siente privado de la posibilidad de ataque a la figura paterna. Es ya un padre medio muerto, cuyos fragmentos construyen al padre perdido, y su fantasma es lo encontrado en la transferencia.

Elena tiene 16 años y acude a mí diagnosticada de esquizofrenia paranoide. Advierto que la relación conmigo es, desde el principio, muy intensa y ambivalente. Cuando exploro sus relaciones objetales resulta que vive con una madre mejicana que mantiene a su familia de origen merced a su trabajo, después de haberse separado tempranamente de un marido psicótico, al que Elena conoce, pero no ve.

La paciente es una india guapa y atractiva, y, a pesar de su ascetismo, tiene chicos que le gustan. Me ha contado abundantes sueños, en los que ella se desdobra, se arroja por un acantilado, pero no llega al fondo, hay un muchacho con poderes mientras un bebé mata a mordiscos. Elena no habló hasta los 4 años, introversa para la madre como es ahora. A esa edad el padre pegaba a la madre delante de la chica, un trauma doméstico por el que se separaron.

Elena me enseña a navegar en el Twitter, lugar donde la madre se queja de encontrarla fotografiada con un chico. Quiere ha-

cer “interiorismo”, si bien la madre desconfía de que quiera hacer eso del bachillerato artístico. Miramos los “mangas” que le gustan y la madre se queja de que sea una “friki” que viste de negro “indie”. Los tres buscamos los estudios de Diseño Gráfico.

Adquiere sentido que, en su desdoblamiento onírico, a ella acostada le llegaba la muerte. Lo relaciona con el delirio psicótico, desencadenado tras un enamoramiento homosexual de su amiga íntima. Algunas vivencias alucinatorias son similares a las sufridas hace años por el padre. Su evolución con la psicoterapia es muy favorable.

El primer hombre

En su obra póstuma *El primer hombre* Albert Camus recupera el recuerdo autobiográfico de una mísera infancia en Argelia, sus juegos y la escuela. Realiza una elaboración de la imagen de su madre silenciosa y trabajadora; pero sobre todo de las huellas del padre, muerto cuando él contaba un año en la batalla del Marne, en las crueles trincheras de la primera guerra mundial.

Percibe en sí mismo “*un vacío atroz, una indiferencia que me hace daño*” (pg. 43) y anota que “*he intentado descubrir yo mismo, desde el comienzo, de pequeño, lo que estaba bien y lo que estaba mal, ya que nadie a mi alrededor podía decírmelo. Y ahora reconozco que todo me abandona, que necesito que alguien me señale el camino, que me repruebe y elogie, no en virtud de su poder, sino de su autoridad, necesito a mi padre. Yo creía saberlo, ser dueño de mí, todavía no lo [¿sé?]*”.

Toda su vida le persiguió en sueños la impresión de que su padre se levantaba de madrugada para asistir a la ejecución de un

criminal, tal como le había contado su abuela. Se despertaba a. Camus con la pesadilla angustiada de que venían a buscarle a él, al protagonista, para ejecutarle. Aquí recuerdo yo la impresión imborrable causada en muchos lectores por el asesinato con el que empieza la conocida novela “*L'étranger*”, donde la culpa asienta uno de los pilares del absurdo, y la posterior revuelta fundamenta la postura vital ante el mundo.

El capítulo sobre la escuela nos aclara que “*no había conocido a su padre, pero solían hablarle de él de forma un poco mitológica y siempre, llegado cierto momento, había sabido sustituirlo*” (pg. 125). “*El único gesto paternal, a la vez meditado y decisivo, que hubo en su vida de niño*” surge de manos de su maestro en la última clase de primaria, modificando el destino del niño con “*todo su peso de hombre*”. A él dedicó A. Camus explícitamente su discurso de aceptación del premio Nóbel.

Después de dar las gracias a este profesor porque le había empujado a seguir con los estudios, el protagonista se queda solo, “*perdido en medio de esas mujeres*” (pg. 157). Siente una inmensa pena, sabiendo que era arrancado así del “*mundo inocente y cálido de los pobres*”. En adelante comprendería el mundo “*sin el auxilio del único hombre*” que alentó su crecimiento.

Entre sus notas A. Camus escribe, antes de su prematura muerte, cómo reconoce que necesita alguien que le señale el camino (pg. 270). Para él era el padre desconocido, si bien nosotros podemos pensar que, desde su infancia monoparental, algo ya comenzó con su madre. Sin embargo, no pudo vivir con la paciencia ciega, sin frases ni proyectos de “*mamá*” (pg. 280). No compartió su vida ignorante y anduvo por el mundo, “*quemé a los seres*”, “*pero nada me colmó el corazón*”.

Parece como si A. Camus idealizara al padre desconocido y despreciara a esa *“mujer pobre, desdichada, ignorante”* de la que se aleja. 40 años más tarde, tras visitar el cementerio donde está enterrado el padre, regresa a Argelia. *“Encuentra la infancia y no el padre. Se entera de que él es el primer hombre”* (pg. 281).

Su vivencia de identidad se asocia a la necesidad de una doble identificación en la situación triangular edípica: *“No se sabe quién es su padre. ¿Pero quién es él mismo? ¿Pero solo la querías a ella?”* (pg. 289). Termina confesando su culpa y necesidad de perdón a la madre, realmente medio sorda y analfabeta. *“Hubiera podido acercarme a él, muchas veces lo hice en silencio, pero ha muerto y estoy solo. Tú eres la única que puedes hacerlo, pero no me comprendes y no puedes leerme”* (pg. 290). A Camus le queda la confianza en la escritura: *“Lo que me ha sostenido es ante todo la gran idea, la grandísima idea que me hago del arte. No es porque esté para mí por encima de todo, sino porque no se separa de nadie”*.

Monoparentalidad psicótica

Cuando conozco a José Andrés, paraguayo de 15 años, parece extrañarle lo que le digo y enseguida sugiere una transferencia psicótica. Me cuenta que su padre está en su país y tiene otra familia, pero él vivió allí solo y arrastra “muchos traumas psicológicos” (sic). Le cuesta decir que su madre se vino el año anterior y reconocer que él nunca convivió con su padre. En realidad, la madre marchó a Brasil a los tres años del paciente, y el padre la siguió allí por un tiempo.

José Andrés estaba muy angustiado conmigo y hablaba depresivamente de las separaciones. Soñaba que se moría, que no servía para nada, que era yankee, culpable. Me hacía muchas preguntas sobre mi vida de “buena persona”.

Medio año después le trae la madre, está agresivo y no quiere hablar con nadie. A mí me dice que piensa en chicas y que ha soñado que venía alguien y le apretaba el cuello, hecho que llevo a su miedo conmigo por las mujeres. Él dice que ahora me entiende y que se le repetían las palabras. Yo le decía hola y su cerebro estaba en otro lugar. También ha soñado con un hombre feo y cornudo que se le acerca y él se siente en peligro. La madre cree que Dios ha puesto a este muchacho en su camino, esbozando un delirio místico. Yo termino diciéndole al paciente que le cae mal lo que ha hecho su padre, y él lo confirma.

Me pregunta por mis vacaciones y dónde iba, una inversión y lo que querría saber de su padre. Se va enamorando y su madre le ha dicho que eso es ser “mujeriego” como el padre. A mí me parece que se porta como un hermano pequeño del padre imaginario que se ha construido, a pesar de que sabemos que le abandonó y trató mal a su madre. José Andrés dice que hay días que se nota tonto y no se siente él. La última mujer del padre lo enviaba borracho y como loco a su madre, mientras que al paciente le daba dinero, le compraba la ropa y pagaba los restaurantes. Quiere dejar de venir, ahora que despliega sus fantasías sexuales con diferentes chicas.

Poco después ingresa por un episodio psicótico: ha de abandonar el país porque los ñetas le van a matar. Han asesinado a la novia de un amigo suyo y la madre lo encuentra con un cuchillo en la mano. Ella sigue con su delirio religioso y resulta que el pacien-

te se pegó con el marido de la madre, al que por primera vez nombra.

Final pediátrico

Para terminar, es prudente comentar los consejos que en 2007 dio la Academia Norteamericana de Pediatría. La monoparentalidad añade ansiedad a la tarea de criar a los hijos. Hay que ganar dinero, hablar a menudo y pronto con los niños, y buscar tiempo para la familia. Diariamente conviene dedicar un rato a jugar y leer juntos, para hacer tareas o escuchar música. La madre necesita conservar amistades, hacer las cosas que le gustan, ir al cine y cultivar sus aficiones.

Las rutinas diarias para comer o acostarse nos permiten sentirnos más seguros. Mantenemos la disciplina porque así tratamos a los niños como tales. El progenitor monoparental se siente solo y puede usar al hijo como si fuera el sustituto de su pareja. Los estados de ánimo le afectan en los tiempos difíciles, y hay que reconocer la tristeza y la pérdida. Por eso puede ser a veces necesario no solo contar con un buen pediatra, sino consultar a un psicoterapeuta especializado, bien para que trate al niño o bien para que atienda a la propia madre.

Es necesario elaborar las distintas realidades personales y familiares con las que estamos viviendo. Hay un duelo pendiente para aceptar la vida monoparental y lo que ni el niño ni la madre tienen. Las emociones son intensas para poder emprender la vida que permanecía paralizada. Hay rabia y culpa, sentimientos de fracaso que hay que identificar para seguir adelante en buenas

condiciones. Las tareas de la madre y del niño están interrelacionadas, en lo psicopatológico y en lo saludable.

BIBLIOGRAFÍA

BLUNDEL, S. (2002): *Fatherless sons: psychoanalytic psychotherapy with bereaved boys*. In the Importance of Fathers, obra citada, pp. 172-185.

BRITTON, R. (1989): *The missing link: parental sexuality in the Oedipus complex*. In R. Britton, M. Feldman and E. O'Shaughnessy (eds.), *The Oedipus Complex Today: Clinical Implications*, London, Karnak, pp. 83-101. Hay trad. castellana en Promolibro.

BRITTON, R. (1992): *Keeping things in mind*. In R. Anderson (ed.), *Clinical Lectures on Klein and Bion*, London, Routledge, pp. 102-113. Hay trad. Castellana en Ed. Paidós.

CAMUS, A. (1994): *Le premier homme*. Paris, Gallimard. Para las citas en el texto uso la traducción castellana disponible en el Círculo de Lectores.

EMANUEL, R. (2002): *On becoming a father: reflections on infant observation*. In The Importance of Fathers, obra citada, pp. 131-146

FUNDACIÓN ISADORA DUNCAN: *Sobre las Familias Mono-parentales*

GREEN, A. (2009): *The construction of the lost father*. In *The Dead Father. A Psychoanalytic Inquiry*. Edited by Kalinich L.J. and Taylor, S.W. London, Routledge, pp. 23-46.

HERZOG, J. (1980): *Sleep disturbance and father hunger in 18- to 29- month old boys – The Erlkonig Syndrome*. *Psychoanal. St. Child*, 35, 219-233.

HERZOG, J. (2009): *Constructing and deconstructing the conglomerate..Thoughts about the Father in life, in death, and in theory.* In *The dead father. A psychoanalytic inquiry.* Edited by Kalinich, L.J. and Taylor, S.W. London, Routledge, pp 133-144.

NEUBAUER, P. (1960): *The one-parent child and his oedipal development.* *Psychoanal. St. Child*, 15: 286-309.

SINGLE PARENTING (Copyright © 2007 American Academy of Pediatrics, Updated 5/2007)

SENDAK, M. (1963): *Where the wild things are.* Trad. castellana: *Donde viven los monstruos*, Ed. Alfaguara Infantil, 1984.

LAS FAMILIAS EMIGRANTES DESPLAZAMIENTOS

Manuela Utrilla Robles

La bibliografía sobre la emigración en general es bastante extensa, centrándose particularmente sobre los aspectos de los duelos, las separaciones, las pérdidas, pero también sobre los movimientos grupales, sociales, políticos, económicos y jurídicos. Los autores contemplan tanto los aspectos positivos como los negativos, incidiendo sobre todo en la comprensión del dolor humano y sus repercusiones.

En estas breves reflexiones, pienso abordar la cuestión desde el tema de los desplazamientos y su aspecto positivo, metafóricamente hablando como la riqueza que aportan las aves migratorias, la fertilización de la tierra y la polinización gracias a las que la tierra se desarrolla y prolifera.

Hablar de emigración sin precisar sus diferencias, tal vez se preste a confusión: no es lo mismo una emigración regulada, preparada, pensada, organizada, siguiendo protocolos que permiten la integración, que una emigración forzada, desordenada, sin garantías de sobrevivencia, bienestar y todos los requisitos que los humanos necesitamos para vivir. Y aún más, de una emigración por desplazamientos masivos, en el caos, la violencia, el desorden y la persecución. Temas que no voy a describir, cen-

trándome en los aspectos positivos de una emigración deseada y organizada.

Emigrar, sinónimo de desplazarse, cambiar, partir, alejarse, viajar entre otros tantos, es un concepto que en psicoanálisis resulta ser muy sugerente, ya que los procesos psíquicos son migratorios por excelencia. Por esta razón, creo importante estudiar el proceso emigratorio antes de hablar de personas que emigran, familias o pueblos enteros, no solamente para comprender el complejo entramado del problema, sino también para reflexionar sobre las familias psicoanalíticas.

En este breve espacio procederé por resumir muchas de las cuestiones que se plantean, sin pretender profundizarla.

Desplazamientos

El mecanismo de desplazamiento ocupa buena parte de la obra de S. Freud por lo que podemos considerarlo como un eje esencial de su teoría.

Cuando S. Freud describe el aparato neuronal, esta noción aparece para explicar la energía libre y la energía ligada que más tarde se transformarán en procesos primarios y procesos secundarios, esenciales para conocer los mecanismos del sueño, de los procesos asociativos y la formación de síntomas, es decir, toda la trama de lo que más tarde llamará elaboración. Sin elaboración no hay psicoanálisis y sin desplazamientos no habría elaboración.

Las descripciones de S. Freud en *El Proyecto* son muy sugerentes: la cantidad (de energía psíquica, se sobreentiende) se desplaza a lo largo de las vías constituidas por las neuronas con

una única finalidad, la de descargarse totalmente. Ese desplazamiento de la totalidad de la energía de una representación a otra puede también crear síntomas. Los procesos patológicos pueden resultar de un desplazamiento parecido al que conocemos en los sueños.

Para hacer un paralelismo con los movimientos migratorios, podríamos decir, por un lado, que esas personas emigrantes que aportan su energía al país de acogida se desplazan para aportar toda esa energía allí donde van a trabajar, pero que también arriesgan, en esos desplazamientos, crear problemas tanto a los suyos como al entorno. Pero si el desplazamiento es efectivo, podemos decir que sin emigración no hay cambio y sin cambio no hay evolución. Así podemos pensar que las personas que abandonan su país para ir a trabajar en otro son las que contribuyen en su evolución.

S. Freud se centró particularmente en el fenómeno de desplazamiento para comprender la constitución de los sueños: el desplazamiento es uno de los procedimientos que permiten la deformación de los contenidos del sueño, deformación indispensable para transformar los contenidos y preservar el funcionamiento psíquico. De hecho, en muchos de sus escritos encontramos el concepto de –trabajo de desplazamiento– para indicar que es un trabajo y no un mero mecanismo aleatorio.

Pero ¿qué es lo que se desplaza? En la teoría sobre los sueños, el desplazamiento se entiende como una transferencia de las energías de investidura, de intensidad variable, entre los deseos expresados de manera deformada, y los elementos manifiestos del sueño. Los afectos vivenciados en la realidad psíquica inconsciente pueden desplazarse hacia otras representaciones.

Ahora bien, lo que me parece más importante en cuanto a la teoría del desplazamiento es su vínculo con los procesos asociativos, verdaderos emigrantes psíquicos, portadores del simbolismo, tan necesario para la constitución del psiquismo.

Familias

En un sector del Área Escolar de Ginebra existían escuelas que acogían niños de 55 nacionalidades diferentes. Como podemos comprender los problemas que se planteaban, tanto a los profesores como al equipo médico psicológico, eran muy numerosos. Cada familia, con sus características específicas, su historia personal, sus vivencias sociales en sus países de origen, tenían una serie de modalidades relacionales diferentes unas de otras, así como expectativas y exigencias en el país de acogimiento.

Sin embargo, en tanta variedad existía un denominador común: el deseo de ser comprendidos y aceptados, por lo que cualquier ayuda psicológica era la bienvenida.

Los problemas de inadaptación, de rechazo a nuevas formas de existencia, las frustraciones y el sufrimiento por la ausencia de sus familiares y los esfuerzos para vivir como los suizos, llenaban parte de sus reivindicaciones.

Ser emigrante representa ser diferente y estar en el punto de mira de los que piensan tener derechos por nacionalidad, perdiendo de vista que el ser humano, allí donde se encuentre tiene sus derechos propios y también sus obligaciones. El sentido de respeto y dignidad en esas circunstancias puede perderse y la labor del especialista es la de recordar que se pueden mantener a pesar de las circunstancias.

Pero la emigración comporta otro problema mayor: el de la idealización transformada en ilusiones y esperanzas que pueden verse truncadas cuando la exigencia es excesiva, cayendo en el lado opuesto: la depresión y el sentimiento de impotencia. Idealización del país de origen o del país de llegada, expectativas de realizar todo aquello que no ha podido hacerse en otro contexto, lo que conlleva la idea que algunas separaciones (del país, de la familia, etc.) pueden ser positivas y regeneradoras. Sin olvidar que ciertas emigraciones, mal organizadas, obedeciendo a impulsos destructivos, apresuradas o incoherentes, pueden resultar patológicas, crear síndromes “del emigrante” como un ser desequilibrado e inadaptado, sin reconocimiento ni afecto hacia los que le han acogido.

En la emigración se mueven muchos sentimientos y afectos. El recuperar, no solamente esos sentimientos de respeto y dignidad, sino la esencia misma de la emigración, que es desplazamiento de energías, de cambio y enriquecimiento psíquico, de progreso y evolución; el recuperarlos, pues, es una labor llena de promesas y de creatividad.

El trabajo tradicional médico psicológico que consistía en entrevistarse con los padres y el niño que tenían problemas, no parecía adecuado en esas situaciones, lo que obliga al especialista a adaptarse, a situarse como emigrante en sus propias teorías y maneras de proceder: en una palabra, en identificarse con los emigrantes para comprender el fenómeno de la emigración y sobre todo pensar que emigrar es un concepto evolutivo, necesario para cambiar y desarrollarse.

Emigrar tiene otro contenido: la idea de aportar, aportar experiencias y conocimientos diferentes, la idea de favorecer el cambio y de enriquecerse moralmente. En esa relación del dar y recibir, el

fenómeno de la emigración es el que nos enseña cómo se puede proceder a ese intercambio, los sentimientos que se ponen en escena y las energías psíquicas que surgen. Un intercambio fructífero si se piensa, se organiza, se realiza bajo las premisas de una aceptación mutua y consideración hacia el otro, afecto hacia las diferencias, tolerancia y hasta incluso admiración hacia los esfuerzos realizados.

Como en la teoría de los desplazamientos psíquicos, se trata de trabajo. Y aquí la comparación con los emigrantes adquiere todo su valor. El emigrante va a trabajar, punto esencial de ese desplazamiento, entre su país y el otro país a donde va a dejar sus energías y sus esfuerzos, pero para ello ha tenido que pasar por la dolorosa experiencia del abandono, del distanciamiento, de los sentimientos de pérdida. En psicoanálisis diríamos que ha tenido que pasar por múltiples duelos para luego adquirir nuevos conocimientos. No es pues de extrañar que en las situaciones de emigración pueden producirse múltiples defensas y resistencias, que pueden ceder en condiciones favorables de intercambio de afectos y mutua admiración.

Y no olvidemos las cuestiones de la lengua: emigrar significa a menudo cambiar de lengua, hablar con expresiones y figuras lingüísticas diferentes, expresarse con maneras de pensar distintas. El emigrante que tiene que cambiar de lenguaje se ve abocado a una transformación, a veces, radical de su manera de ser y de reflexionar. Hasta que el emigrante no descubre la ventaja de hablar varias lenguas con todo lo que conlleva, le resulta penoso, arduo y tal vez desesperante el tenerse que expresar de una manera tan diferente a la habitual.

Si bien es cierto que todas esas premisas inherentes a la emigración parecen comprensibles, en la realidad lo que suele

sucedir es muy diferente. Cuando el emigrante encuentra hostilidad, incompreensión, rechazo, ausencia de respeto y ataques a su dignidad, entonces el sufrimiento puede hacerse insoportable, insostenible, destructor. Las relaciones pueden verse alteradas, en vez de intercambios pueden producirse mecanismos de sumisión, de confusión, de identificaciones al agresor o de regresiones hacia problemas de la infancia, donde el deseo de dominar y poseer es prevalente. Todos los procesos descritos por S. Freud sobre las teorías sexuales infantiles pueden emerger, no como fantasías que pueden elaborarse, sino como actuaciones llenas de violencia y omnipotencia, por no decir, fanáticos. Y muy a menudo podemos contemplar esos fenómenos fanáticos en el seno de familias que se encierran en sus propios territorios para aislarse de los ciudadanos del país de acogida. Dejan de ser emigrantes, en el sentido amplio de la palabra, para transformarse en dominadores. La emigración es el opuesto de las actitudes dictatoriales.

Por eso no debería olvidarse que para que exista emigración es necesario que previamente exista demanda, necesidad, predisposición del país de acogida. Incentivos sin los que la emigración no parecería posible. En términos sociales podemos hablar de necesidad de trabajo y más tarde de contrato de trabajo. Pero, a veces, no hay demanda explícita, hay diferencias de nivel económico demasiado exageradas que atraen a los más desfavorecidos, o a los desesperados.

Familias teóricas

Como psicoanalistas asistimos constantemente al fenómeno de la emigración y de su estancamiento, que podríamos traducir por una posición rígida de defensa de lo ya establecido, de lo ya sabido, de la intolerancia hacia otras teorizaciones y maneras de

concebir el psicoanálisis y de rechazo. En una incapacidad para emigrar.

Pero emigrar no significa transformarse en ciudadanos del país de acogida, ni abandonar sus culturas y maneras de ser. En cuanto a teorías se refiere, podríamos preguntar cómo pueden convivir familias teóricas diferentes pudiendo enriquecerse sin rechazarse ni descalificarse.

Todo lo que he descrito anteriormente sobre el desplazamiento y las familias de emigrantes, podríamos contrastarlo con las llamadas –familias teóricas–. Es cierto que hay muchas diferencias para hablar de comparaciones, ¿es que una teoría se ha desplazado para trabajar en otra?, ¿Qué ventajas e inconvenientes resultan de esos desplazamientos?

Primero, tenemos que contemplar el estancamiento, la inmovilidad de ciertas teorizaciones, que erigiéndose como reinos idealizados no permiten que se les ponga en duda, que se les critique. Estas teorizaciones pueden aproximarse a posiciones fanáticas exigiendo una sumisión absoluta y una adhesión incondicional.

Fuera de este ámbito, la pregunta que se impone es la de conocer cómo se puede emigrar sin perder la identidad, cómo se puede intercambiar sin perder el respeto, cómo se puede proceder para tolerar las diferencias, como se encuentran posiciones adaptativas sin modificar la esencia de las adquisiciones y, para terminar, cómo puede uno enriquecerse de ideas nuevas sin sentirse infiel a sus orígenes.

Cada psicoanalista interesado por estos problemas podría responder según sus propias maneras de pensar y estudiar los problemas a los que se confronta. En este sentido, cada uno puede utilizar su propia nomenclatura, su propio lenguaje. Si para el

emigrante resulta un gran esfuerzo la adquisición de otra lengua sin perder la suya, para el psicoanalista también representa un largo y gran trabajo.

La premisa de respetar las diferencias podría constituir un capítulo aparte, ya que, si bien la expresión es de una gran sencillez, en la práctica reviste una gran dificultad. ¿Por qué, podemos preguntarnos, no puede cada uno expresarse con sus teorizaciones?, ¿Qué amenaza implícita se esconde tras el rechazo? Y claro está, aquí nos topamos también con las idealizaciones y los sentimientos de pérdida. Si nuestra manera de teorizar es la mejor y la intocable, podemos perder ese ideal creyendo que escuchar las diferencias nos precipitaría hacia la pérdida de todo lo que hemos adquirido con tanto esfuerzo y con tanto sudor.

Emigrar de una teorización hacia otra debería exigirnos recordar las ventajas de esas emigraciones, flexibilizar nuestras posiciones, enriquecernos con nuevas ideas, mantener el espíritu de debate, de crítica y de confrontación, atenerse al reconocimiento de las ventajas de algunas transformaciones, acoger el sufrimiento de la incomprensión y elaborar los duelos, posiciones tan claramente explicitadas en todas las teorizaciones y admitidas unánimemente, pero como siempre, cuando se las pone en práctica suelen transformarse en defensas férreas al cambio.

Para algunos, la predisposición al desplazamiento-emigración de teorías depende del grado de frustración que nuestra teoría nos inflige, incluso al descontento propio de la omnipotencia de creer saberlo todo, comprenderlo todo, curar todo. Por mi parte no puedo compartir esta opinión, porque creo que la predisposición a emigrar surge del entusiasmo, del interés que prestamos a los procesos psíquicos, a la experiencia de satisfacción de poder teo-

rizar a partir de la clínica, el placer del funcionamiento mental, el placer del conocimiento.

El conocimiento, el adquirir más posibilidades de pensar y elaborar no debería significar querer saberlo todo, sino poder desplazarse por otras maneras de pensar, de comprender, de escuchar. Jugar, en una palabra, jugar con los pensamientos y las ideas.

¿Quién no ha contemplado la vuelta de los emigrantes a su país de origen por vacaciones? Sus coches van llenos de objetos adquiridos en el país de emigración, de productos diferentes, de perfumes diversos, de ideas nuevas, de emociones y de orgullo por haber traspasado la frontera de la ignorancia a pesar de tantas luchas y esfuerzos, para sentirse más capaces y fuertes. Más ciudadanos del Mundo.

Todas estas reflexiones se refieren a las emigraciones que llamaré organizadas, para diferenciarlas de los grandes desplazamientos de personas que, por causas diversas se ven obligados a dejar sus lugares de origen, sus culturas, sus raíces, sus ámbitos profesionales: sus vidas. Aunque la denominación sea la misma –emigración–, las consecuencias son completamente diferentes.

Actualmente, en pleno siglo XXI, hemos estado informados de las tragedias por el mar y por tierra, con el corazón encogido por la impotencia, a sabiendas que esos desplazamientos crean problemas, tanto en los desplazados, como en los países que, injustamente, son llamados, de acogida, porque no ofrecen ni garantías de trabajo, de procurarles las más mínimas condiciones humanas. Ya no estamos hablando de cuestiones psicológicas, sino políticas y económicas. No estamos hablando de desplaza-

mientos de cultura, que necesitan unas mínimas condiciones de bienestar. No estamos hablando del deseo de transportar conocimientos y modos de vivir de un país a otro. Estamos hablando de caos, desorganización, improvisaciones, rechazo, desprecio, hasta llegar a xenofobia.

Comparar una emigración con otra, es comparar lo incomparable, como si pudiéramos hablar de ilusiones y tragedias, de deseos y violencia, de anhelos y desesperación. Componentes de la mentalidad humana que deberíamos revisar, pensar, pero, sobre todo, luchar para que los humanos continuemos siendo humanos.

BIBLIOGRAFÍA

FREUD, S.: Obras completas.

— (1900a [1899]). *La interpretación de los sueños*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vols. IV y V.

— (1901b). *Psicopatología de la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. VI.

— (1905c). *El chiste y su relación con lo inconciente*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. VIII.

— (1905d). *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. VII.

— (1908c). «*Sobre las teorías sexuales infantiles*». Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. IX.

— (1910k). «*Sobre el psicoanálisis "silvestre"*». Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XI.

— (1911a). «*Agregados a la interpretación de los sueños*». Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. V, p. 366.

— (1912-13). *Tótem y tabú*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIII.

— (1923b). *El yo y el ello*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIX.

— (1930a [1929]). *El malestar en la cultura*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XXI.

— (1940a [1938]). «*Esquema del psicoanálisis*». Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XXIII.

UTRILLA, M. (1998): *¿Son posibles las terapias en las instituciones?: Estudio situacional*. Madrid. Ed. Biblioteca Nueva.

VIGENCIA DE LA FUNCIÓN SIMBÓLICA PATERNA EN LAS FAMILIAS ACTUALES

Elina Wechsler

Transformaciones familiares

Los retos que plantea el abrupto cambio en las nuevas constelaciones familiares llaman a que los psicoanalistas estemos a la altura de los cambios, el malestar y los nuevos síntomas de nuestra época sin abandonar los cimientos de la teoría freudiana.

Hasta ayer, vivíamos en una civilización en que la representación de la feminidad era absorbida por la maternidad, en que la función del padre era clara y tajante. Nada de eso ocurre ya y el desconcierto tiene profundos efectos en las familias. Estos cambios en la coyuntura contemporánea plantean cuestiones inéditas alrededor de las preguntas: ¿Qué es ser una madre?, ¿Qué es ser un padre? Si bien las respuestas subjetivas nunca estuvieron dadas de antemano, hoy se vuelven más complejas por la caída estrepitosa del imaginario en torno a la identidad sexual que aseguraba ciertos rasgos identificatorios que se transmitían de padres a hijos, de generación en generación.

Solo mencionar una tipología de pareja muy actual: maridos angustiados frente a sus mujeres resueltas de hoy, que redundan en la pasividad a la espera de que sean ellas las que tomen la

iniciativa, situación sostenida por un fantasma inconsciente homosexual masculino que se patentiza en padres feminizados.

De hecho, en la clínica actual encontramos con cierta frecuencia esos nuevos posicionamientos parentales: hombres que hacen de madres de sus hijos mientras ellas ocupan lugares antes netamente masculinos: intensa responsabilidad profesional con cierta o total dejación materna en sus maridos. Muchas mujeres han dejado de posicionarse como “mujeres-objeto” a buscar “hombres-objeto”, amantes transitorios, más allá de la relación conyugal, en plena identificación con ese rasgo viril de las generaciones anteriores que puntualizó S. Freud en su época.

Y si vamos a las nuevas coyunturas familiares, ya se escucha un nuevo significante: la parentalidad, que sustituye a las nociones tradicionales de maternidad y paternidad por la existencia de parejas homosexuales de ambos sexos que crían hijos, por mujeres inseminadas por donantes anónimos u homosexuales que contratan vientres de alquiler al decidirse por la monoparentalidad.

Aunque las familias tradicionales siguen siendo mayoría, se extiende en esta nueva coyuntura el borramiento de las diferencias sexuales y, por ende, de funciones. En lugar de la diferencia entre cuidado maternal y ley paterna, clásica hasta el siglo XX, se impone la equivalencia y la intercambiabilidad de roles.

Jurídicamente, los niños podrán tomar el apellido del padre o de la madre, con lo cual, todo el sistema de transmisión del parentesco basado en el apellido paterno se verá modificado.

Aunque para el psicoanálisis nunca hay reproducción real, puesto que se anuda con lo simbólico y lo imaginario, la filiación, basada en los efectos de lo simbólico, acarreará nuevos efectos.

Aunque haya niños criados por dos hombres o dos mujeres, otros implantados de óvulos o espermias anónimos, o contratación de vientres de alquiler, contarán con el recurso de lo simbólico, y, eso sí, la imaginarización de la escena primaria será, seguramente, una creación singular de cada uno. ¿Qué novedades inventarán los niños sobre las clásicas teorías sexuales infantiles tan bien descritas por S. Freud?

Con la parentalidad el orden familiar se ha trastocado. La extensión de concepto de parentesco se sitúa fuera de la diferencia de los sexos, de la diferencia hombre-mujer, de la diferencia padre-madre, que se verifica en las parejas homosexuales, recompuestas o monoparentales.

Las familias tradicionales han producido neuróticos, psicóticos, perversos. ¿Acaso el deseo ilimitado de una madre casada tradicionalmente no ha producido siempre estragos? Sabemos ya que el padre real no garantiza su función simbólica, como desarrollaré más adelante. Es de suponer que el inconsciente de estos nuevos sujetos se las arregle para inscribir de algún modo al tercero y a la diferencia sexual.

Las funciones mínimas que hacen advenir a un sujeto remiten siempre al Deseo del Otro, que J. Lacan conceptualizó como Deseo de la madre y a la ley de prohibición del incesto freudiana que conceptualizó como “Nombre del Padre”, y más tarde como “Los nombres del Padre”. El niño depende del Deseo del Otro para la constitución de su propio deseo, otro que suele ser —aunque no siempre— la madre en la familia tradicional.

Debemos desprendernos de la ideología familiarista tradicional y considerar que ese deseo libidinizador sobre el niño pueda

ser ejercido, por ejemplo, por un hombre en las parejas homosexuales.

La fragmentación del Nombre del Padre tampoco lo es sin consecuencias, pero intentaré despejar como, a pesar de ella, su vigencia simbólica seguirá inscribiéndose en el psiquismo. El niño depende del Deseo del Otro para la constitución de su propio deseo, otro que suele ser –aunque no siempre– la madre en la familia tradicional.

Con S. Freud, desde la cuestión de la transmisión de la castración. Con J. Lacan, desde la diferenciación entre el operador estructural de padre simbólico y la contingencia de las condiciones históricas en las que opera, en las que más adelante nos detendremos.

Vamos ahora a la familia tradicional.

El nacimiento de un hijo. Clínica del posparto

La maternidad no resuelve la pregunta por la femineidad. Una mujer que concibe no se siente por ello más mujer. Por el contrario, la clínica psicoanalítica nos muestra que, en una gran cantidad de casos, la mujer que se ha vuelto madre suele sentirse menos mujer que antes. Y que, incluso, quiere ser madre sin tener pareja, situación cada vez más frecuente.

La orientación de la mujer hacia el hombre se presentó siempre problemática, vacilante, precaria. S. Freud, que no era ajeno a esta circunstancia, marcó el enigma con la pregunta “¿Qué quiere la mujer?”. Parece haber resuelto el tema de la castración femenina por la vertiente fálica. Tener hijos, en lugar del falo anhelado.

Incluso llega a afirmar en su texto *La femineidad* que para que un matrimonio funcione, el hombre tiene que terminar por ubicarse como hijo de su mujer.

En efecto, la mujer puede tomar el camino privilegiado de la maternidad, a la que puede consagrar un pleno amor objetal sin renunciar al narcisismo, y que en su versión más patológica implicará al hijo como fetiche. El niño es situado aquí como objeto de la madre en la medida que vela su castración, convirtiéndose en su único deseo. Hijos psicóticos y perversos dan cuenta de esta fijación, aunque en las familias tradicionales haya habido padre real que ejerció dejación de su función de corte. Madres solteras, viudas, han criado siempre hijos sin padre real. Una mujer que queda embarazada de un semen anónimo no tiene porqué ser, por eso, causante de ninguna patología especial.

Las mujeres pueden obturar la inquietante pregunta sobre la feminidad a través del rodeo de la maternidad: ser mujer será, entonces, ser madre. Estén solas o acompañadas, sean hetero u homosexuales.

La alienación del deseo en un objeto, esencia de la pasión, puede tomar la forma de la pasión por la maternidad. La realización materna no parece defender necesariamente a las mujeres de la patología del amor, esta vez encarnada en el hijo.

Las demandas de reproducción asistida, que posibilita la búsqueda de hijos sin padre real gracias a las nuevas tecnologías, están hoy al servicio de las mujeres, como modo inédito de obturar el aspecto siempre enigmático de la diferencia de sexos y la problemática del don, creando nuevos imaginarios en torno a la filiación que cada hijo tendrá que construir.

La “pasión de embarazo” suele aparecer en mujeres cercanas a la cuarentena que deciden exponerse a todo tipo de intervenciones, las veces que haga falta, convirtiéndose la futura maternidad en lo único deseable en su vida, desestimando así todos los logros obtenidos en otros campos.

Esta pasión es una nueva presentación de este arrebatado femenino por la evolución de las nuevas tecnologías.

Aunque la niña llegue a desear fantásticamente un hijo del padre identificándose con la madre, no por ello accederá necesariamente a una posición femenina. Muchas mujeres, de hecho, pueden sentirse satisfechas de la maternidad, estén solas o con pareja, pero no con su femineidad ni su sexualidad.

Una madre es aquella que renuncia, que acepta, en fin, la castración que reencontrará necesariamente en la separación del hijo que como otro ocupará su propio lugar simbólico.

Para ello será indispensable el deseo de la madre en tanto deseo de acogida, de libidinación fundante, pero también de desprendimiento.

La vida habrá ganado así sobre el sacrificio y la madre tendrá consigo a ese hijo, final feliz siempre que el doble movimiento de investimento y desprendimiento se cumplan.

Paradójicamente, habrá que renunciar al falo para tener un hijo. Se trata del deseo de hijo sobre lo pulsional que retendría al objeto para su satisfacción aún a costa de su muerte física o psíquica. Madre que acoge y luego renuncia para que el hijo pueda constituirse como sujeto y salir de la endogamia.

Si una mujer imaginiza el falo a través del hijo, no sorprenderá que en esa circunstancia se aleje del hombre, conflicto tan habitual entre ser mujer y ser madre. La madre queda dividida entre el hombre y el hijo.

Del lado masculino, el deseo por la nueva madre puede verse seriamente dañado –a veces transitoriamente, a veces para siempre– cuando en el inconsciente se acercan demasiado la representación de la mujer ahora madre y la madre edípica.

La psicopatología del puerperio no afecta por tanto solo a las mujeres sino a la pareja. El desencuentro entre hombres y mujeres se deja notar con especial intensidad en esta época y conduce muchas veces al deterioro o la aniquilación de la hasta allí pareja sin serios conflictos.

El conflicto aparece y estalla a menudo en relación con los abuelos. El nacimiento de un niño, sobre todo el primero de una pareja, reactiva el Edipo de cada uno de los padres, conmueve la homeostasis familiar y suele estar marcado por una época convulsa con la generación precedente.

La irrupción de la nueva generación impulsa a una reelaboración fantasmática, no siempre exenta de síntomas, que afecta a toda la familia.

Cuando un hombre quiere ser padre ese deseo proviene del niño edípico, de su posición de hijo, y esa posición da cuenta de la complejidad y la sintomatología de la función.

El sujeto es soporte de la transmisión en una posición bifásica: hijo de sus padres y padre de sus hijos, cuestión que reactiva la neurosis infantil y trae a nuestras consultas a padres y madres angustiados por su nueva función.

En las familias tradicionales, del lado masculino, el fantasma inconsciente que solemos encontrar es el de tener un hijo para la propia madre que colisiona, del lado femenino, con el fantasma de las mujeres gestantes: dedicar el hijo a su propio padre.

La niña edípica deseó un hijo del padre, y el padre actual reactivará, sin duda, todas las ambivalencias con relación a él.

La situación se complica en virtud del Edipo negativo: hombres que tienen un hijo para el padre y mujeres que lo dedican a la madre.

Que un hombre haga un niño para su madre y no para su mujer, que una mujer haga un niño para su madre o su padre y no para su marido pertenece al ámbito de lo inconsciente, aunque los signos sean a veces tan obvios y las batallas familiares tan intensas: con mis padres, con los míos, odio a tu madre, no soporto a tu padre. Conflictos en el centro de los cuales se ubican los niños.

Un caso tradicional. Un hijo para la madre

Una paciente, madre novel, se sentía amenazada por su suegra en su lugar de madre, no se permitía estas ideas que se tornaban obsesivas y atribuía su sensación persecutoria a su carácter posesivo, celoso y controlador en relación con su primer hijo. La analista estaba tentada de ratificarla, pero un lapsus aclaró de inmediato que se jugaba en la estructura inconsciente de esta familia.

El niño estaba enfermo y la abuela lo llevó al médico. Cuál no sería la sorpresa de la nuera –y la de la analista– cuando al entregar a la paciente la cartilla con la medicación, vio que la abuela

había puesto el primer apellido del niño y como segundo apellido, en lugar del de la madre, el suyo propio. Lapsus que aclaró que para esta abuela ese niño era el hijo imaginario que había tenido con su propio hijo y que otorgaba sentido los síntomas de la nuer-ra.

Este hijo-padre era el hermano mayor de su propia fratría y el vástago claramente preferido de su propia madre. Un padre poderoso social y económicamente, siempre lejos de la casa y con varias supuestas amantes, había favorecido el fantasma de que el hijo era, en realidad, la pareja de la madre y el nieto, en el fantasma, el hijo de ambos, que debía portar, por tanto, ambos apellidos.

La descripción clásica del Complejo de Edipo no alcanza. El deseo no solo circula del hijo hacia la madre, sino que es recíproco. La demanda de la madre hacia el hijo completa el círculo incestuoso. El hijo se libra de esa demanda gracias a la identificación con el padre. No obstante, aunque esté protegido por ella, la demanda materna no dejará de pesar sobre él en la constitución de la neurosis, cuestión que se hará patente en la nueva paternidad cuando, en lugar de un hijo *con la mujer* nazca, en el fantasma, un hijo *para la madre*.

La madre de este hombre estaba dispuesta a recoger el fruto, a título de retribución diferida, cuestión que fue percibida, y denunciada, de modo sintomático, por su nuer-a.

Un apunte sobre las parejas homosexuales

“La elección de objeto por sí misma no da cuenta de ninguna estructura clínica. No basta la inversión para determinar una per-

versión sobre todo cuando se produce en el registro del amor. Relacionar homosexualidad con estructura perversa sin más es caer en una frecuente distorsión de ciertos textos psicoanalíticos”.

Recordemos que, para S. Freud, la virilidad psíquica más completa es compatible con la inversión sexual, esencialmente porque la elección narcisista de objeto homosexual está siempre mediatizada por la propia imagen. Así, tal como escribió S. Freud en su texto sobre Leonardo, el homosexual, identificado con la madre, tratará a su partenaire que lo representa como la madre lo trató a él.

“El homosexual revela una elección peculiar: ninguna mujer puede intervenir como semblante de la figura materna, que se mantiene intacta en el inconsciente. Todas las mujeres quedan por tanto fuera de juego. El objetivo del perverso, en cambio, no es mantener intacta a la madre fálica sino producir el falo como tal. En esto radica la diferencia entre el homosexual neurótico y el perverso: mientras el primero mantiene como ficción la unión mítica con la madre, el segundo pliega la realidad a su sueño.

El homosexual perverso presenta todas las características señaladas para el sadomasoquismo, primando la búsqueda de goce sobre el amor. De allí la promiscuidad compulsiva con objetos sexuales intercambiables.

En cambio, el neurótico masculino que hace una elección homosexual ha resultado feminizado en relación con el padre durante el tránsito edípico. Sometido al padre, no osa competir con él regalándole todas las mujeres. Si opta por el papel pasivo, adopta sin duda la posición de una mujer para su hombre, representante del padre”.

Que la elección de objeto homosexual entre las mujeres, transitoria o definitiva, tan facilitada hoy, aparezca en estructuras claramente histéricas, es un hecho inequívoco de la clínica actual. Las mujeres que hacen una elección homosexual desafían al padre disputándole sus insignias, tal como la joven homosexual paciente de S. Freud, y deciden que se puede prescindir de él y, por ende, de todos los hombres.

La mujer de la que se enamora es la representación de la femineidad, la Otra de la histeria, su doble narcisista. La pregunta por la femineidad se despliega, a diferencia de la heterosexual, sin el rodeo por el hombre. Suelen ser elecciones amorosas más que sexuales, quieren ser amadas por la Otra de manera incondicional y no aceptan ubicarse como objeto de deseo de un hombre, problemática habitual de la histeria.

En la modalidad activa la mujer toma el lugar, a partir de la identificación inconsciente con el padre, del hombre gozador. Hace de hombre, se siente más que él, no hay idealización de la mujer como en el otro escenario, sino más bien degradación, pero aun así las prácticas sexuales no suelen ser perversas. Su rival es el macho y la identificación netamente masculina, complejo de masculinidad tal como lo teorizó S. Freud es llevado aquí hasta sus últimas consecuencias.

Volvamos luego de este apunte sobre la homosexualidad al tema que nos ocupa, la cuestión de la inscripción simbólica del tercero en el psiquismo en las nuevas coyunturas familiares.

La transmisión de la prohibición del incesto y el parricidio en S. Freud

La cuestión de la herencia psíquica que atañe a la prohibición paterna del incesto y del parricidio interesó a S. Freud a lo largo de toda su obra.

Tótem y tabú (1910-12) inaugura la hipótesis de la transmisión del inconsciente entre generaciones basada en el tabú del parricidio y la culpa por el asesinato originario del padre de la horda primitiva por parte de los hijos.

La ficción freudiana de la creación del tótem –representante del padre– y la pervivencia del tabú fue su modo de instaurar la hipótesis de la transmisión de la ley de la prohibición y su defecto que se hace carne en los síntomas, especialmente en los síntomas del neurótico obsesivo.

¿De qué deseo y de qué prohibición se trata? De la hipótesis freudiana central, la prohibición del incesto y su correlato, el parricidio, que posibilitaría el primero.

¿Cómo se asegura la transmisión psíquica de ese contenido a las generaciones futuras, con qué medios? parece ser la pregunta por excelencia que atraviesa el texto.

Y escribe:

“Ahora bien, después de lo que sabemos de las prohibiciones obsesivas, es así como podemos reconstituir la historia del tabú. Los tabúes serían prohibiciones muy antiguas acaso impuestas en otro tiempo desde afuera a una generación anterior. Estas prohibiciones pesaron sobre actividades que debían de tener una fuerte tendencia a ser realizadas. Fueron luego mantenidas de genera-

ción en generación, tal vez solamente a favor de la tradición, transmitida por la autoridad paterna y social...

...y, en primer lugar, sin duda a nadie ha escapado que postulamos la existencia de una psique colectiva en la que se cumplen los mismos procesos que los que tienen su sede en el alma individual. Admitimos en efecto que un sentimiento de responsabilidad ha persistido durante milenios, transmitiéndose de generación en generación y ligándose a una culpa tan antigua que en un momento dado los hombres no han debido conservar de ella el menor recuerdo”.

El inconsciente heredado lleva ya la marca de la prohibición del parricidio, pero la transmisión consciente a través de la tradición no es suficiente para explicar su continuidad en la vida psíquica de las generaciones. ¿Cómo se asegura esta continuidad? Responde así:

“Esta continuidad está asegurada en parte por lo heredado de las disposiciones psíquicas que, para llegar a ser eficaces, necesitan sin embargo ser estimuladas por ciertos sucesos de la vida individual. Es así como deben ser interpretadas las palabras del poeta: lo que has heredado de tus padres, adquiérela para poseerlo”.

Ya no se trata de una concepción de lo heredado pasivamente sino de qué hace cada uno con esa herencia.

La cita de Goethe que S. Freud hace propia propone que el *infans* llega a la vida con una predisposición que cada generación deberá actualizar. ¿De qué manera lo harán las nuevas generaciones donde el Edipo tradicional se haya tan modificado?

Los logros, los avances de la humanidad, reposan entonces sobre el peso de lo adquirido y la contingencia de lo nuevo. La concepción freudiana de la tradición no es, tal como su grandiosa obra lo muestra, una fatalidad. Requiere que el sujeto se apropie de ella y, a partir de ella, logre, en el mejor de los casos, inventar lo nuevo.

En *Tótem y Tabú* queda diferenciada la transmisión por identificación con los modelos parentales y la transmisión genérica, basada en las huellas inconscientes de la humanidad.

En las últimas páginas de *Moisés y la religión monoteísta*, S. Freud (1939) insiste en esta concepción prehistórica:

“La herencia arcaica del hombre no incluye solo predisposiciones sino también contenidos, huellas anémicas referidas a lo vivido por generaciones anteriores”.

Pero el tabú no alcanza; lo simbólico no evita que las huellas del goce reaparezcan a través de los síntomas. Tampoco evita que las generaciones venideras tengan que vérselas con las cuestiones que quedaron en blanco en la simbolización de sus padres y abuelos y con las nuevas coyunturas históricas y familiares.

Lacan. El nombre del padre como operador simbólico

El Complejo de Edipo, en tanto prescribe las relaciones de deseo y de prohibición, reordena las representaciones de la diferencia de los sexos y de las generaciones en cada nuevo hijo. Pero el Edipo constituyente no necesita a mamá, papá y a un ni-

ño, sino también la circulación de la falta representada por el falo que deberá inscribirse en el psiquismo instaurando la represión.

S. Freud utiliza el concepto de filogénesis para pautar el lugar de determinación prehistórica, anterior a lo vivido.

J. Lacan lo llamará más tarde registro simbólico para insistir en la precedencia de la organización significativa en la estructuración del sujeto. El agente de la castración es para él ya no el padre prohibidor del Edipo imaginario sino el lenguaje mismo, que produce una pérdida del goce total, real, mítico, limitado por la palabra. De las modalidades de la defensa surgirá el neurótico, el psicótico, el perverso. De la modalidad de la sexuación, la hetero u homosexualidad.

En el Seminario 17, J. Lacan pondrá el acento sobre este efecto estructural de la castración, un más allá del Edipo, con lo cual el *Nombre del padre* ya no se refiere de ninguna manera al padre real sino a la inscripción misma de la represión en el psiquismo.

Queda así evocada la función simbólica del padre muerto de *Tótem y tabú* al que J. Lacan llama en su primera enseñanza *Nombre del Padre*, y más tarde reemplaza por *Los nombres del Padre*. Lugar desde donde se enuncia en la cultura la prohibición del incesto, que anuda el deseo con la ley.

La castración es entendida, así como operador estructural en la constitución del sujeto y queda por tanto deslindada de la vertiente imaginaria del complejo de castración freudiano, aunque este último incida, por supuesto, y veremos a continuación de qué manera, en el tránsito edípico de cada niño.

La función simbólica paterna y los tres tiempos del Edipo

El sujeto se enfrenta en primer lugar con el falo, significante de la falta materna y no en función de su propio deseo edípico por la madre, momento posterior.

Antes de ser simbolizado como falta que afecta a la madre y relacionarlo con un tercero, el falo es concebido de entrada como una solución imaginaria para el punto oscuro que constituye el objeto del deseo materno. ¿Qué quiere?, ¿Que he de ser para responder a su deseo?, tales son las preguntas cuando el niño empieza a indagar su lugar en el deseo del Otro. Así, al situarse en la problemática del Edipo y de la castración se propone en un primer momento como respuesta al deseo de la madre, como encarnación del falo imaginario, y entonces tropieza con el obstáculo, con el no, no que significa que él no puede colmar con su ser la falta materna.

La cuestión que hoy nos interesa es cómo se realiza este pasaje en las nuevas familias actuales, donde la monoparentalidad e incluso las uniones del mismo sexo, dejan fuera el rol tradicional del *pater familia* que representaba la ley.

Y aquí, en primer plano, la noción de padre simbólico.

El padre es siempre, en algún aspecto, escribe J. Lacan en *El mito individual del neurótico*, un padre discordante en relación con su función. En esa desviación de la función reside que el Edipo tenga, de manera paradójica su valor normativo, simbólico y al mismo tiempo patógeno.

La función simbólica está en el centro de la transmisión de la castración. Aunque las modalidades de la paternidad hayan cam-

biado no por ello deja de incidir uno de los operadores centrales del psicoanálisis: la función del padre simbólico, presente en S. Freud y revalorizado por J. Lacan más allá de las modalidades de presentación del padre real e imaginario.

Despejar este ordenador de estructura y diferenciarlo de la contingencia histórica de cualquier organización familiar le permite situarlo como un universal que tendrá efectos en los diferentes momentos de la civilización.

La paternidad se transforma bajo la presión de cambios coyunturales. El padre se ha desacralizado, se coloca muchas veces en su lugar a la ciencia. Aunque la familia posmoderna ya no es la de antaño, aunque los divorcios y recomposiciones conyugales problematicen el tema de la autoridad, aunque haya ya parejas homosexuales que crían hijos, y estas novedades tengan efectos, sigue vigente la noción psicoanalítica de padre simbólico en tanto inscripción inconsciente del tercero que posibilita la represión.

El padre está ya descentralizado en muchas familias monoparentales o recompuestas, ofrece diversos rostros y suplencias, y, aun así, asegurará, de otra manera, seguramente, la diferencia de los sexos y la confusión entre generaciones.

El interdicto cultural está ligado a la función simbólica y no a un padre real. Es un hecho de cultura y de lenguaje que transmite la prohibición del incesto de forma inconsciente de generación en generación sean los que sean los cambios producidos en las familias.

El deseo incestuoso del niño choca con la ley del tercero que obstruye tanto la ruta incestuosa hacia la madre como la de la madre hacia el niño. Tanto en el varón como en la niña lo que se pone en juego es el deseo incestuoso por la madre.

El Complejo de Edipo es inconsciente, no pragmático. Los lugares del padre, de la madre y del niño no se definen por sí mismos sino en relación con la falta que circula y pretende o no obtenerse. En la psicosis quedará obturado. La estructura es juego de lugares posicionales, más allá de las presencias reales.

¿Cómo se transmitirá el operador de la castración en las nuevas configuraciones familiares que hoy aparecen? Lo que sí sabemos a partir de este planteamiento es que no es condición necesaria la organización edípica tradicional: madre, padre, niño. Habrá, como psicoanalistas, que estar atentos a las nuevas versiones que seguramente se aclararán en la clínica de estos nuevos hijos habidos y criados de otra manera.

La intervención del tercero incide, para J. Lacan, desde el segundo tiempo del Edipo.

En el primer tiempo el niño es el falo para la madre por su deseo. Es lo que a ella le falta. En este reino del narcisismo la relación es dual e imaginaria. Momento necesario donde el niño es libidinizado como condición de existencia psíquica. La madre es por tanto una función que puede ser suplida.

En un segundo tiempo el tercero aparece como terrible, privador. Se trata del padre imaginario (versión del padre de la horda), en tanto el aparece como privador del goce anhelado y produce, por tanto, la rivalidad fálica clásica del Edipo freudiano, representado en la familia tradicional por el padre real.

En el tercer tiempo el padre tiene el falo y lo dona. Es ya instancia simbólica.

Esta instancia simbólica representa a la Ley, soporta y transmite la prohibición del incesto y por ende la represión primaria que constituye al cachorro humano como sujeto psíquico.

La instancia del padre simbólico, operador central en Psicoanálisis, es por tanto el referente transmitido de generación en generación de la prohibición del incesto. Cada padre o suplente es transmisor –sin saberlo– de esta función fundamental.

Dice J. Lacan (1955-56):

“El padre no es un objeto real; entonces ¿qué es? El padre es una metáfora. Y ¿qué es una metáfora?... Es un significante que viene a ponerse en el lugar de otro significante... El padre es un significante sustituido por otro significante. Y aquí está el resorte y el único resorte esencial del padre en tanto interviene en el complejo de Edipo (1955-56)”.

El *Nombre del padre* es un nuevo significante que al sustituir al deseo de la madre implica una pérdida de goce, y con ella, la instalación en la represión primaria. Inscripción del orden simbólico en el Inconsciente que no debe ser confundido con la presencia o ausencia del padre real. ¿Cómo se hará este tránsito en parejas homosexuales? Un hombre puede ejercer cuidados maternos, una mujer puede portar el Nombre del padre. Se trata de funciones.

De este modo, la metáfora paterna es solidaria con la prohibición del incesto, la castración simbólica y la Ley. Tiene pues un estatuto significativo y es suficiente que se haga presente en el discurso más allá de su presencia o ausencia real. La pregunta clínica que debe plantearse no es quién está presente o ausente, sino si se inscribe o no el tercero.

La presencia del padre real nunca fue garantía, la ausencia del padre real nunca condenó al hijo a la psicosis. Recordemos los casos freudianos de las familias tradicionales que nos legó.

He transitado la vigencia universal de la función simbólica en el psiquismo para desestimar que las nuevas coyunturas familiares puedan prescindir de este operador psicoanalítico. De las modalidades actuales de esta inscripción la clínica nos enseñará, seguramente, nuevos semblantes sintomáticos que aún es pronto para predecir.

Pero como psicoanalistas es un imperativo ético no quedarnos encerrados en el familiarismo tradicional y no rechazar los nuevos paradigmas de nuestro tiempo que ya comprometen a muchos de nuestros pacientes y a la sociedad toda.

BIBLIOGRAFÍA

FREUD, S. (1912): *Sobre la más generalizada degradación de la vida erótica. (Contribuciones a la psicología del amor II)*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XI, 1976.

— (1913): *Tótem y tabú*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, vol. XIII, 1976.

— (1939): *Moisés y la religión monoteísta*. Vol. XXIII. Buenos Aires, Amorrortu editores. 1976.

— (1905): *Tres ensayos de teoría sexual*. Buenos Aires, Amorrortu. Vol. VII. 1976

LACAN, J. (1953): *El mito individual del neurótico. En Intervenciones y Textos. 2*. Buenos Aires, Ed. Manantial. 1988.

— (1960-70) *Seminario El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires, Ed. Paidós. 1992.

— (1955-56) *Seminario Las psicosis*. Buenos Aires, Ed. Paidós, 1984.

LA VIOLENCIA EN EL ENTRAMADO FAMILIAR

Luciano Sánchez Fernández

Jean Bergeret llama “violencia fundamental” o “violencia primaria”, a una violencia vital profunda que representaría una lucha por la vida de todo ser humano, sobre la cual se articularía después la libido. Esta lucha por la vida tendría lugar, en principio, entre padres e hijos. J. Bergeret la llama violencia precursora y la define como una energía de base, aun indiferenciada, y no antagonista del amor.

No se trataría de una violencia sexual, sino de los orígenes de una verdadera lucha por la vida. Correspondería a una fuerza vital, que tendría un carácter defensivo, y que estaría presente desde los orígenes de ésta.

En *El Compendio*, S. Freud nos trasmite su percepción, (que creemos refiere a esta violencia primera), de que ya en las primeras relaciones madre-hijo se atisba una violencia recíproca e inevitable entre ambos cuyo destino en una relación normal sería terminar integrándose en los movimientos de ternura.

También nos advirtió entonces, que partes importantes de los aportes filogenéticos que actúan en la primera infancia no eran muy conocidos todavía. Desde 1897 S. Freud había hablado de

una crueldad instintiva primitiva presente tanto en el niño pequeño como en el hombre salvaje, y que todavía no se trataba de amor u odio hacia un objeto, sino que estaría centrada en una necesidad de posesión y control que no tiene en cuenta el dolor de los demás. Según S. Freud, la tendencia a la crueldad dominaría la organización pregenital.

J. Bergeret nos recuerda que S. Freud señaló al odio como anterior al amor (el odio fue primero), y que por ese hecho los humanos se vieron obligados a elaborar una moral para defenderse de ese odio que hubiera impedido el desarrollo de la especie humana.

Escuchemos ahora a D. Winnicott sobre su concepto de transicionalidad: Dice que entre el niño que nace y el mundo que le rodea, generalmente representado en primer lugar por la madre, se producen fenómenos que abren un espacio virtual llamado por él transicional y también espacio potencial de experiencia. Nos dice Winnicott que el ser humano tiene la posibilidad de recorrer un camino, que él mismo va abriendo desde la absoluta dependencia y subjetividad, hacia un mundo, que no es el propio yo, y que tiene que compartir y aceptar.

En esa interacción bebé-mundo externo es donde aparece, creado, ese espacio virtual en el que no tiene más remedio que confrontar su total subjetividad con el mundo que le rodea y reconocerle como tal para poder desarrollar su vida futura como persona.

D. Winnicott reconoce en el niño una creatividad primaria que le permite vincularse con el mundo a partir de sí mismo a través de sus gestos, sonrisas, etc. Para lo cual es imprescindible que el mundo externo, la madre en primer lugar, le reciba y le contenga,

y ello facilitará la continuidad entre sus propios gestos y los demás.

Dentro de esa creatividad primaria, D. Winnicott señala la capacidad de ilusión del niño y dice así: “La fantasía es más primaria que la realidad, y el enriquecimiento de la fantasía con las riquezas del mundo depende de la experiencia de la ilusión”.

Pero también de la capacidad de ilusión de la madre. El aporte de funciones que se produce por la adaptación de la madre a las necesidades del yo del niño posibilita el espacio de ilusión de éste. D. Winnicott sigue diciendo: “Cuando la adaptación de la madre a las necesidades del bebé es lo bastante buena (lo bastante ilusionante), produce en éste la ilusión de que existe una realidad exterior que está siendo creada por él, que corresponde a su propia capacidad de crear”.

Unas líneas más arriba he señalado lo dicho por S. Freud sobre la crueldad instintiva primitiva en el niño pequeño, y también, la percepción que tuvo de la violencia recíproca en las primeras relaciones entre la madre y el hijo, cuyo destino en una relación normal, dice, terminará integrándose en los movimientos de ternura.

Pero como dice D. Winnicott, solo si la madre es capaz de ilusionarse con su bebé. Ya que, añado, las relaciones a las que llamamos “normales”, no siempre son las adecuadas, dado que, en el inconsciente humano, en la madre en este caso, pueden existir razones no conocidas por ella misma que se opongan a la deseada adecuación. En el material que presento después, este sería el caso de la señora G. respecto a su hijo Martín.

En este sentido citamos a Piera Aulagnier quien describió lo que ella llamó “el contrato narcisista” que hace referencia a los

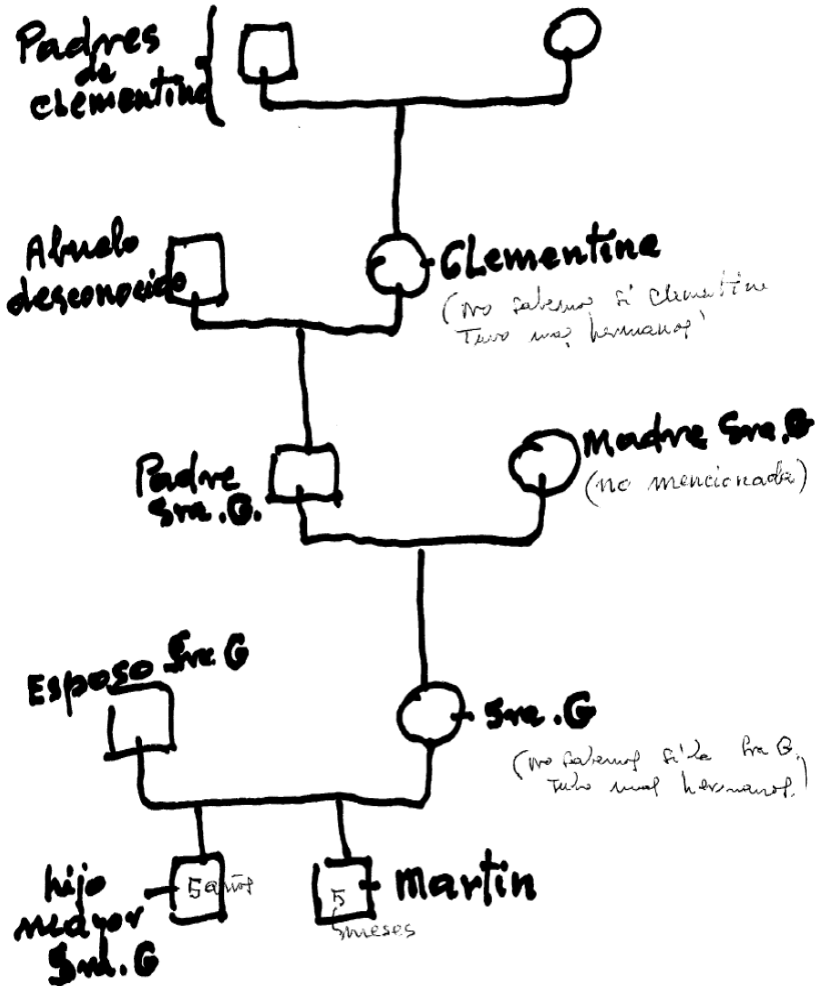
deberes que el niño que nace tendrá que cumplir a cambio de la investidura de la que será objeto por parte de la familia.

El niño deberá afrontar determinadas exigencias para con la familia y ésta tratará de imponer al niño una imagen ideal. Perpetuar esa imagen ideal y fortalecer la identidad familiar es la esencia del superyó parental que exige al niño su adaptación a esas demandas aun a expensas de su propia coherencia psíquica. Así, todo individuo al nacer es incluido en una historia que le precede, hereda esa historia, pero a la vez, queda prisionero de ella.

Vamos a ver y a comentar un ejemplo que pretendo sea breve, tomado de André Carel psicoanalista francés, en el que podremos ver con claridad las influencias tanto intergeneracionales como transgeneracionales:

Martín es un niño de cinco meses que participa en una terapia familiar recomendada por la psicoanalista de su madre a quien tiene en tratamiento por un padecimiento psíquico grave. Aunque la recomendación de terapia es para el conjunto de la familia, en esta sesión, que es la primera y a la cual me voy a referir, solo asisten la madre y el hijo. Faltarían el padre y otro hijo de cinco años que se sumarán más adelante a las sesiones.

Arbol genealógico (caso Martín)



Resumen de esta primera entrevista madre-hijo

El terapeuta nos cuenta de esta mujer que no logra sentirse madre de este hijo: “Me cuesta ver que existe, y él mismo no me mira, solo mira a su padre”. El terapeuta sigue con su relato y señala que sus miradas no se cruzan y Martín permanece inmóvil o agitado por crisis en hipertensión en los brazos de su madre.

El terapeuta sonrío al niño, le habla intentando ser cálido: “el niño me sonrío a su vez y se inclina discretamente hacia mí”. La madre observa y a continuación, dice: “Tengo ganas de estar cerca de Martín como lo estoy del mayor; quisiera no ser como mis padres, angustiada, distante...”. Martín en este momento toma con la boca la mano de la madre para chuparla, ante la sorpresa emocionada de ésta, que exclama sorprendida: “¡Es la primera vez que hace esto!”. El terapeuta le dice al niño: “Comes, te gusta, aprecias a tu buena mamá”. De esta manera el terapeuta subraya, y potencia a la vez, la investidura madre-bebé.

Comento este material:

- Empecemos por subrayar que esta mujer no logra sentirse madre de este hijo, aunque “sí lo siente con respecto al otro hijo”, “y él mismo no me mira”. Sorprende y es interesante comprobar cómo, ya, a tan temprana edad, percibe que su madre no le reconoce como hijo. Subrayo este hecho no porque sea extraordinario en los bebés, sino porque los adultos tendemos a ignorar estas capacidades en ellos.
- Después el terapeuta sonrío al niño, “y el niño me sonrío a su vez”, dice. Vemos que este niño, con cinco meses, es ya capaz de discriminar quién le acepta y quién no.

Probablemente, esta capacidad para discriminar esté relacionada con las experiencias positivas vividas en el seno de la familia del padre, la cual fue descrita en sesiones posteriores como acogedora. Pero, seguramente, también tenga que ver con lo que D. Winnicott nos dice sobre la creatividad primaria del bebé y su capacidad para ilusionarse ante cualquier manifestación positiva de su entorno.

- La madre a continuación dice: “Tengo ganas de estar cerca de Martín como lo estoy del mayor...”. De inmediato, Martín toma con la boca la mano de su madre para chuparla... Es decir, Martín ha entendido el deseo expresado por su madre, aunque lógicamente, no porque entendiera a sus cinco meses el lenguaje verbal de ella; más bien, lo que debe haber percibido puede haber sido una voz más cálida y acogedora junto a unos brazos y un cuerpo, también acogedores, que le han transmitido lo que la voz expresaba: amor y deseo de reconocimiento.

Sigue hablando el autor:

En otra entrevista posterior, con los cuatro miembros de la familia presentes, se dice que los padres habían esperado en este segundo embarazo una niña en lugar del niño. Esta niña habría llevado el nombre de Clementine, abuela materna de la madre de Martín, joven madre soltera, muerta a la edad de 20 años, solo dos meses después de nacer su bebé, que ahora es el padre de la señora G., madre del niño Martín. El padre de este bebé, abuelo paterno de la madre de Martín, habría permanecido entonces en secreto (abuelo desconocido).

Dos referencias, nos señala Carel, destacan la identificación de la señora G. con esta abuela paterna muerta. Una es conscien-

te: Cuando esta madre era bebé, dice la leyenda familiar, era “el vivo retrato de Clementine”.

Otra es inconsciente, revelada ya por el trabajo psicoterapéutico individual de la madre: Esta madre empezó su anorexia mental a los veinte años, edad de la muerte de esta abuela paterna, Clementine, y también como ella estuvo a punto de morir por su anorexia.

La madre completa su vínculo identificatorio generacional diciendo: Ahora que lo pienso, querer que este segundo hijo fuera niña y que se llamara Clementine tal vez pudo despertar toda esta historia.

Comentario a este material:

En él, el terapeuta nos transmite que los padres habían esperado en este segundo embarazo, una niña en lugar de un niño para que llevara el nombre de Clementine. También nos relata la identificación de la señora G con esta abuela paterna muerta, y nos señala a la vez, el mecanismo utilizado por la familia para inducir a la señora G a identificarse con la abuela Clementina, que no sería más (ni menos) que la repetición mantenida, desde edades muy tempranas, de frases como la señalada unas líneas mas arriba, “eres el vivo retrato de tu abuela Clementine”, unido a actitudes seductoras y ofertas narcisistas gratificantes por parte de la familia que decidieron su identificación.

Tan intensa suele ser la insistencia de la familia hasta lograr la identificación que pretende, que nos tenemos que preguntar cuáles son, en este caso, las poderosas razones para comportarse de tal manera sin tener en cuenta las necesidades en la evolución y desarrollo autónomo del individuo designado, en esta oca-

sión la señora G. cuando aún era, seguramente, una niña muy pequeña.

Pero, retomemos la clínica:

André Carel sigue su relato y nos cuenta que en las siguientes semanas desaparecieron en el niño los trastornos de la mirada y el tono excesivamente rígido de la madre respecto del bebé, y relaciona estos resultados con el comportamiento y actitud del terapeuta: Este se acerca al niño, le toca, le mira y le habla con calidez e, igualmente, sus gestos son también acogedores.

El terapeuta con su actitud ofrece un nuevo modelo de super-yó, más benigno, tanto a la madre como al hijo que permite al yo materno comprometerse mejor, más benévolamente, en el encuentro con el niño.

El terapeuta puede también ser visto y sentido como objeto amparador de esta madre que se siente tan angustiada y desamparada como dice que lo están sus propios padres. (quienes seguramente están también afectados generacionalmente, ya que no podría ser de otra manera).

No olvidemos que ha sido designada, insistiendo en que es el vivo retrato de Clementine, para llevar a cuestras este problema y darle una solución que no sería otra que redimir de la culpa a la familia de origen.

Quiero resaltar, sin embargo, que esta respuesta favorable de la madre y del hijo a la excelente acción del terapeuta, no hubiera podido ser tan rápida y favorable de no haber concurrido dos razones necesarias para ello:

Por parte del niño la existencia de la familia paterna definida como cercana y acogedora, y que, suponemos, ha dejado en el niño como impronta, representaciones inconscientes de objetos buenos, que han resonado interiormente en él cuando el terapeuta ha intervenido, evidenciándose así un mundo interno ya preparado y en sintonía para reconocer en espejo, en la realidad exterior, ese objeto bueno, el terapeuta, ya consolidado en su realidad interior, como hemos señalado anteriormente, por la influencia benefactora de la familia paterna.

Y por parte de la madre, su experiencia terapéutica individual de años le ha permitido experimentar el sentirse acogida, contenida, y escuchada por un especialista que con su actitud le ha ofrecido una imagen identificatoria que no solamente pone límites (los exigidos por el encuadre), sino que también ampara y protege (características del superyó postedípico), permitiendo la confrontación con su propio superyó tiránico, exigente hasta el límite de la muerte, como debió ocurrir en el caso de su abuela Clementine.

Es probable, y de esto nada nos dice el autor, que la abuela Clementine sufriera el rigor cruel de ese superyó familiar tiránico como consecuencia de su comportamiento sexual con alguien no conocido y no controlado por la “censura familiar”, que debió suponer para la cultura de la familia el deshonor y la vergüenza...

En cuanto a la abuela, entonces joven Clementine, su acción pudo tener el sentido de lo que J. Bergeret ha llamado *Violencia Fundamental* y cuyo significado para él, ya lo hemos dicho, representa la lucha por la vida. (No solo sería violencia fundamental, primaria, indiscriminada y sin objeto aún, si no, también, agresividad hacia su objeto-familia por la cual era o se sentía coaccionada, y que a su vez es también portadora y está atrapada en su conjunto, por el superyó inflexible ya mencionado).

El embarazo de Clementine, accidental o buscado, pudo ser el resultado de la lucha por su libertad para vivir, y que en este caso se concretó en su libertad sexual. Recordemos lo que dijo S. Freud en *El Compendio*, y que he señalado más arriba, en el sentido de que en una relación normal padres-hijos, la violencia primaria terminaría integrándose en los movimientos de ternura.

Lo que ocurre es que la relación de Clementine con su familia no puede ser considerada normal ni era posible la integración en los movimientos de ternura familiares, si nos atenemos a lo que se nos transmite en el relato de este caso, en el que se nos muestra un superyó tiránico, intransigente y violento. En este caso Clementine decidió vivir la vida según sus deseos y no la que le imponía el superyó familiar.

La censura en la familia de Clementine está repercutiendo en *après-coup*, tres generaciones después.

Ahora, en esta tercera generación, está obstruyendo el desarrollo saludable de la familia de la señora G, porque, aunque en apariencia los únicos implicados parecen ser la madre y su hijo Martín, los terapeutas familiares sabemos que los contenidos familiares, sean perniciosos o benéficos, están siendo compartidos por los demás miembros de la familia. (También los padres de la señora G. viven angustiados, y suponemos desde la lógica de la dinámica familiar, afectados generacionalmente por el mismo problema). Y así lo da a entender el especialista cuando ha recomendado la terapia familiar conjunta.

Este hecho, el de la terapia familiar conjunta, facilita la emergencia de contenidos y recursos, hasta ese momento no conocidos por la familia.

Volvamos al caso Martín para ilustrar lo que acabo de decir:

Cuando el terapeuta se acerca al niño éste le devuelve de inmediato la sonrisa; expresa así otra calidad de objeto interno, objeto interno bueno capaz de recibir su sonrisa.

Luego Martín, si fuera cierto lo que suponemos, estaría influido de manera negativa, predominantemente, en su línea materna, atrapada ésta por el mandato transgeneracional el cual hace a su madre, la señora G, portavoz responsable de su cumplimiento en nombre y por deseo de sus ancestros: El contenido de este mandato sería el de compensar a la abuela Clementine, en la figura de su hijo, padre ahora de la señora G, por los rechazos y censuras a los que fue sometida.

¿Cuál sería el motivo de este exigente mandato que no duda en implicar hasta la locura, ya desde niña, a la señora G.? Creo, sin duda, que es la culpa en relación con un superyó extremadamente riguroso que no permite ningún desliz y del que participaban no solamente los padres de Clementine y por supuesto, ella misma, —puesto que de no ser así, quizás Clementine no se habría dejado morir y hubiera podido encontrar alguna otra solución más indulgente para sí misma—, sino que es un superyó que afecta y tiene atrapada en su exigencia a toda la línea transgeneracional, incluyendo a la señora G. y como hemos visto, también a sus padres, y si la terapia familiar, unida al análisis individual de la señora G. no lo hubieran remediado, también a su hijo Martín. En este, en Martín, se habría roto, o así lo suponemos cuando la terapia resulta satisfactoria, la cadena transgeneracional que vehiculaba contenidos perniciosos, y a la vez se iniciaría otra que transmitiría contenidos más beneficiosos.

La rigurosidad de la censura familiar con la joven Clementina nos invita a pensar que quizás en la historia de los antepasados se produjo algún acontecimiento relacionado igualmente con te-

mas sexuales, que pudo herir del mismo modo el narcisismo familiar y que sorda e inconscientemente viene haciendo su efecto, a veces de manera dramática, como en este caso de Clementine que ahora, muchos años después, afecta en *apres-coup* a la señora G. y a su familia.

Hemos hablado de la insistencia compulsiva de la familia hasta conseguir que el paciente, en este caso la señora G, aceptara el encargo familiar de reparar la culpa por la muerte de Clementine.

La señora G. sería, al ser la designada por la familia y ella aceptar la designación, quien tendría sobre sí la responsabilidad de reparar esa culpa. De ahí su desesperación cuando el mecanismo delirante ideado por ella, –tener una hija a quien llamar Clementine como su abuela para así devolverle, delirantemente, la madre a su padre y calmar la deuda familiar– le falla y en vez de una hija le nace un hijo, Martín.

Pero ¿Qué pudo ocurrir para que la señora G aceptara esa designación? ¿Qué mecanismos intervienen para que el designado acepte esa designación? Haydée Faimberg nos lo explica:

Empieza por recordarnos que S. Freud en su *Introducción al Narcisismo* señala que el niño puede quedar cautivo de los ideales narcisistas parentales y que, entonces, la relación de objeto será heredera de este narcisismo.

Nos recuerda también, que para comprender como puede el narcisismo parental insertarse en el psiquismo del niño, es necesario pensar el concepto de desamparo en el que se encuentra éste en los primeros momentos de su vida, y aún después, hasta que es capaz de valerse por sí mismo.

Desde este desamparo primario, el niño puede comprender que solo podrá sobrevivir apuntalándose en las capacidades y potencialidades de sus progenitores. Este temor por no poder sobrevivir explicaría la probabilidad de una intensa identificación inconsciente del niño desde edades muy tempranas, con las, para él, poderosas figuras parentales. El paciente suele estar inconscientemente identificado con esos “padres internos”, figuras parentales, organizadores de su psiquismo.

Llegados a este punto se pueden presentar, a grandes rasgos, dos posibilidades: Una sería la facilitación al niño de un proceso de desidentificación; a la otra posibilidad, la ha llamado Albert Ciccone “Intrusión Imagógica”.

Respecto a la primera posibilidad, el proceso de desidentificación puede ser facilitado por los padres o, si esto no es suficiente, mediante tratamiento.

En el primer caso deberán ser unos padres tolerantes y comprensivos, con una suficiente capacidad de escucha que permita al hijo manifestarse con libertad suficiente para permitir un desarrollo emocional adecuado. Pero, habida cuenta de que los padres tienen también sus dificultades y problemas irresueltos, tendrán también la necesidad de ser ayudados. Recordemos el “Contrato Narcisista” que conceptualizó Piera Aulagnier y del cual hablamos anteriormente, que hace referencia a los deberes que el niño que nace tendrá que asumir para con los padres y la familia. Los padres exigirán ser compensados por sus desvelos y dedicación al hijo.

Los profesionales habremos de tener en cuenta todas estas necesidades si priorizamos el enfoque preventivo para que el desarrollo del hijo pueda ser el adecuado.

Quiero recordar en relación con este tema, y a modo de ejemplo, que durante el periodo que va desde el año 1974 al 1978, aproximadamente, en el hospital del Niño Jesús, en Madrid, los padres, generalmente madres, que traían a sus hijos muy pequeños para ser atendidos por problemas psíquicos, una vez descrita la problemática del niño, pasaban de inmediato, y casi sin excepción, a hablar de sus problemas personales y familiares y, entonces, el problema del hijo quedaba relegado o al menos pospuesto. Insisto, cuando los padres traen a tratamiento a sus hijos, no nos olvidemos que también ellos pueden necesitar ser atendidos.

En el segundo caso, cuando es necesario un tratamiento, la revelación en la transferencia de las identificaciones alienantes es el punto de partida de un concepto psicoanalítico fundamental: la historización. El proceso identificatorio congela el psiquismo en un “siempre”, pero cuando se conoce la historia secreta, se pueden modificar los efectos que ésta tiene sobre el yo, y así se podrá modificar el clivaje alienante. Este proceso de desidentificación permite restituir la historia en tanto ésta pertenece al pasado para liberar el deseo y constituir el futuro. (Haydeé Faimberg).

Cuando la desidentificación no es posible podemos encontrarnos con lo que Albert Ciccone conceptuó como Intrusión Imagoica, que describe un proceso mediante el cual una imago parental es impuesta como objeto de identificación del hijo o descendiente; el hijo es identificado como reencarnación de la imago, y debe identificarse con esta imago.

En el caso que estamos estudiando Clementine es la imago parental impuesta como objeto de identificación por su entorno parental (De este entorno nada sabemos porque el autor del caso nada ha escrito sobre él), mientras la señora G, nieta de Clemen-

tine y naturalmente, biznieta de los padres de ésta, representa al descendiente que “debe” identificarse con la imago Clementine.

La identificación proyectiva es el mecanismo que utiliza el progenitor. La imago es proyectada e identificada con el hijo, insistiendo el progenitor de diferentes maneras, verbales y no verbales, hasta poder confirmar que esa identificación se ha producido. Y por parte del hijo o descendiente, la imago recibida puede resultarle cautivante o, por el contrario, persecutoria.

En el primer caso, si le resulta cautivante, la imago recibida (y aceptada) dará lugar a un falso self, y desde entonces ya no será él mismo sino, en gran parte, la imago recibida por identificación proyectiva, que resultará ser una imago alienante. Este sería el caso de la señora G.

En caso contrario, cuando la imago que intenta proyectar el progenitor en el hijo es rechazada por éste se desencadena una lucha permanente entre ambos polos, de manera que también en este caso la imago resultará alienante puesto que, para defenderse, obligará al hijo rechazante a participar en una guerra que él no ha buscado, y le priva así de una libertad de mente, le hipoteca la mente, para desarrollar su propia identidad frente a sus objetos psíquicos.

Este sería el caso de Frank que vamos a ver a continuación.

Caso Frank

Empezamos por la primera entrevista familiar de un tratamiento que duró varios meses, a la cual acudieron los padres, el

hijo supuesto enfermo y otros hijos. Seré breve por la necesidad de ser discreto.

El supuesto enfermo, el enfermo designado como tal, es un joven universitario, no mal estudiante, aunque con algún que otro tropiezo en sus estudios, con la carrera ya avanzada y pienso que muy inteligente y culto, a quién los padres acusan de imponer sus criterios y abusar, abusar... El hijo acusa principalmente a la madre de “pigmaliónica”, “has experimentado conmigo”, “has querido esculpirme a tu gusto”, le dice.

La madre, impotente, me cuenta, mirándome, que el hijo le falta al respeto “una y otra vez, constantemente”. El hijo, mirándome también, dice que en casa él nunca ha podido expresarse con libertad. La madre le contesta: es que siempre hay que hablar de lo tuyo. Eso a quien le pasa es a ti, le viene a responder el hijo.

En las sesiones terapéuticas la regla general solían ser las confrontaciones madre hijo. El padre permanecía alejado, pero no al margen de lo que sucedía en cada una de las sesiones y por lo tanto influyendo en ellas. Del resto de los hermanos nada o poco diré debido a la discreción y de la simplificación, (únicamente deseo añadir que uno de sus hermanos, el más pequeño, también varón, responde a los cánones deseados por los padres: es obediente, estudioso y nunca se enfada, siempre está deseando agradar, nos tiene encantados a su padre y a mí, pero me temo que Frank le influya y se nos tuerza).

He aquí el ideal de estos padres, y me atrevería a decir, de la mayoría de los padres; la diferencia entre unos y otros, (padres), se manifestaría en la capacidad para tolerar la discrepancia, o al menos una cierta discrepancia, de los hijos.

En los datos de la historia, recogemos que siendo niño fue llevado al psicólogo ya a la edad de tres años y, de manera intermitente, con diferentes profesionales, ha continuado hasta el momento actual. La razón por la cual fue llevado al psicólogo fue siempre la misma: “es un chico que no obedece, siempre quiere llevar razón para lo cual da muchas voces y nos falta constantemente al respeto”.

Los tratamientos han sido siempre individuales; ahora es la primera vez que les recomiendan un tratamiento familiar conjunto y les derivan a mí.

Desde los cuatro años padece asma, y, ahora, cuando pregunto por sueños a los miembros de la familia, él, muy escueto, dice recordar solamente uno con claustrofobia, pero no lo cuenta.

Avanzada la terapia, y en la medida en que íbamos consiguiendo un dialogo más sosegado en las sesiones, el llamado paciente reconocía su violencia, (incluso física), para con su madre principalmente, y alguna de las hermanas, añadiendo que era violento porque no tenía más remedio que defenderse de su agobio, “me hacías jugar como tú querías, con los juguetes que tú elegías, y tenía que estar a tu disposición aunque fuera para besarme, besarme..., que me agobiabas, no me dejabas en paz, me tenías harto..., la débil y la dependiente eres tú y no yo..., que siempre me estáis diciendo, papá y tú, que no voy a ser nada en la vida y que soy un desastre...”.

Comentarios a este caso

Los padres de Frank son personas normales, razonablemente cariñosos y empáticos, y entregados a sus hijos con quienes han

viajado y a quienes han ayudado a estudiar cada día y cuando lo han necesitado. Universitarios ambos, y con notable éxito en su vida profesional y social.

Los padres, con esta imagen de normalidad, parecerían tener asegurado una descendencia saludable física y psíquicamente, pero la realidad es que los humanos, en este caso los padres, tenemos razones internas, inconscientes, frustraciones y asignaturas pendientes, que nos están pidiendo desde nuestro interior soluciones urgentes que anteponeamos a lo que puede ser razonable y prioritario en nuestra vida cotidiana, para nosotros y para nuestros hijos en conjunto. Estas exigencias internas pueden frustrar nuestros buenos propósitos, por ejemplo, en cuanto al deseo de ser buenos padres, como sería el caso que nos ocupa.

Veamos cuales son algunas de estas frustraciones, heridas narcisistas que se mantienen a la espera de ser simbolizadas y elaboradas, pero que mientras tanto están influyendo negativamente en las relaciones entre ellos y con los hijos. Nos centraremos prioritariamente en Frank y en sus padres.

En el caso de la madre, ésta quedó huérfana de padre y madre a edades muy tempranas, y tuvo que ser recogida por unos parientes que, aunque los define como cariñosos, siempre sintió que como era la pequeña se tenía que callar. La mandaban callar en todo, dice ella.

Ahora, su deseo inconsciente es revertir la situación de manera que sea ella la respetada (“mi hijo no me respeta y quiere imponerme siempre sus criterios”).

Estaría identificando a su hijo, desde la más temprana edad de éste, con los parientes con los que convivió, los cuales, según ella, le impusieron su criterio.

Busca también esta valoración en el padre, al igual que éste la busca en ella, pero ambos son más proclives a pedir valoración que a darla, y esta no valoración está en la base de los conflictos de la pareja, y, por supuesto, de toda la familia. Lo cual ha podido ser comprobado e interpretado en las sesiones durante la terapia familiar.

Por parte del hijo, su objetivo sería también, ser respetado y valorado, y en la medida en que no lo ha sentido así, desarrolla una violencia que me parece coincidir con lo que Bergerer llama “violencia fundamental”, “violencia defensora de la vida”, y como tal, simplemente hay que entender lo que significa e intentar superar la alarma que su aparición despierta en padres y, a veces, también en terapeutas.

Con frecuencia oímos decir en la vida cotidiana “este chico o este adulto, es demasiado bueno y los demás abusan de él” lo cual viene a significar que esa violencia de la que estamos hablando es reconocida como necesaria por el hombre mismo de la calle, para poner límites al otro y facilitar así la convivencia con él.

El padre, al igual que la madre, fue cedido por sus padres a otra familia durante unos doce años desde su primera infancia y no sabe explicar por qué, aunque supone que como eran muchos hermanos no podrían mantenerlos a todos. Recuerda a su padre como brutal y autoritario, y a su madre como ausente.

En la primera entrevista el hijo acusa a la madre de pigmaliónica; bonita y certera forma de definir lo que entiende que su madre quiere hacer de él: su ideal, “esculpirme a tu gusto”, ha dicho él; y no deberíamos sorprendernos dado que los humanos, en la búsqueda incansable de la perfección (identidad de percepción),

intentamos como primera providencia, modificar la realidad en vez de aceptarla.

La madre querría hacer de su hijo un ideal, una gran obra, que le permitiera emerger de su no valoración, sin darse cuenta que el damnificado sería su propio hijo, anteponiendo así sus deseos a los del hijo. Éste se revela porque en el envite se juega ser o no ser él mismo su propio yo, o, por el contrario, ser lo que su madre quiere que sea.

Lo que estoy explicando ahora, los malentendidos, es una de las cosas que debe ser aclarada y comprendida en la terapia, tanto por la madre como por el hijo, y, en lo que les concierne, por el resto de los miembros participantes en la terapia familiar. Ya que, de lo contrario, por estos “malentendidos”, la madre seguirá pensando que su hijo es un ingrato que no se deja ayudar y le odiará por ello, mientras el hijo pensará que su madre es una tirana que le quiere anular imponiéndole sus ideas, haciendo de él un hijo “como si”, con un falso self ajeno a su propio yo, y también la odiará.

Durante unos veinte años la madre ha insistido en “llevar a su hijo al psicólogo” (así lo dice ella), y es curioso observar como éste así lo ha aceptado cuando tan rebelde y enfrentado se muestra con ella en otras decisiones.

Pienso que impulsados ambos, y también el resto de la familia, por el sufrimiento familiar, se activa una compulsión a la repetición en la búsqueda de elaboración y simbolización frente a un exceso de angustia de derrumbe que impide a cada miembro y al conjunto de la familia acceder a mecanismos y estructuras psíquicas más estables y saludables. Angustia que se explicaría, dado

que se trata ni más ni menos, de los fundamentos del vínculo familiar y de los propios basamentos narcisísticos.

Este “estar de acuerdo para ir al psicólogo” nos señalaría, a mi entender, un buen pronóstico terapéutico para el conjunto de esta familia. Sería el reconocimiento común de que algo no funciona bien entre ellos y necesita ser enfrentado y elaborado, paso previo necesario en cualquier terapia.

A la vez han entendido, y así lo han expresado en el transcurso del tratamiento, que tanto como grupo como individualmente disponían de unos valores que con el trabajo terapéutico podrían ser rescatados. Ahora es la primera vez que les han recomendado un tratamiento familiar conjunto.

La situación familiar grupal, con la presencia real de los miembros de la familia permite la representación, es decir, volver a presentar en las sesiones, en el momento de la terapia, sobre todo las modalidades más arcaicas del funcionamiento psíquico conjunto. La escucha familiar favorece la reconstrucción de las modalidades de transmisión real de las fantasías y de los traumas, y permite observar, como en un escenario, el despliegue y desarrollo de los procesos identificatorios y de los procesos de interiorización de los objetos, lo cual se hace comprensible desde la observación en las sesiones de la relación intersubjetiva de los participantes.

Frank padece asma desde edades muy tempranas, aunque ahora la tiene muy atenuada, y el único sueño que recuerda “es claustrofóbico”, así lo llama, pero expresa claramente su deseo de no contármelo, manifestando de esta manera su transferencia negativa cuyo contenido probable sería la defensa contra el terapeuta-invasor, (yo mismo), que pretende apoderarse de su mente

y suplantarla introduciendo en ella sus propias ideas, como siente que lo han intentado sus padres.

H. Faimberg expresa su concepto de regulación de objeto narcisista. Apoyándose en S. Freud, (*Pulsiones y destino de pulsión*. 1915), viene a decir que el componente narcisista de los humanos, si es muy intenso, tiende a no tolerar elemento alguno del objeto que no le produzca placer.

Llevado este concepto a las relaciones padres/hijos, entenderíamos mejor el forcejeo entre Frank y su madre. Esta le diría a Frank: “hijo, no hagas así las cosas porque de esa manera están mal hechas, tienes que hacerlas como te digo yo que es como las cosas deben ser hechas”.

Al descalificar al hijo le introduce, (función de intrusión), deposita en él, la incapacidad, lo negativo: “tú, hijo, no sabes hacer bien las cosas”. Cuando en un segundo momento, le transmite que para hacer bien las cosas debe hacerlas como ella dice, le transmite al hijo que la capacidad la tiene ella y no él, (función de apropiación). La regulación narcisista de objeto viene a decirle al objeto (en este caso al hijo): “lo bueno, la capacidad, está en mí, lo tengo yo; lo malo, lo negativo, la incapacidad, está en ti, lo tienes tú”. Me apropio de lo bueno, lo positivo, e introduzco en ti lo malo, lo negativo. La relación narcisista de objeto está regulada, según H. Faimberg, por los principios de apropiación e intrusión.

H. Faimberg nos dice que una salida posible para liberarse de la regulación narcisista de los padres internos (y externos), es decir, para evitar ser atrapado psíquicamente por los padres, consistiría en describirse como el odiado, para definirse, así como separado. Esto ocurriría en el caso Frank.

Otra modalidad consistiría en aceptar ser asimilado a lo que de sí es odiado por los padres, (la señora G acepta y asimila la culpa que descarga en ella la familia porque ésta no puede tolerarla) es decir, no definirse como diferente.

En la primera salida el yo se diferencia del objeto, (a costa de ser el odiado), en la segunda no hay separación, no hay diferencia entre el yo y el objeto.

En ambos casos se producirá una transmisión traumática que tendrá efectos de alienación, de dominio, de enquistamiento, de paralización del propio desarrollo por la violencia ejercida sobre el sujeto hijo, que ya no será sujeto de su propia historia, sino que tratará la historia que otro u otros le han inducido como si fuera suya, pero con la sensación de cuerpo extraño tal y como Nicolas Abraham y María Torok la han descrito.

La función alienante, es definida así porque en parte dependen de conflictos de una generación que no es la del niño, y produce en éste un sentimiento de extrañeza como consecuencia de un clivaje del yo (S. Freud 1927^a y 1938ayb), que por una parte está poseído por una organización que pertenece a otro u otros, y de la que es prisionero y no se puede desasir, mientras por otro lado lo observa extraño e impotente.

Ahora, ¿Qué nos llama la atención cuando se estudia la transmisión de objetos, fantasías, o procesos, por ejemplo, de un padre a un hijo? Se estudiarían las formas, las maneras utilizadas por el progenitor, sean éstas verbales, gestuales, las actitudes todas que componen la comunicación, es la manera de decir más que el decir mismo, serían los mensajes infraverbales los que fundamentalmente vehicularían la transmisión.

Cuando el padre es paradójico en sus mensajes, es decir, cuando el mensaje no verbal contradice al mensaje verbal, el hijo, o bien es anonadado por el mensaje paradójico, o bien responde preferentemente a la demanda inconsciente del padre, (vehiculada principalmente por los mensajes infraverbales, gesticulares o corporales), directamente o a través de un síntoma. El hijo introyectará una imagen disociada. (Albert Ciccone).

Para terminar, quisiera hacer un breve comentario sobre las *Terapias Familiares "Precoces"*. Me estoy refiriendo a los casos en que el enfermo por quien vienen a consulta es un niño muy pequeño, tal como lo es Martín en el caso comentado anteriormente. No son casos que acudan a consulta desde el planteamiento de un bebé con un diagnóstico previo de padecimiento psíquico a quien los padres traen a tratamiento.

Sería deseable que en nuestro ambiente psico-social se pudiera entender que cuando, por ejemplo, un niño llora persistentemente, no duerme, se niega a comer, o tuviera cualquier trastorno sospechoso de ser de origen psicosomático, etc., nos permitiéramos pensar que cualquier familia, aún las consideradas normales, (o principalmente éstas, dado que al no ser sospechosas de generar en sus hijos patología psíquica, nos engañan, o nos dejamos engañar, con su normalidad), pueden contener en sí mismas la posibilidad del origen psíquico del padecimiento del bebé; y son tan frecuentes los padecimientos mencionados y, en mi experiencia, tan frecuente su origen psíquico, que bien merece que tengamos en cuenta esta cuestión.

En las *Terapias Familiares Precoces* con un niño muy pequeño, aparte el efecto terapéutico en el conjunto familiar, se hace más intenso el efecto preventivo, el efecto vacuna digamos, dado que en el acto de la terapia podremos detectar y bloquear la

transmisión de los legados perniciosos que inevitablemente nos llegan desde el momento mismo del nacimiento, a través de nuestros padres desde nuestros ancestros, y a la vez, recibir e integrar en nuestra psique, los legados benéficos que también recibimos de nuestros antepasados. Las terapias familiares precoces representarían un paso importantísimo en la lucha contra los sufrimientos psíquicos y angustias precoces antes de que cristalicen como enfermedad mental consolidada.

BIBLIOGRAFÍA

BERENSTEIN, I. (2001): *El sujeto y el otro. De la ausencia a la presencia*. Buenos Aires, Editorial Paidós.

BERENSTEIN, I. (1990): *Psicoanalizar una familia*. Buenos Aires, Editorial Paidós.

BERENSTEIN, I. (1988): *Psicoanálisis de la pareja matrimonial*. Buenos Aires, Editorial Paidós.

BERENSTEIN, I. y PUGET, J. (1997): *Lo vincular*. Buenos Aires, Editorial Paidós.

FAIMBERG, A. (2006): *El telescopage de generaciones. A la escucha de los lazos narcisistas entre generaciones*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

BERGERET, Jean. (1990): *Violencia Fundamental. El inagotable Edipo*. Madrid, Editorial Fondo de cultura económica de España.

EIGUER, A. - CAREL, A. - ANDRÉ FUSTIER, F. - AUBERTEL, F. – CICCONE, A. – KAËS, R. (1997): *Lo generacional. Abordaje en terapia familiar psicoanalítica*. París, Ed. Dunod. Barcelona, Editorial Amorrortu.

AULAGNIER, Piera. (1975): *La violencia de la interpretación. Del Pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

KAËS, R. (1977): *El aparato psíquico grupal. Construcciones de grupo*. Barcelona, Granica Editor.

KAËS, R. – FAIMBERG, H. - ENRIQUEZ, M. - BARANES, J. J. (1996): *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires, Amorrortu Ediorres.

KAËS, René (2005): *La palabra y el vínculo. Procesos asociativos en los grupos*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.

TISSERÓN, S. - TOROK, M - RAND, N. - NACHIN, C. – HACHET. P. - ROUCHY. J. C. (1997): *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.

LIBERMAN, A. Y ABELLO, A. (compiladores). (2008): *Winnicott Hoy. Su presencia en la clínica actual*. Madrid, Editorial Psimática.

EL PAPEL DE LOS PADRES Y SUS EFECTOS EN EL DESARROLLO EMOCIONAL DE LOS HIJOS

Alberto Carrión García de Parada

El desarrollo del psicoanálisis desde S. Freud, su creador, junto a la aportación de otros psicoanalistas y la expansión del psicoanálisis a niños y adolescentes, parejas y familias, nos ha permitido comprender con mayor profundidad la importancia de la relación entre padres e hijos, así como la función que los padres cumplen en su crecimiento emocional.

El papel de los padres no se limitará a la relación individual de cada uno de ellos con su hijo, sino que se verá ampliado al vínculo que establezcan ambos, como pareja, con él. Será importante que esta relación experimente cambios, en consonancia con el crecimiento del hijo, ya que, por ejemplo, un bebé no necesitará la misma madre o padre que un niño de siete años, o un adolescente.

En cierto modo, hablar de padres es referirnos a la familia y a los diferentes tipos de organización familiar. Ya no existe solo la familia tradicional formada por padres e hijos. Por esta razón, podremos encontrarnos una gran diversidad, como por ejemplo padres solteros con hijos, padres separados que pueden formar

nuevas parejas que conviven con hijos de diferentes relaciones, situaciones de adopción y acogimiento, o incluso familias homoparentales.

Hablar del papel de los padres es referirnos a la función materna y la función paterna; unas funciones que deberían formar parte del bagaje emocional de los padres, pero que, en muchos casos, son ejercidas por otras personas. La función materna se corresponde con cualidades como la ternura, calidez y sensibilidad, y la función paterna con la capacidad de poner límites y normas. Quiero resaltar que la función materna, no necesariamente tiene que corresponderse con la madre, así como la función paterna con el padre. Es por ello por lo que podremos observar padres muy afectuosos, cuya capacidad de ternura y calidez es mayor que la de algunas madres; así mismo, nos encontraremos con madres más capaces de frustrar adecuadamente, poner límites y transmitir unas normas adecuadas. Estas funciones nos ayudan a comprender cómo un niño adoptado, o bien que ha perdido a uno de sus padres, puede encontrar otras personas sustitutas que tenga la capacidad de desempeñar favorablemente estas funciones necesarias para el desarrollo.

A su vez, pensar en el rol de los padres implica tomar en cuenta el papel que juega cada hijo en su vida, y en la relación con y entre ellos. Todos los niños nacen con unas cualidades personales, que influirán en la forma de vincularse, así como en la capacidad para despertar en el otro el deseo de acercarse, y en su mayor o menor fortaleza para tolerar y enfrentar situaciones de frustración y pérdida. Observando diferentes bebés, podremos apreciar cómo unos son más vitales y despiertos, toleran mejor la frustración y ausencia de la madre, y buscan con más capacidad una relación –al objeto–, mientras que otros estarán más adorme-

cidos, desconectados o se replegarán frente a pequeñas frustraciones.

La función de los padres: diferentes momentos de la vida

Cómo se gesta el hijo dentro en la mente de los padres, incluso antes del embarazo, qué expectativas y fantasías inconscientes tienen acerca de él. Cómo es recibido, toleran su llanto, conviven con la frustración cuando se sienten desbordados y no le entienden. Cómo encaran los diferentes acontecimientos, aquellos momentos por los que todo niño y adolescente pasa en la vida, serán algunas cuestiones esenciales de la vida de la familia y en el desarrollo de los hijos.

El primer embarazo y el nacimiento del primer hijo es un acontecimiento que marca la vida de los padres, poniendo a prueba su solidez como pareja. Es el paso de una relación de dos, a un trío, con todas sus implicaciones emocionales y mentales. Que sea un hijo deseado o no, que llegue en un momento esperado o no, serán algunos aspectos que favorecerán o dificultarán la relación con su hijo, al que transmitirán una imagen de lo que representa para ellos. La experiencia de ser padres les despertará diferentes sentimientos; en el mejor de los casos se preguntarán si serán capaces de cuidar adecuadamente de su hijo temiendo no hacerlo bien, si será un bebé sano, cómo les afectará este nacimiento en su vida personal, etc. A estas ansiedades tendrán que enfrentarse los padres durante el embarazo. El propio género del hijo, ser niño o niña, les despertará diferentes fantasías, sentimientos y angustias, y les confrontará con su propia identidad, sus experiencias como hijos y la integración de su sexualidad. Cuando

la fantasía inconsciente predominante es la de un hijo fruto del amor y de una unión creativa en la mente, entonces prevalece una relación de amor con el hijo, que ayudará a los padres a empatizar con las necesidades físicas y emocionales de su bebé, así como a tolerar sus propios deseos, ansiedades y dudas. Por otro lado, si ese bebé es vivido, bien como una posesión de la madre, y por lo tanto con la misión de llenar su vacío o completarla, o bien como un rival que les separa como pareja, su presencia será vivida amenazadoramente por uno o ambos progenitores. Estas vivencias transmitidas a través de los padres jugarán un papel relevante en el futuro de sus hijos.

El bebé nace en un estado de gran desvalimiento y es por ello por lo que pasará de una total dependencia de la madre a una progresiva separación y mayor autonomía. Este largo proceso será básico en su presente y futuro. Para que este bebé, y después niño, adolescente y adulto, adquiera confianza y seguridad, necesitará a una madre que le observe, coja y hable, y que a su vez sea capaz de reconocer tanto sus miedos e inseguridades como sus deseos de conocer y su curiosidad. El niño es por naturaleza curioso.

Autores como, por ejemplo, F. Tustin, han observado en niños con serios trastornos, como los autistas, que sus madres pasaron por duelos, cuando eran bebés, que les dificultaron conectarse con ellos. La relación madre-bebé es esencial en los primeros momentos de la vida y forma la matriz sobre la que se construye la personalidad del pequeño. El bebé necesita una madre disponible emocional, mental y físicamente para satisfacer sus necesidades y demandas¹. A su vez, es fundamental que ésta pueda progresiva y adecuadamente frustrar a su bebé para ayu-

¹ Función de rêverie, W. Bion.

darle a tolerar la espera, un hecho que le permitirá introyectar un objeto ausente –una relación–, pero presente en su mente como objeto confiable. Este movimiento de presencia y ausencia es básico en el desarrollo de su identidad. En esta comunicación entre bebé y padres predominan al principio los gestos, miradas, sonidos, movimientos... Será a través de las palabras parentales que el niño irá adquiriendo el lenguaje verbal, que le supondrá un cambio importante en su mundo. La madre, en su función materna, tendrá que tolerar las oscilaciones, de un bebé/niño que le reclama constantemente y quiere adherirse a ella, a otro bebé/niño que puede disfrutar explorando el mundo lleno de curiosidad.

En este proceso, el padre juega un papel relevante. Tendrá que tolerar la exclusión y favorecer la creación de un vínculo íntimo y estrecho entre madre e hijo, protegiéndolo de posibles interferencias externas. Así mismo, será como un puente con el mundo más allá de la madre, protegiendo al niño de una posible relación fusional. Por otro lado, será fundamental que pueda ayudar y compartir con la madre las ansiedades y satisfacciones que despierta esta experiencia.

Varios acontecimientos destacarán en la vida de la familia: embarazo y nacimiento de otros hijos, comienzo de la guardería y colegio, y la llegada a la pubertad y adolescencia.

En el momento en el que los padres deciden tener otro hijo, tienen que enfrentarse, de nuevo, a la experiencia de ser padres y encarar a su hijo con el abandono de una posición de ser único. Si son capaces de lidiar con esta situación y el hijo mayor, que vivirá a este hermano como competidor o intruso, puede a la vez vivirlo como compañero de juegos, peleas y complicidades, esta experiencia será de gran ayuda en su relación con otros niños. He ob-

servado hijos únicos, de unos padres que no pudieron enfrentar esta situación por haberse identificado y haber proyectado en éste su deseo de haber sido únicos. En algunos de estos niños, incluso cuando llegan a adultos, está la fantasía inconsciente de haber destruido omnipotentemente con sus celos y envidia a los otros bebés-hermanos en el interior de la madre. Estas vivencias pueden conllevar el sentimiento de que los otros, ya sean compañeros de colegio, de juego, o, más adelante, amigos o compañeros de trabajo, se transformen en una amenaza por venganza.

El comienzo en la guardería y el paso al colegio suponen una separación de la familia, a la vez que una ampliación significativa del mundo del niño, que desplazará situaciones vividas en el entorno familiar a este nuevo espacio; sus compañeros representarán a sus hermanos y los profesores a sus padres. La manera en que este niño se relacione con sus compañeros, por ejemplo, a través del juego, o cómo lo haga con los adultos –profesores, cuidadores...–, o cómo lo haga con sus libros y el aprendizaje, nos hablará de su estado psíquico y emocional. Sus conflictos internos podrán manifestarse en estos momentos con más claridad.

Será importante que no nos quedemos solo con los síntomas externos, expresión de los conflictos por los que atraviesa, sino que podamos preguntarnos qué está ocurriéndole internamente, como en el caso de Héctor, un niño de 7 años, el tercero de cuatro hermanos y único varón. Sus padres consultaron por sus dificultades de aprendizaje y sus problemas de relación con otros niños. *“No para, está constantemente en movimiento”*. Esta situación la observé desde el comienzo. Sus juegos se caracterizaban por estar dominados por peleas y una hiperactividad defensiva que, en forma de escudo, hacía difícil que pudiese acercarme con mis palabras. Sus celos y rivalidad le dificultaban para jugar con otros niños (representantes de sus

hermanas rivales), sintiéndose muy solo. Pienso que su hiperactividad era también un intento de desembarazarse de una angustia desbordante. A medida que fuimos pudiendo penetrar ese escudo defensivo, e ir comprendiendo sus peleas internas y externas, su estado mental fue transformándose por otro en el que sentía una mayor tranquilidad interna, que le permitió ir aprendiendo y acercarse a los demás con menos rabia y temor.

Padres que puedan tolerar y disfrutar viendo cómo sus hijos crecen, aprenden y se independizan favorecerán este proceso en ellos. Por otro lado, aquellos padres que, ante cualquier signo de crecimiento y mayor autonomía temen perder su cariño y ser abandonados, podrán transmitirle inconscientemente o conscientemente sus propias angustias y una vivencia agresiva del crecimiento.

El comienzo del colegio y el verse el niño enfrentado al aprendizaje será un indicador que nos mostrará, con frecuencia, cómo van las cosas en su interior. En algunos casos he observado un contraste cuando el niño está en su casa y vida familiar, respecto a cuándo está en el colegio. Niños con situaciones familiares muy conflictivas podrán encontrar entre sus compañeros un espacio donde poder disfrutar y alejarse de un ambiente, a veces, más problemático.

La pubertad y la adolescencia son periodos caracterizados por grandes y repentinas transformaciones a nivel corporal, emocional e intelectual. Ya no hablamos solo de las fantasías de un niño o una niña de desear el amor del padre del género opuesto, sino que éstas ahora se pueden hacer realidad. El adolescente tiene un cuerpo cuya sexualidad le capacita para ser padre o madre, aunque mentalmente aún no esté preparado. Esta nueva situación despierta ansiedades en chicos y chicas, al igual que en los padres que también se ven confrontados con su propia puber-

tad y adolescencia. Es habitual observar en este periodo hijos con dificultades para abrazar a sus padres, besarles o estar a solas con ellos, por estar este vínculo más erotizado.

Es un momento complejo ya que, mientras los hijos van adquiriendo mayor potencia a la vez que su mundo se expande, en los padres se produce un cierto proceso descendente, que puede despertarles mucha rivalidad, celos y envidia. Por lo tanto, es importante cómo los padres han resuelto su propia adolescencia. Es difícil para un adolescente pasar por este proceso cuando sus padres no han salido de ahí, como es el caso de padres narcisistas, o aquellos cuyo ideal está puesto en el cuerpo, etc. Así mismo, padres muy reprimidos pueden proyectar inconscientemente en sus hijos deseos sexuales que no pudieron satisfacer, y empujarlos inconscientemente a actuarlos, o bien que sus propios miedos les impidan reconocer estas transformaciones en sus hijos. Además, estos padres tendrán que ser capaces de afrontar un duelo por su pérdida narcisista, ya que se producirá en los hijos un visible proceso de desidealización parental y una cierta decepción con el mundo adulto.

Estos jóvenes desplazarán sus afectos e intereses principalmente hacia el grupo de iguales. Paradójicamente, los adolescentes reclamarán, por un lado, ser independientes y a la vez necesitarán sentir que sus padres están cerca y pendientes de ellos. Será un periodo especialmente difícil para los padres ya que, si están muy cerca, los hijos lo tolerarán mal y si están muy alejados podrán recriminarles su falta de interés por ellos. Será una etapa en la que, con frecuencia, predominará la acción sobre la reflexión.

Las familias con hijos de esta edad tendrán que pasar por una confrontación generacional, teniendo que tolerar los cuestio-

namientos que la generación más joven plantee, lo que supondrá renunciar a ideas como “*somos colegas, soy el mejor amigo de mi hijo...*”. Será fundamental que los padres acepten ser padres. La función paterna, caracterizada por el establecimiento de unos límites firmes y por una función protectora, permitirá al hijo crecer con una mayor estabilidad.

Este periodo turbulento y convulso, por el que todo ser humano tiene que pasar, se asienta, a su vez, sobre etapas anteriores en las que juegan un papel primordial las relaciones tempranas con los padres. En este proceso tanto padres como hijos se enfrentarán a un trabajo interno de separación y duelo. Chicos con dificultades podrán refugiarse en un mundo virtual (juegos de internet, chats, redes sociales...) sustentado sobre relaciones superficiales y mundos ficticios e ideales, que serán una huida de la realidad cotidiana.

Los padres como modelo

Los padres transmitirán inconscientemente a sus hijos cómo ven y sienten la vida –con tristeza y pesimismo, con optimismo e ilusión...–, sus ideales, sus expectativas, lo que representan sus hijos para ellos, lo que esperan de ellos, su manera enfrentar los problemas –encarándolos o rehuyéndolos y negándolos–, su capacidad para tolerar la frustración y el no saber, su manera de ver al otro, su identidad sexual...

El hijo, a su vez, construirá una imagen de sus padres, que serán sus objetos internos. Unos objetos internos que no se corresponderán en su totalidad con sus padres reales, ya que estas

imágenes estarán distorsionadas, en mayor o menor medida, por proyecciones derivadas de sus vivencias subjetivas.

Los adultos, frente a la experiencia de ser padres se enfrentarán a un trabajo psíquico, previo al nacimiento, que inaugurará un espacio mental en el que soñarán y se vincularán con el hijo. Frente al bebé nacido la madre o figura materna, la más relevante en esos momentos, podrá responder de diversas formas que determinarán, en mayor o menor medida, un patrón de funcionamiento mental en su hijo.

Podremos observar situaciones cómo:

Un bebé llora y encuentra una madre que, capaz de percibir su angustia y malestar, se acercará y se preguntará qué le ocurre: *¿Tiene hambre..., se siente sucio, tiene caca..., siente algún dolor en su interior..., está preocupado..., le ha asustado algún ruido...?* Esta madre transmitirá inconscientemente a su hijo su capacidad para preguntarse por las causas de su malestar. Esta experiencia solo será posible si está en contacto emocional con su bebé. El padre podrá estar ahí ayudando y preguntándose, a su vez, qué está ocurriendo. El bebé seguirá llorando hasta que reciba una respuesta adecuada, experiencia que será vivida en su interior como la confirmación de que una persona, a la que llamaremos mamá, le ha entendido. Entonces podrá seguir durmiendo con tranquilidad, o sonreír y continuar jugando alegre y confiado con sus manos, un trozo de sábana, un peluche, un coche... En esta respuesta de la madre destacarán, junto a las palabras, su tono de voz, su gesto comprensivo y dulce, su forma de mirarle, de cogerle....

Otro bebé llora y no encuentra respuesta. Su madre se siente abrumada e indecisa. Tiene dificultades para acercarse emocio-

nalmente a su hijo; se siente frágil y desbordada ante sus demandas. Entonces se acerca y le mete el chupete rápidamente en la boca buscando silenciar su lloro, o espera con la esperanza de que su bebé se calmará solo, o busca el acompañamiento de otra persona, adulto o niño –abuela o hijo/a– sobre quien descargar la responsabilidad de esa situación. En muchos de estos casos, cuando esta madre está sola y finalmente se acerca, su bebé puede sentir un estado de desesperación y enfado tal que el reencontro emocional madre-hijo es imposible en esos momentos. Al ver que su hijo no se calma, la madre puede sentirse más abrumada e irritada; una situación que aumenta la desesperación de ambos. Si en esos momentos encuentran el auxilio del padre u otra persona, puede que la situación se reconduzca y que esta madre recupere su confianza y capacidad para reencontrarse con su hijo. Cuando esto no se produce, y no surge un encuentro madre-bebé y si esta experiencia se repite, una y otra vez, el bebé sentirá un estado de desesperación y de ausencia de un objeto materno capaz de entenderle. Esta ausencia podrá transformarse en una presencia interna de un objeto persecutorio. Entonces, su lloro podrá transformarse en gritos desesperados y cargados de rabia, con los que intente desembarazarse de algo insoportable, o caer en una mayor o menor desconexión del exterior y de sus propias emociones.

La diferencia entre la primera y la segunda experiencia que he descrito es el modelo mental que se irá desarrollando en la mente del hijo. En el primer ejemplo, la madre transmitirá a su hijo un modelo², en el que existe un objeto materno capaz de enfrentar el sufrimiento, pensarlo y devolvérselo transformado en una experiencia tolerable, que será reintroyectada por su hijo y que le ayu-

² Este trabajo psíquico de la madre lo ha llamado W. Bion capacidad de rêverie. Modelo continente-contenido.

dará en su desarrollo psíquico. No es solo el cambio que produce una madre empática que entiende a su bebé, sino que esta situación conduce a la identificación por parte del hijo con esta función mental de pensar. De esta forma, esta experiencia se convertirá en un modelo de aprender. Por el contrario, y llevado a una situación extrema, el segundo bebé al recibir de vuelta su lloro no comprendido, tolerado y transformado por la mente de la madre, sentirá como si le penetrase algo amenazador e indigerible y recurrirá a mecanismos proyectivos más intensos, al igual que a otros movimientos defensivos como la negación y la escisión, en un intento de desembarazarse de un contenido insoportable. En algunos casos, el bebé podrá quedar sumido en un estado de desconexión mental y emocional, como ocurre con niños autistas o esquizoides. En este segundo caso, si esta experiencia es repetida, dará lugar a identificaciones con un funcionamiento mental en el que las experiencias son evadidas, negadas, o escindidas; un hecho que se plasmará en una tendencia a la evasión, lo que desembocará en dificultades de aprendizaje.

He planteado estas dos experiencias de manera extrema con la finalidad de hacer más claro lo que pretendo transmitir. En el primer caso el niño sentirá un mundo interno más rico y confiable, que le hará sentir confianza en sí mismo y en sus objetos internos –padres internos que habrá introyectado–. Esta situación le ayudará a acercarse a nuevas experiencias y situaciones con ilusión y confianza. En el segundo caso el niño sentirá un mundo poco consistente y amenazador, hecho que le hará sentir desconfianza e inseguridad. En aquellos casos en que se han vivido estas experiencias y han quedado fijadas en el psiquismo, encontraremos con frecuencia identificaciones muy agresivas y autodestructivas. O bien serán niños que mirarán al mundo con frialdad y sin mostrar sentimiento alguno.

El hijo no solo se mirará en cada uno de los padres, y en su forma de ser y enfrentar la vida, sino que se fijará en ellos como pareja. El bebé/niño irá descubriendo a través de la experiencia el espacio que existe en la mente de sus padres, para el otro, la pareja, el tercero. Ya S. Freud destacó desde el principio la importancia de la situación edípica en el desarrollo del sujeto. R. Britton subrayó cómo el reconocimiento de la relación entre los padres unifica y proporciona unos límites al mundo psíquico del niño. Configura una situación que denominó *espacio triangular* y que está delimitado por las tres personas que conforman la situación edípica y todas las relaciones posibles entre ellas. Esta situación abarca la posibilidad de participar en una relación, en la que un tercero observa desde afuera, así como el ser el observador de la relación de dos personas. Este autor considera que la aceptación en la mente del vínculo parental permite formar lo que llama la tercera posición. Una posición que supone alcanzar una capacidad que permite poder estar en una relación y a la vez observar desde afuera esa experiencia. Esta adquisición permite tener diferentes puntos de vista frente a una misma situación.

Clínica psicoanalítica

La clínica psicoanalítica nos permite observar el mundo psíquico de nuestros pacientes a través del despliegue que hacen durante la sesión. En los adultos, aunque también se comunicarán mediante gestos, movimientos corporales, miradas, tono de voz, etc., la palabra será el instrumento principal de expresión. En contraste, el niño se expresará más a través de sus juegos y las relaciones entre sus personajes, así como con sus dibujos y la acción. La palabra irá cobrando más importancia a medida que sea más mayor o que avance su tratamiento.

Diferentes psicoanalistas, entre ellos R. Spitz, J. Bowlby, hicieron estudios en los que observaron y filmaron niños expuestos a experiencias traumáticas de separación de los padres, con la intención de observar su reacción emocional.

A través de dos casos, un niño y un adulto, intentaré reflexionar sobre la relación entre padres e hijos y su reflejo en su mundo psíquico y emocional.

Caso 1

Pepe era un niño de dos años y medio que golpeaba la pared con su cabeza, que estaba marcada por chichones y moratones. *“Apenas dice dos palabras, pero eso no me preocupa, mi otro hijo también tardó mucho en empezar a hablar y luego no ha tenido problemas. Lo que me preocupa es que se pueda hacer daño. Se golpea la cabeza... Cuando tengo que dejarlo y salir, se queda muchas veces como balanceándose en un movimiento repetitivo...”*.

Éste y otros datos me hicieron pensar, en un primer momento, si podría tratarse de un niño con un funcionamiento autista.

Solo pude entrevistarme una vez con el padre, el cual había sufrido un accidente de tráfico. Él era el conductor y un amigo había fallecido, mientras él salió ileso. Se sentía muy angustiado y perseguido por un sentimiento de culpa, que parecía haberle llevado a alejarse de su familia, no aceptando ningún tipo de ayuda.

La primera vez que vi a Pepe, venía cogido de la mano de su madre, a la que acompañaba su propia madre, la abuela materna. Pepe llevaba agarrado, con su otro brazo, un coche que me pare-

ció enorme en comparación con su tamaño. Pienso que a través del coche traía a su padre y al accidente.

Pepe era un niño poco expresivo, de aspecto agradable, que hacía intentos por acercarse a mí. Al poco de comenzar a vernos, y ya en tratamiento, recuerdo cómo sacaba sus juguetes de la caja y me los iba dando. Yo iba llenando de juguetes mi regazo, haciendo un gran esfuerzo por sostenerlos, y que no cayeran al suelo. Al final, yo terminaba con todo el contenido de la caja encima. Pienso que a través de esa acción podía intentar comunicarme inconscientemente³ cómo debía sentirse: desbordado, necesitando y buscando un objeto, como un continente materno que pudiese sostenerle en su regazo emocionalmente. Esta situación me hacía pensar en un embarazo y en la necesidad de que yo me embarazase mentalmente de él.

Yo me preguntaba si Pepe no estaba también identificado con un padre, perseguido por un sentimiento de culpa, que se golpeaba su cabeza, su mente. Por otro lado, también me parecía que la madre podía tener dificultades para conectarse emocionalmente con sus hijos y me preguntaba: ¿por qué todos los hijos desarrollaban su lenguaje tardíamente?

Sabemos el papel tan relevante que juega, en el desarrollo del lenguaje, la figura de la madre. Esta madre, que al principio iba acompañada por su propia madre cuando traía a Pepe, ¿no podría ser una madre que se sentía frágil e insegura y que tenía dificultades en la relación con su hijo? Y, ¿cómo encaraba ella la separación de su hijo, que se quedaba en un movimiento de balanceo cuando ella se marchaba?... Yo también me preguntaba qué sentido tenían los golpes que Pepe daba a su cabeza. A ve-

³ W. Bion: Identificación proyectiva comunicativa.

ces he observado, en niños que se golpean la cabeza, el deseo de penetrar en un objeto para ser comprendidos. Yo me preguntaba si Pepe a través de sus golpes no estaría intentando penetrar en la mente de su madre, a la que podía sentir, en cierta medida, con dificultades para escucharle. Este niño estuvo casi dos años en tratamiento y los golpes desaparecieron pronto. Se convirtió en un niño alegre y expresivo y su lenguaje se desarrolló. Recuerdo cómo en una sesión, jugando con un caballo sobre la mesa... se detuvo, me miró y movió la cabeza como si se la fuese a golpear... Entonces la rozó con suavidad sobre la mesa y me sonrió con afecto.

Pepe al ser tan pequeño, y ser un niño con una buena base, se benefició del tratamiento y pudo hacer cambios con más facilidad.

Caso 2

Antonio, un hombre de 33 años, consultó porque desde hacía un tiempo se sentía muy angustiado por unos síntomas corporales en sus ojos (visión borrosa) y oídos (acúfenos). Había realizado varias consultas médicas, pero también se planteaba que hubiese algo emocional tras esos síntomas.

Uno de sus primeros comentarios, en las entrevistas, fue que cuando era pequeño los profesores le habían pegado, *“es que a los que no tienen padre les pegan más”*. Por otro lado, decía que la muerte de su padre, cuando apenas contaba dos años, no le había afectado, *“era tan pequeño que a esa edad no te enteras”*. Sin embargo, la ausencia de la figura paterna y una cierta sensa-

ción de desvalimiento, así como referencias a una madre solitaria con su hijo, eran continuas.

Dijo que desde hacía un año se debatía, junto a su pareja, sobre la posibilidad de tener hijos. Esta situación le perturbaba tanto que incluso se planteaba romper la relación. Coincidiendo con esa época se intensificaron sus angustias y síntomas hipocóndricos. Aparecieron sus dificultades para estar solo y enfrentar duelos y pérdidas. Siempre que terminaba una relación afectiva necesitaba meter rápidamente a otra mujer en su vida.

Me pareció que la posibilidad de ser padre le enfrentaba a la experiencia de pérdida de su padre. Me dijo que había buscado un terapeuta hombre, hecho que me hizo pensar en la necesidad y búsqueda de una figura paterna como objeto de identificación. Además, aparecían ansiedades de quedarse atrapado en una relación materna, y se reflejaba lo difícil que había sido para él separarse de su madre –*Es que solo nos teníamos el uno al otro*– y habló de todo lo que lloró cuando fue *a la guardería*. Junto a ansiedades fusionales, de quedar atrapado en una relación, aparecían otras de tipo más edípico.

En el tratamiento empezó a poder pensar en la posibilidad de ser padre y surgieron fantasías de que su mujer muriese, quedando solos padre e hijo; o que, tras el nacimiento, la pareja se separase y la madre se quedase solo con el hijo –repetición de la experiencia de un padre que abandona a su hijo, o que queda excluido–. Descubrió con gran sorpresa, al observar a un niño pequeño de un año y medio, que reclamaba la atención de su padre, cómo a esa edad existe una relación afectiva entre padre e hijo. Su padre había muerto de una enfermedad y otras figuras parentales tenían enfermedades psicósomáticas.

He presentado ambos casos de manera muy limitada y focalizada, con la intención de mostrar la importancia de las relaciones tempranas con las figuras parentales, y su efecto a lo largo de la vida.

El fallo de las funciones parentales da lugar, a veces, a situaciones de gran violencia y destructividad, expresadas a través de celos, rivalidades, ataques envidiosos que podemos observar en situaciones sociales. Algunos ejemplos son la desvalorización de la función paterna y el ataque a la misma a través de los profesores⁴, los ataques celosos y violentos a mujeres, por sus maridos o parejas anteriores, que son noticia cotidiana y que llevan incluso al asesinato, la insuficiente valoración y protección social del papel de la madre en los primeros años de la vida de los hijos, el abandono de hijos e incluso el asesinato de estos, etc.

Voy a finalizar con una breve mención a un acontecimiento, ocurrido en un pueblo en septiembre de 2009. Con motivo de la celebración de sus fiestas, un grupo numeroso de jóvenes causaron disturbios y actos de gran violencia, llegando incluso a atacar una comisaría. Este es un claro ejemplo en el que han fallado las funciones paternas y se han atacado las mismas a través del ataque a la autoridad. Además de ser fundamental el funcionamiento adulto de los padres –función paterna y función materna–, para el buen desarrollo emocional de los hijos debe haber una sociedad que ejerza adecuadamente sus funciones parentales y no favorezca otro tipo de funcionamientos más adolescentes o perversos, en los que todo parece que vale, y no hay límites.

⁴ La Comunidad Autónoma de Madrid promulgó en el 2010, una Ley de Autoridad del Profesor, con la finalidad de proteger esta figura ante los reiterados ataques sufridos.

BIBLIOGRAFÍA

BION, W. R. (1962): *Una teoría del pensamiento*, en “Volviendo a pensar”. Buenos Aires, Ediciones Horme, 1996.

BION, W. R. (1966): *Aprendiendo de la experiencia*. Buenos Aires, Ediciones Paidós, 1966.

BRADLEY, J. & DUBINSKY, H. (1998): *Comprendiendo a tu hijo de 15-17 años*. Buenos Aires, Ediciones Paidós.

BRITTON, R. (1997): *El eslabón perdido: La sexualidad parental en el complejo de Edipo*, en “El Complejo de Edipo hoy. Implicaciones clínicas”. Valencia, Editorial Promolibro.

CAMPO, A. (1957): *La interpretación y la acción en el análisis de los niños*, Barcelona, Ediciones Paidós, 1993.

FREUD, S. (1905): *Tres Ensayos de Teoría Sexual*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1978.

KLEIN, M. (1927): *Simposio sobre análisis infantil*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1989.

KLEIN, M. (1929): *La personificación en el juego*. Barcelona, Ediciones Paidós, 1989.

OSBORNE, E. L. (1982): *Su hijo de 4 años*. Barcelona, Ediciones Paidós.

ROSENBLUTH, D. (1974): *Su bebé*. Barcelona, Ediciones Paidós.

